3 1761 04944006 5

BIBLIOTECA
FRANCO AMERICANA

DE ÓRDEN

DEL REY

IMPRENTA GENERAL DE CH. LAHURE
calle de Fleurus, 9, Paris.

B95ho
Sn7

VICTOR HUGO

DE ÓRDEN DEL REY

(L'HOMME QUI RIT)

TRADUCCION DE

CARLOS DE OCHOA

TOMO SEGUNDO

329040
17.7.36

PARIS

LIBRERIA INTERNACIONAL
de
A. LACROIX, VERBOECKHOVEN Y Cª
15, BOULEVARD MONTMARTRE

LIBRERIA ESPAÑOLA
de
E. DENNÉ SCHMITZ Y COMPAÑIA
2, CALLE FAVART

1869

PQ
2285
H8S6
1869
t. 2

PARTE SEGUNDA

DE ÓRDEN DEL REY

LIBRO PRIMERO

ETERNA PRESENCIA DE LO PASADO; LOS HOMBRES REFLEJAN AL HOMBRE.

I

LORD CLANCHARLIE

I

Existia en aquellos tiempos un antiguo recuerdo.

Este recuerdo era lord Linnœus Clancharlie.

El baron Linnœus Clancharlie, contemporáneo de Cromwell, era uno de los pares de Inglaterra, pocos á la verdad, digámoslo desde luego, que aceptaron la república. Aquella aceptacion po-

dia tener su razon de ser, y se explica en rigor por cuanto la república habia triunfado momentáneamente: era muy natural que lord Clancharlie permaneciese fiel al partido de la república mientras esta llevaba la mejor parte; pero despues del fin de la revolucion y de la caida del gobierno parlamentario, lord Clancharlie habia persistido. Fácil hubiera sido al noble patricio volver á la cámara alta reconstituida, dado que los arrepentimientos son siempre bien recibidos de las restauraciones, y que Cárlos II era sumamente benévolo con los que se le pasaban; pero lord Clancharlie no habia comprendido lo que se debe á la fuerza de los acontecimientos. Mientras la nacion cubria de aclamaciones al monarca restituido á la posesion de Inglaterra, mientras la unanimidad pronunciaba su veredicto, mientras se efectuaba el saludo del pueblo á la monarquía, mientras se restauraba la dinastía en medio de una gloriosa y triunfal palinodia; en el momento en que lo pasado se tornaba á lo porvenir y en que lo porvenir se tornaba á lo pasado, aquel lord habia permanecido refractario, habia apartado la cara de todo aquel júbilo y des-

terrádose voluntariamente. Pudiendo ser par, habia preferido ser proscrito, y así habian transcurrido los años y él se habia hecho viejo en aquella fidelidad á la república muerta, por lo cual se veia cubierto del ridículo que naturalmente persigue á esa clase de niñerías.

En Suiza, donde se habia retirado, habitaba una especie de caseron medio derruido á la orilla del lago de Ginebra: habíase elegido aquella morada en el mas áspero y repuesto rincon del lago, entre Chillon, donde está el calabozo de Bonnivard, y Vevey, donde está el sepulcro de Ludlow. Los Alpes severos, llenos de crepúsculos, de vendavales y nubarrones, le rodeaban por todos lados, y allí vivia perdido en aquellas grandes tinieblas que caen de las montañas. Rara vez ocurria que se le encontrase un transeunte: aquel hombre estaba fuera de su pais, casi fuera de su siglo. En aquel momento, para los que estaban al corriente de las cosas y conocian los asuntos de la época, ninguna resistencia á las circunstancias admitia justificacion. Inglaterra era feliz; una restauracion es una reconciliacion entre casados; príncipe y nacion han dejado de

hacer cama aparte; nada mas gracioso y risueño: la Gran Bretaña deliraba de gozo; tener un rey, es ya mucho, pero ademas tenia un rey de los mas seductores. Cárlos II era amable, dado á los placeres y al gobierno y grande á la manera de Luis XIV: era todo un caballero, un *gentleman*. Cárlos II era la admiracion de sus vasallos; habia hecho la guerra de Hanover, sabiendo seguramente por qué, pero sabiéndolo él solo; habia vendido la ciudad de Dunkerque á la Francia, operacion de alta política; los pares demócratas, de quienes ha dicho Chamberlayne: « La maldita república infestó con su pestilente aliento á varios de la alta nobleza, » habian tenido la sensatez de rendirse á la evidencia de ser de su época y de recuperar su asiento en la noble cámara, habiéndoles bastado para esto rendir pleito homenaje al rey. Cuando se pensaba en todas aquellas realidades, en aquel brillante reinado, en aquel excelente monarca, en aquellos augustos príncipes restituidos por la divina misericordia al amor de los pueblos; cuando se consideraba que personajes muy importantes, tales como Monk, y mas adelante Jeffreys, se

habian adherido al trono, que habian sido justamente recompensados de su lealtad y de su celo con los mas altos empleos y los oficios mas lucrativos; que lord Clancharlie no podia ignorarlo; que en su mano estaba verse gloriosamente sentado junto á ellos en los honores; que Inglaterra habia vuelto á levantarse, merced á su rey, al pináculo de la prosperidad; que todo en Londres se volvia fiestas y algazara; que todo el mundo era opulento y estaba entusiasmado; que la córte era galante, festiva y soberbia; si, por casualidad, lejos de aquellos esplendores, en no sé cuál lúgubre penumbra semejante al anochecer, se veia á aquel anciano vestido con las mismas ropas que el pueblo, pálido, distraido, agobiado, probablemente hácia el lado de la tumba, de pié en la orilla del lago, atento apenas á la tempestad y al invierno, andando como á la aventura, fijos los ojos, sacudida por el viento de la sombra su cabellera cana, silencioso, solitario, pensativo, difícil era no sonreirse.

Especie de perfil de un loco.

Pensando en lord Clancharlie, en lo que hubiera podido ser y en lo que era, sonreirse era

dar prueba de indulgencia. Algunos se reian á carcajadas, otros se indignaban.

Se comprende que los hombres formales viesen con desagrado aquella insolencia de aislamiento.

Circunstancia atenuante : lord Clancharlie nunca tuvo talento : todos convenian en ello.

II

Es cosa desagradable ver á las gentes practicar la obstinacion : disgustan esos aires de Régulo y siempre resulta de ellos alguna ironía en la opinion pública.

Esas tenacidades se parecen á reconvenciones y es bien hecho reirse de ellas.

Y luego, en suma, esas obstinaciones, es as

escabrosidades de carácter, ¿son acaso virtudes? ¿No hay en esos alardes excesivos de abnegacion y honor mucha parte de ostentacion? Todo eso es comedia mas que otra cosa. ¿A qué fin esas exageraciones de soledad y destierro? No exagerar cosa alguna es la máxima del hombre prudente. Haced la oposicion muy en buen hora; censurad si quereis, pero decorosamente y sin dejar por eso de gritar ¡viva el rey! Ser razonable es la verdadera virtud : lo que cae ha debido caer, lo que triunfa ha debido triunfar : la Providencia tiene sus motivos y corona al que lo merece. ¿Teneis acaso la pretension de saber mas que ella? Cuando las circunstancias han fallado, cuando un régimen ha reemplazado á otro, cuando el éxito ha separado lo verdadero de lo falso, poniendo aquí la catástrofe, allí el triunfo, no hay ya duda posible; el hombre honrado se adhiere á lo que ha prevalecido, y por mas que tal conducta sea útil á su caudal y á su familia, sin dejarse influir por esa consideracion y atento solo á la cosa pública, presta su apoyo al vencedor.

¿Qué seria del Estado si nadie consintiese en

servir? Habia de pararse la máquina del gobierno? Conservar el destino es acto propio de un buen ciudadano. Hay que saber sacrificar las secretas preferencias; los empleos públicos no pueden menos de estar servidos y preciso es que alguno se sacrifique Ser fiel á los empleos públicos es una fidelidad como otra cualquiera; la retirada de los empleados seria la paralísis del Estado. ¡Desterrarse un hombre! desatino. ¿Es un ejemplo? ¡Qué vanidad! ¿Es un desafío? ¡Qué audacia! ¿Por quién os tomais? Tened entendido que valemos tanto como vos, con la diferencia de que nosotros no nos desertamos: si quisiéramos, tambien nosotros seríamos intratables é indómitos y haríamos mas de lo que vos haceis, pero preferimos ser personas inteligentes. ¿Porque soy un Trimalcion, no me creeis capaz de ser un Caton? ¡Qué simpleza!

III

Jamás situacion fué mas clara ni mas decisiva que la de 1660; jamás la conducta que debia seguirse apareció con mayor evidencia á todo recto juicio.

Inglaterra estaba libre de Cromwell. Bajo la república habian ocurrido muchos hechos irregulares: se habia creado la supremacía británica; se habia, con ayuda de la guerra de los Treinta Años, dominado á Alemania; con ayuda de la Fronda, se habia humillado á Francia, y con ayuda del duque de Braganza, se habia achicado á España. Cromwell habia domesticado á Mazarino; en los tratados, el protector de Inglaterra firmaba encima del rey de Francia; se habia multado á las Provincias Unidas en ocho millo-

nes, molestando á Argel y á Tunez, conquistado la Jamaica, humillado á Lisboa, suscitado en Barcelona la rivalidad francesa y á Masaniello en Nápoles; se habia amarrado el Portugal á Inglaterra; se habia hecho, desde Gibraltar hasta Candía, un barrido de berberiscos; se habia fundado la dominacion marítima bajo estas dos formas, la victoria y el comercio: el 10 de Agosto de 1653, el hombre de las treinta y tres batallas ganadas, el viejo almirante que se calificaba á sí propio *Abuelo de los marineros,* aquel Martin Happertz Tromp que batió á la escuadra española, habia sido destruido por la escuadra inglesa; se habia arrebatado el Atlántico á la marina española, el Pacífico á la marina holandesa, el Mediterráneo á la marina veneciana, y á favor del acta de navegacion, se habia tomado posesion del litoral universal; dominando el Océano se dominaba el mundo todo; el pabellon holandés saludaba humildemente en la mar al pabellon británico; la Francia, en la persona del embajador Mancini, se arrodillaba delante de Oliveros Cromwell; aquel Cromwell jugaba con Calais y con Dunkerque como se juega con dos

volantes en una raqueta; se habia hecho temblar al continente, dictado la paz, decretado la guerra, enarbolado en todas las alturas el pendon inglés; el solo regimiento de las costas-de-hierro del Protector, pesaba en el terror de Europa tanto como un ejército. Cromwell solia decir: *Quiero que se respete á la república inglesa como se respetó á la república romana;* no habia ya nada sagrado; la palabra era libre, la prensa era libre tambien; se decia en mitad de la calle lo que se queria; se imprimia sin exámen ni censura lo que se tenia por conveniente; el equilibrio de los tronos se habia roto; todo el órden monárquico europeo, de que formaban parte los Estuardos, se habia trastornado. Por fin se salió de aquel odioso régimen, é Inglaterra obtenia su perdon.

Cárlos II, indulgente, habia dado la Declaracion de Breda; habia otorgado á Inglaterra el olvido de aquella época en que el hijo de un cervecero de Huntingdon puso el pié sobre la cabeza de Luis XIV: Inglaterra decia su *mea culpa* y respiraba. El júbilo de los corazones, ya lo hemos dicho, era completo; los cadalsos de los

regicidas coronaban la alegría universal. Una restauracion es una sonrisa, pero un poco de patíbulo no perjudica y siempre conviene dar satisfaccion á la conciencia pública. El espíritu de indisciplina se habia disipado y el poder real se reconstituia: ser buenos vasallos era ya la ambicion única. Ya las gentes se habian curado de las locuras de la política; se ridiculizaba la revolucion, se hacia escarnio de la república y de aquellos singulares tiempos en que siempre se tenian en la boca las palabrotas *Derecho*, *Libertad*, *Progreso*; aquellos énfasis causaban risa. Era de admirar como todos habian recobrado el juicio: Inglaterra habia estado soñando. ¡Qué dicha verse fuera de aquellos extravíos! ¿Puede darse cosa mas insensata? ¿Qué seria del mundo si un cualquiera tuviese derechos? ¿Se concibe que todo el mundo gobierne? ¿Se comprende á la ciudad regida por los ciudadanos? Los ciudadanos son un tiro de caballos, y el tiro de caballos no es el cochero. Poner las cosas á votacion es echarlas á rodar. ¿Han de ir flotando los Estados por el aire como las nubes? El desórden no construye el órden: si el caos es el arquitecto,

el edificio será la torre de Babel. Y luego ¡qué tiranía la de esa soñada libertad! Yo quiero divertirme, no gobernar: ir á votar me fastidia, quiero bailar. ¡Qué providencia es un príncipe que se encarga de todo! ¡Verdaderamente que es muy generoso ese rey en tomarse por nosotros ese trabajo! Y luego, él se ha criado en eso y sabe lo que es; él lo entiende y nosotros no: la paz, la guerra, la legislacion, la hacienda ¿qué importa todo eso á los pueblos? Sin duda que es preciso que el pueblo pague, sin duda que es preciso que el pueblo sirva, pero con eso debe bastarle: tambien él tiene su parte en la política; de él salen las dos fuerzas del Estado, el ejército y el presupuesto. Ser contribuyente y ser soldado ¿es poco por ventura? y para qué necesita mas? El pueblo es el brazo militar, es el brazo rentístico: ¡magnífico papel! El rey reina para él; justo es que retribuya este servicio: contribuciones y lista civil son deudas que pagan los pueblos y que cobran y ganan los príncipes; el pueblo da su sangre y su dinero, mediante lo cual se le dirige. Querer dirigirse á sí propio, ¡qué idea tan disparatada! El pueblo necesita un

guia, porque como es ignorante, es ciego. ¿Por ventura el ciego no tiene un perro? Solamente que para el pueblo, el rey que consiente en ser el perro, es un leon. ¡Qué bondad! Pero ¿por qué es ignorante el pueblo? Porque es preciso que lo sea: la ignorancia es la guarda de la virtud. Donde no hay perspectivas, no hay ambiciones; el ignorante está en una oscuridad útil que, suprimiendo la mirada, suprime los apetitos; de aquí la inocencia. El que lee piensa, el que piensa discurre: no discurrir es el deber, y tambien la felicidad. Estas verdades son incontestables: en ellas estriba la sociedad.

Así se habian restablecido las sanas doctrinas sociales en Inglaterra; de esta suerte se habia rehabilitado la nacion. Al mismo tiempo se volvia á la bella literatura: se despreciaba á Shakespeare y se admiraba á Dryden. *Dryden es el primer poeta de Inglaterra y del siglo*, decia Atterbury, el traductor de *Achitophel*. Era la época en que M. Huet, obispo de Avranches, escribia á Saumaise que habia hecho al autor del *Paraiso perdido* el honor de refutarle y de in-

sultarle: *¿Cómo podeis ocuparos en cosa tan fútil como ese Milton?* Todo renacia, todo recobraba su puesto, Dryden arriba, Shakespeare abajo, Cárlos II en el trono, Cromwell en el patíbulo. Inglaterra se recobraba de las ignominias y de las extravagancias de lo pasado: gran fortuna es para las naciones volver por obra y gracia de la monarquía al buen órden en el Estado y al buen gusto en las letras.

Difícil se hace creer que hubiera quien desconociese tamaños beneficios. Volver la espalda á Cárlos II, premiar con ingratitud la magnanimidad que habia tenido de subir al trono, ¿no era cosa abominable? Lord Linnœus Clancharlie habia dado este disgusto á los hombres de bien: mirar con malos ojos la felicidad de la patria, ¡qué aberracion!

Sabido es que en 1650 el parlamento decretó esta redaccion: — *Prometo ser fiel á la república, sin rey, sin soberano, sin señor.* — So pretexto de que habia prestado este juramento monstruoso, Lord Clancharlie vivia fuera del reino, y, en presencia de la felicidad general, se creia con derecho para estar triste: profesaba

el sombrío aprecio de lo que ya no existia; extraño apego á cosas desvanecidas.

Disculparle era imposible; los mas benévolos le abandonaban. Por mucho tiempo sus amigos le hicieron el honor de creer que no habia entrado en las filas republicanas sino para ver mas de cerca los vicios de la república y para herirla con mas seguridad en un dia dado, y en provecho de la sagrada causa del rey : esas espectativas de la hora útil para matar al enemigo por la espalda forman parte de la lealtad á los príncipes. Eso se habia esperado de lord Clancharlie, tan difícil era juzgarle favorablemente; pero en vista de su extraña persistencia republicana, fuerza habia sido renunciar á aquella buena opinion : evidentemente lord Clancharlie era un convencido, es decir, un idiota.

La explicacion de los indulgentes flotaba entre pueril obstinacion y testarudez senil.

Los severos, los justos, iban mas allá y condenaban abiertamente á aquel relapso. La imbecilidad tiene derechos, pero tambien tiene límites; se puede ser un animal, pero no se debe ser un rebelde. Y luego, en resúmen, ¿qué era lord

Clancharlie? un tránsfuga : habia abandonado su campamento, la aristocracia, para pasarse al campamento opuesto, el pueblo. Aquel fiel era un traidor; cierto que era « traidor » al mas fuerte y fiel al mas débil; cierto que el campamento repudiado por él era el campamento vencedor, y que el campamento por él adoptado era el vencido; cierto que con aquella « traicion » lo perdia todo, su privilegio político y su hogar doméstico, su dignidad de par y su patria, y que lo único que ganaba era ponerse en ridículo y vivir en el destierro, pero ¿qué prueba esto? que era un mentecato. Concedido.

Traidor y tonto al mismo tiempo : la cosa no es nueva.

Uno puede ser todo lo tonto que le dé la gana, á condicion de no dar mal ejemplo : lo único que se pide á los tontos es que sean honrados, mediante lo cual pueden aspirar á ser las bases de las monarquías. La cortedad de entendimiento de aquel Clancharlie era increible : todavía estaba deslumbrado con la fantasmagoría revolucionaria; se habia dejado engañar por la república y desterrar ademas, sin contar que hacia

tambien una afrenta á su pais. Su actitud era pura felonía! Ausentarse es insultar; parecía que se apartaba de la felicidad pública como de una peste. En su voluntario destierro habia no sé qué refugio contra la satisfaccion nacional: trataba á la monarquía como á un contagio, y sobre el inmenso regocijo monárquico, denunciado por él como un lazareto, se constituia á sí propio en bandera negra. ¡Como! ser esa siniestra figura encima del órden reconstituido, de la nacion reconstituida tambien, de la religion restaurada! Echar esa sombra sobre esa serenidad! Tomar á mal que Inglaterra esté contenta! Ser el punto oscuro en ese gran cielo azul! Parecerse á una amenaza! Protextar contra el voto de la nacion! Negar su aquiescencia al consentimiento universal! Odioso seria si no fuese grotesco. El tal Clancharlie no se habia dado bien cuenta á sí mismo de que puede uno extraviarse con Cromwell, pero es preciso volver con Monk. Eso se llama portarse bien: Monk mandaba el ejército de la república; Cárlos II que estaba desterrado, noticioso de su probidad, le escribe; Monk, que sabe conciliar la virtud con la astucia,

empieza por disimular, y luego de pronto, al frente de sus tropas, disuelve el parlamento faccioso, restablece al rey en su trono, y Monk se ve creado duque de Albemarle, tiene el honor de haber salvado á la sociedad, es muy rico, ilustra para siempre á su época y se le nombra caballero de la órden de la Jarretera con la perspectiva de un enterramiento en Westminster[1] : eso se llama un inglés verdaderamente leal. Lord Clancharlie no habia podido elevarse hasta la inteligencia del deber practicado de aquella manera, y tenia la infatuacion y la inmovilidad del destierro, satisfaciéndose con frases huecas. Aquel hombre estaba petrificado por su orgullo; las palabras conciencia, dignidad, etc., no son en suma mas que palabras; es preciso ver el fondo de las cosas.

Lord Clancharlie no habia visto aquel fondo; era una conciencia miope que queria, antes de emprender una accion, mirarla bastante de cerca para olerla bien; de aquí sus absurdos ascos : con esas delicadezas no se puede ser hombre

1. Donde están los sepulcros de una multitud de reyes y personajes ilustres. (*N. del Tr.*)

de Estado. El exceso de conciencia degenera en achaque : el escrúpulo es manco para coger el cetro y eunuco para casarse con la fortuna. Desconfiad de los escrúpulos que pueden llevar á un hombre muy lejos; la fidelidad irracional se baja como la escalera de una cueva : un escalon, luego otro escalon, luego otro, y se encuentra uno en tinieblas; los hábiles se suben de seguida, los tontos se quedan. No conviene dejar ligeramente á la conciencia hacerse áspera : de transicion en transicion se llega á los oscuros matices del pudor político, y llegado este caso, hombre perdido! Tal era el caso de lord Clancharlie.

Los principios acaban por ser un abismo.

Se paseaba con las manos detrás de la espalda, por la orilla del lago de Ginebra. ¡Famosa ocupacion!

Alguna vez se hablaba en Londres de aquel ausente que, ante la opinion pública, venia á ser una especie de reo. Unos le acusaban, otros le defendian : vista la causa, quedaba convicto de estupidez y absuelto en ese concepto.

Muchos antiguos entusiastas de la ex-república se habian sometido á los Estuardos, por lo cual

merecen elogios, y esos naturalmente le calumniaban un poco : los obstinados hacen mucha sombra á los complacientes. Ciertos hombres de chispa, bien mirados y con buenos destinos en la córte, fastidiados de su actitud desagradable, solian decir : — *Si no se ha adherido todavía es porque no se le ha ofrecido bastante etc.—Deseaba el destino de canciller que el rey ha dado á lord Hyde, etc.* — Uno de sus « antiguos amigos » llegó hasta decir por lo bajo : — *A mí mismo me lo ha dicho.* A veces, por mas solitario que viviese Linnœus Clancharlie, algo de aquellos dichos llegaba á sus oidos por boca de algunos proscritos con quienes se encontraba, de algunos viejos regicidas como Andrés Broughton que residia en Lausania, y Clancharlie al oirlos se limitaba á encogerse de hombros casi imperceptiblemente, señal de embrutecimiento profundo.

Una vez completó aquel gesto con estas pocas palabras murmuradas á media voz : — *Compadezco á los que creen eso.*

IV

Cárlos II, que era un buen hombre, le desdeñó. La felicidad de Inglaterra bajo el reinado de Cárlos II era mas que felicidad, era una especie de arrobamiento. Una restauracion es un antiguo cuadro denegrido que se limpia y barniza; todo lo pasado reaparece. Las buenas costumbres antiguas volvian á establecerse; las mujeres hermosas reinaban y gobernaban. Evelyn dice sobre esto en su diario: « Lujuria, profanacion, desprecio de Dios. El domingo por la tarde ví al rey con sus mancebas, la Portsmouth, la Cleveland, la Mazarino y otras dos ó tres, todas poco menos que desnudas en la galería del juego. » En esta pintura se ve apuntar un poco de mal

humor; pero Evelyn era un puritano gruñon infestado de locura republicana, y no apreciaba el provechoso ejemplo que dan los reyes con esas grandes fiestas babilónicas que en definitiva alimentan el lujo; no se le alcanzaba la utilidad de los vicios. Regla general: No extirpeis los vicios si quereis tener mujeres seductoras, pues de lo contrario os pareceriais al mentecato que destruye las orugas y quiere, porque le deleitan, tener mariposas.

Ya hemos dicho que Cárlos II apenas se echó de ver que existia un refractario llamado Clancharlie, pero Jacobo II fué mas cauteloso. Cárlos II gobernaba flojamente; era su carácter y la verdad es que no por eso gobernaba peor: á veces un marino hace á la cuerda destinada á dominar el viento un nudo flojo y deja al viento mismo el cuidado de irlo apretando; tal es la tontería del huracan y del pueblo.

Aquel nudo flojo, que pronto llega á ser un nudo muy apretado, tal fué el gobierno de Cárlos II.

Bajo Jacobo II comenzó el aprieto, aprieto necesario de todo lo que quedaba de la revolu-

cion. Jacobo II tuvo la loable ambicion de ser un rey eficaz: á sus ojos, Cárlos II no habia sido mas que un bosquejo de restauracion; Jacobo II quiso volver al órden mas completamente todavía. En 1660 lamentó que el Gobierno se hubiese contentado con ahorcar á diez regicidas, y él quiso ser y fué un reconstructor mas positivo de la autoridad: vigorizó los principios salvadores; hizo reinar aquella justicia que es la verdadera, que se levanta por encima de las declamaciones sentimentales y atiende ante todo á los intereses de la sociedad, severidades protectoras en que se reconoce al padre del Estado. Confió la mano de justicia á Jeffreys y la espada á Kirke, el cual multiplicaba los escarmientos: aquel coronel útil hizo un dia colgar y descolgar tres veces seguidas al mismo hombre, un republicano, preguntándole á cada vez: ¿Abjuras la república? Y como el malvado respondiese siempre *no*, se le dió muerte. — *Cuatro veces le he ahorcado*, dijo Kirke satisfecho. Los suplicios repetidos son una gran señal de fuerza en el poder. Lady Lyle, á pesar de que habia enviado á su hijo á la guerra contra Montmouth, pero que

habia escondido en su casa á dos rebeldes, fué ajusticiada: otro rebelde que tuvo la probidad de declarar que una mujer anabaptista le habia dado asilo, obtuvo su perdon, y la mujer fué quemada viva. Otro dia Kirke hizo comprender á una ciudad que conocia muy bien su republicanismo ahorcando á diez y nueve vecinos con casa abierta; represalias muy legítimas ciertamente cuando se considera que en tiempo de Cromwell se cortaban las narices y las orejas á los santos de piedra en las iglesias. Jacobo II, que supo elegir á Jeffreys y á Kirke, era un príncipe imbuido de verdadero espíritu de religion; se mortificaba con la fealdad de sus queridas; escuchaba al padre La Colombière, aquel predicador que era casi tan melífluo como el padre Cheminais, pero con mas fuego que él, y que tuvo la gloria de ser en la primera mitad de su vida consejero de Jacobo II, y en la segunda el inspirador de María Alacoque. Merced á aquel robusto pasto religioso pudo mas adelante Jacobo II soportar dignamente el destierro y dar en su retiro de San German el espectáculo de un rey superior á la adversidad, sanando impá-

vido con el contacto de su mano los lamparones [1] y conversando con jesuitas.

Compréndese que un rey de esta especie mirase con alguna atencion, hasta cierto punto, á un rebelde como lord Linnœus Clancharlie. Siendo así que la dignidad de par hereditariamente transmisible contiene una cierta cantidad de porvenir, era evidente que si habia alguna precaucion que tomar con respecto á aquel lord, Jacobo II no titubearia en tomarla.

1. Era preocupacion vulgar en otros tiempos que los reyes de la casa de Estuardo y de otras familias reinantes tenian la virtud innata de curar con el contacto de sus manos los lamparones ó tumores frios. (*N. del Tr.*)

II

LORD DAVID DIRRY-MOIR

I

No siempre lord Linnœus Clancharlie habia sido viejo y estado proscrito, antes bien habia tenido, como todos, su período de juventud y de pasion. Por Harrison y Pride sabemos que Cromwell de jóven era aficionado á las mujeres y á divertirse, lo cual á veces (otro aspecto de la cuestion *mujer*) anuncia un sedicioso : descon-

fiad del mancebo desceñido. *Male prœcinctum juvenem cavete.*

Lo mismo que Cromwell, lord Clancharlie habia tenido sus incorrecciones y sus irregularidades. Conocíasele un hijo natural, un varon; aquel hijo habia nacido en Inglaterra en el momento en que acababa la república y en que salia su padre para el destierro, razon por la cual nunca habia visto á su padre. Aquel bastardo de lord Clancharlie se habia criado como paje en la córte de Cárlos II; llamábanle lord David Dirry-Moir, y era lord de cortesía, en razon á ser su madre señora de calidad. Aquella madre, mientras lord Clancharlie se hacia buho en Suiza, tomó el partido, viéndose hermosa, de ser menos arisca, y se hizo perdonar aquel primer amante desabrido con un segundo, incontestablemente nada sospechoso y muy realista, puesto que era el mismo rey: algo favorita fué de Cárlos II, lo bastante para que su majestad, contento de haber robado aquella buena moza á la república, diese al pequeño lord David, hijo de su conquista, un empleo de guardia en su real casa, lo cual hizo á aquel bastardo oficial, criado

de palacio y ardiente estuardista por añadidura. Lord David fué durante algun tiempo, como guardia de la real casa, uno de los ciento setenta que llevaban espada de montar; luego entró en la banda de los pensionistas, y fué uno de los cuarenta que llevan la partesana dorada: tuvo ademas, como perteneciente á aquella noble tropa instituida por Enrique VIII para guardar su persona, el privilegio de colocar los platos en la mesa del rey; de esta suerte, mientras su padre encanecia en el destierro, lord David prosperó en la córte de Cárlos II.

Despues de lo cual siguió prosperando en la del segundo Jacobo.

El rey ha muerto, viva el rey, es el *non deficit alter, aureus*.

Con ocasion de aquel advenimiento del duque de York, obtuvo el permiso de llamarse lord David Dirry-Moir, del nombre de un señorío que su madre, muerta recientemente, le habia legado en aquella gran selva de Escocia donde se encuentra el pájaro Krag, el cual se labra su nido con el pico en los troncos de los robles.

II

Jacobo II era un rey y abrigaba la pretension de ser un general: gustábale rodearse de jóvenes oficiales y de enseñarse en público á caballo con un casco y una coraza y una enorme peluca exhuberante, que le salia de debajo del casco y le caia por encima de la coraza; especie de estatua ecuestre de la guerra imbécil. Cayóle en gracia la gallarda apostura del jóven lord David: agradeció á aquel realista el ser hijo de un republicano; renegar de un padre es cosa que no perjudica para empezar á hacer fortuna en la córte. El rey nombró á lord David gentilhombre de la cámara del lecho, con un sueldo de mil libras.

El ascenso era de consideracion. Un gentilhombre del lecho duerme todas las noches cerca

del rey en una cama que se le pone en la estancia inmediata: son doce y se mudan como los caballos de tiro.

Lord David, en aquel empleo, fué el jefe de la cebadera del rey, el que distribuye la cebada para los caballos y disfruta por ello doscientas sesenta libras de gajes: tuvo bajo sus órdenes á los cinco cocheros del rey, á los cinco postillones del rey, á los cinco palafreneros del rey, á los doce lacayos del rey y á los cuatro porta-literas del rey. Tuvo el gobierno de los seis caballos de carrera que el rey mantiene en Haymarket y que cuestan seiscientas libras cada año á su majestad; fué amo y señor del guarda-ropa del rey, el cual suministra los trajes de ceremonia á los caballeros de la Jarretera. Vióse saludado hasta el suelo por el ugier de la vara negra, que está al servicio personal del rey: aquel ugier, en tiempo de Jacobo II, era el caballero Duppa. Lord David obtuvo el respeto y consideracion de M. Baker, que era procurador de la corona, y de M. Brown, que lo era del Parlamento. Lord David presidió, como uno de los doce, las mesas y recepciones: tuvo la gloria de estar de

pié detrás del rey los dias de ofrenda, cuando el rey da á la iglesia el bezante de oro, *byzantium*, los dias de collar, cuando el rey lleva el collar de su órden, y los dias de comunion, cuando nadie comulga excepto el rey y los príncipes. Él fué quien, el jueves santo, introdujo á presencia de su majestad los doce pobres á quienes el rey da tantos sueldos de plata cuantos son los años que tiene de vida y tantos chelines cuantos años lleva de reinado. Tuvo por oficio, cuando el rey estaba enfermo, llamar, para asistir á su majestad, á los dos criados del limosnero mayor que son clérigos, é impedir á los médicos acercarse sin licencia del Consejo de Estado: fué ademas teniente coronel del regimiento escocés de la guardia real, el cual toca la marcha de Escocia.

En tal concepto hizo varias campañas y muy gloriosamente, porque era valeroso hombre de guerra, bizarro señor, buen mozo, gallardo, generoso, de noble apostura y finos modales: su persona se parecia á su calidad; era alto de estatura como de nacimiento.

Casi á punto estuvo en una ocasion de ser

nombrado *groom of the stole*, lo cual le hubiera dado el privilegio de poner la camisa al rey; pero para esto se necesita ser príncipe ó par.

Crear un par del reino es cosa grave, porque hace muchos envidiosos: es un favor, y un favor vale al rey un amigo y cien enemigos, sin contar que el amigo acaba por ser ingrato. Por política Jacobo II se prestaba difícilmente á crear dignidades de par, ó *pairías*, pero se avenia gustoso á transferirlas: una de esas dignidades transferida no alborota los ánimos, es simplemente un apellido que continúa; el cuerpo de los lores no lo lleva á mal.

No repugnaba á la real benevolencia introducir á lord David Dirry-Moir en la Cámara alta, con tal de que fuese por el portillo de una pairía vinculada, antes bien deseaba mucho su majestad que se le presentase úna ocasion de hacerle pasar de lord de cortesía á lord de derecho.

III

Aquella ocasion se presentó.

Súpose un dia que habian ocurrido al viejo ausente lord Linnœus Clancharlie varias cosas, de las cuales era la principal que se habia muerto. La muerte tiene de bueno para las gentes que da motivo á que se hable de ellas un poco: contóse lo que se sabia ó se creia saber de los últimos años de lord Linnœus Clancharlie, conjeturas y leyendas probablemente. Si habia de darse crédito á aquellas hablillas, muy aventuradas sin duda, lord Clancharlie en sus últimos tiempos tuvo una recrudescencia republicana tal, que llegó, decian, hasta casarse, rara obstinacion del destierro, con la hija de un regicida, Ana Bradshaw, — hasta el nombre se daba, —

la cual habia muerto tambien, pero despues de dar á luz un niño, el cual, caso de ser exactos todos aquellos detalles, resultaria ser el hijo legítimo y el heredero legal de lord Clancharlie. Todos aquellos dichos, sumamente vagos, tenian mas traza de rumores que de hechos: lo que pasaba en Suiza era para la Inglaterra de entonces tan remoto como lo es para la Inglaterra de hoy lo que pasa en la China. Decíase que lord Clancharlie tenia cincuenta y nueve años cuando se casó y sesenta cuando le nació el hijo, y que habia muerto muy poco despues, dejando en pos de sí aquel niño, huérfano de padre y madre; cosas todas posibles sin duda, pero inverosímiles: añadíase que aquel niño era «hermoso como un lucero», segun se lee en todos los cuentos de hadas. El rey Jacobo puso término á todos aquellos rumores, evidentemente infundados, declarando un dia á lord David Dirry-Moir único y definitivo heredero *á falta de hijo legítimo*, y por gracia real, de lord Linnœus Clancharlie, su padre natural, *siendo notoria y evidente la ausencia de toda otra filiacion y descendencia*; de lo cual se extendió la correspondiente real

cédula en la cámara de los lores. Por virtud de aquella real cédula el rey vinculaba en lord David Dirry-Moir los títulos, derechos y prerogativas del susodicho difunto lord Linnœus Clancharlie, con la sola condicion de que lord David se habia de casar, llegada que fuese á la edad núbil, con una doncella, niña á la sazon de pocos meses, á quien el rey habia nombrado duquesa sin saberse por qué, ó si mejor parece al lector, sabiéndose muy bien por qué. Llamaban á aquella niña la duquesa Josiana.

Estaban entonces muy á la moda en Inglaterra los nombres españoles. Uno de los bastardos de Cárlos II se llamaba *Cárlos* [1], conde de Plymouth: es probable que *Josiana* fuese la contraccion de Josefa y Ana, á menos de que fuese el femenino de *Josias*. Uno de los gentiles hombre de Enrique III se llamaba Josias del Passage.

A aquella duquesita era á quien daba el rey la pairía de Clancharlie, dignidad que por el pronto recaeria en ella, hasta que tuviese marido, el cual seria par. Fundábase aquel título en dos

1. Y no *Charles* como se escribe en inglés. (*N. del Tr.*)

castellanías, la baronía de Clancharlie y la de Hunkerville, ademas los lores Clancharlie eran, en recompensa de un antiguo hecho de armas y por gracia real, marqueses de Corleone en Sicilia. Los pares de Inglaterra no pueden usar títulos extranjeros, aunque hay sus excepciones; así Enrique Arundel, baron Arundel de Wandour, era, lo mismo que lord Clifford, conde del Sacro romano imperio, del cual es príncipe lord Cowper; el duque de Hamilton es en Francia duque de Chatellerault; Basilio Feilding, conde de Denbigh, es en Alemania conde de Hapsburgo, de Lauffenburgo y de Rheinfelden. El duque de Marlborough era príncipe de Mindelheim en Suebia; lo mismo que el duque de Wellington era príncipe de Waterloo en Bélgica, duque español de Ciudad-Rodrigo y conde portugués de Vimeira.

Habia en Inglaterra y hay todavía estados nobles y estados plebeyos. Los estados de los lores Clancharlies eran todos nobles: aquellos estados, castillos, aldeas, bailías, feudos, ventas, alodios y tierras adherentes á la pairía Clancharlie-Hunkerville pertenecian interinamente

á lady Josiana, y el rey declaraba que una vez casada Josiana, lord David Dirry-Moir seria baron Clancharlie.

A mas de la herencia Clancharlie, lady Josiana poseia sus estados personales, consistentes en grandes bienes, muchos de los cuales procedian de donativos hechos por Madama sin cola al duque de York. *Madama sin cola* significa madama ó señora á secas, y así llamaban á Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, la primera mujer de Francia despues de la reina.

IV

Despues de haber prosperado bajo los reinados de Cárlos y de Jacobo, lord David prosperó bajo el de Guillermo. Su jacobismo no llegó hasta el punto de seguir á Jacobo II en su destierro, y

sin dejar por eso de guardar amor á su rey legítimo, tuvo el buen sentido de servir al usurpador. Aunque con alguna indisciplina, era por lo demas excelente oficial; pasó del ejército de tierra al de mar, y se distinguió en la escuadra blanca, en la cual llegó á ser lo que entonces se llamaba « capitan de fragata ligera ». Con esto acabó por ser todo un hombre de provecho, muy avanzado en la elegancia de los vicios, algo poeta como todo el mundo, buen servidor del Estado, buen criado del príncipe, asiduo asistente á las fiestas, galas, besamanos, ceremonias y batallas, servil como conviene serlo, muy altanero, miope ó de excelente vista segun el objeto mirado, probo en lo posible, obsequioso y arrogante á tiempo, sincero y franco en sus primeros arranques, salvo á ponerse luego la careta, muy hábil en observar el buen ó mal humor del rey, indiferente ante la punta de una espada, siempre dispuesto á arriesgar su vida á una señal de su majestad con heroismo y simpleza, capaz de todas las desvergüenzas y de ninguna descortesía, esclavo de la etiqueta, orgulloso de estar de rodillas en las grandes ocasiones monárquicas, valiente y campe-

chano, cortesano por encima, paladin por debajo y muchacho todavía á los cuarenta y cinco años.

Lord David cantaba canciones francesas, elegante jovialidad que gustó á Cárlos II.

Apasionado de la elocuencia y del bello lenguaje admiraba mucho esas célebres arengas peroratas que se llaman las Oraciones fúnebres de Bossuet.

Por parte de su madre tenia un mediano pasar, cosa de diez mil libras esterlinas de renta ó sea un millon poco mas ó menos, pero salia del paso contrayendo deudas. En magnificencia, extravagancia y novedad era incomparable: en cuanto le copiaban, cambiaba su moda. A caballo, llevaba botas anchas de becerro con espuelas; tenia sombreros que nadie tenia, encajes inauditos y valonas de su invencion.

III

LA DUQUESA JOSIANA

I

Hácia el 1705, aunque lady Josiana tenia ya veintitres años y lord David cuarenta y cuatro, aun no se habia verificado la boda, por muchas y buenas razones. ¿Se aborrecian acaso? nada menos que eso, pero lo que uno tiene seguro no le inspira la menor prisa. Josiana queria continuar libre; David queria conservarse jóven : no

contraer vínculo sino lo mas tarde posible, le parecia una prolongacion de la edad juvenil. En aquellas épocas galantes abundaban los jóvenes retardatarios; se encanecia siendo aun mozalbete; la peluca era cómplice, como mas adelante fueron auxiliares los polvos. A los cincuenta y cinco años, lord Cárlos Guerrard, baron Gerrard de los Gerrards de Bromley, llenaba á Lóndres con la fama de sus conquistas: la linda y jóven duquesa de Buckingham, condesa de Coventry, hacia locuras de amor por los sesenta y siete años del gallardo Tomas Bellasyse, vizconde Falcomberg. Citábanse los famosos versos de Corneille septuagenario á una dama de veinte años: *Marquesa, si mi semblante....* Tambien las mujeres alcanzaban triunfos de otoño, testigos Ninon y Marion: tales eran los modelos.

Josiana y David andaban en coqueteo con una particularidad, y era la de que se gustaban y no se amaban: bastábales verse y tratarse: ¿qué prisa habia de concluir? Las novelas de entonces inclinaban á los enamorados y á los novios á aquella especie de noviciado que era del mejor

tono; ademas Josiana, sabedora de su bastardía, se consideraba princesa y á todo oponia dificultades. Gustábala lord David; lord David era buen mozo, pero esto era lo de menos: lo principal era su elegancia.

Ser elegante, es todo. Caliban elegante y magnífico se aventaja á Ariel[1] pobre. Lord David era buen mozo, tanto mejor; el escollo de los buenos mozos es ser algo insípidos, y él no lo era: apostaba, boxeaba, estaba acribillado de deudas. Josiana tenia en grande estima sus caballos, sus perros, sus pérdidas al juego y sus amigas; y á lord David por su parte le tenia fascinado la duquesa Josiana, doncella sin mancha ni escrúpulo, altiva, inaccesible y audaz. Escribia para ella sonetos que Josiana leia alguna vez: en aquellos sonetos aseguraba que ser dueño de Josiana seria subir hasta los astros, lo cual no le impedia aplazar siempre aquella ascension para el año siguiente. Hacia antesala á la puerta del corazon de Josiana, y esto convenia á ambos. En la córte admiraban el supremo buen gusto de aquel

1. Personajes de la *Tempestad* de Shakespeare, horrible el primero, bellísimo el segundo. (*N. del Tr.*)

aplazamiento. Lady Josiana decia : « Es un fastidio que tenga que casarme con lord David, yo que tendria tanto gusto en estar enamorada de él! »

Josiana era la carne : nada mas magnífico que aquella mujer. Era muy alta, demasiado alta; su cabello tenia aquel matiz que pudiera llamarse el rubio púrpura; era gruesa, lozana, robusta, sonrosada, llena de intrepidez y de chispa. Tenia los ojos demasiado inteligibles; nada de amante, nada de casta : su parapeto era el orgullo; menospreciaba á los hombres : un Dios á lo mas ó un monstruo podia ser digno de ella; si la virtud consiste en la escabrosidad, Josiana era toda la virtud posible, sin inocencia alguna. No tenia aventuras, por desden, pero no la habria disgustado el que se la hubiese supuesto, con tal de que fuesen singulares y proporcionadas á una persona como ella. Tenia en poco su reputacion y en mucho su gloria : parecer fácil y ser imposible era á sus ojos la perfeccion. Josiana se sentia majestad y materia : era una hermosura embarazosa; usurpaba mas bien que encantaba. Andaba sobre los corazones, era terrestre; tanto la

habria sorprendido el que la hubiese descubierto un alma en el pecho como el que la hubiese enseñado dos alas en la espalda. Disertaba sobre Locke. Era muy atenta. Se sospechaba que sabia el árabe.

Ser la carne y ser la mujer son dos cosas distintas. Allí donde la mujer es vulnerable, en el lado compasion, por ejemplo, que tan fácilmente se convierte en amor, Josiana no lo era; y no porque fuese insensible; la antigua comparacion de la carne con el mármol es absolutamente falsa. La belleza de la carne consiste en no ser mármol, en palpitar, en temblar, en sonrosarse, en brotar sangre, en tener consistencia sin ser dura, en ser blanca sin ser fria; consiste en tener sus estremecimientos y sus dolencias; consiste en ser la vida, mientras que el mármol es la muerte. La carne, en cierto grado de hermosura, tiene casi el derecho de desnudez; se cubre de fulgores como de un velo: quien hubiera visto á Josiana desnuda no hubiera distinguido aquella cabal belleza sino al trasluz de una luminosa gasa; de buena gana se habria mostrado así á un sátiro ó á un eunuco. Tenia una serenidad mitológica:

hacer de su desnudez un suplicio, eludir á un Tántalo, la habria divertido. El rey la habia hecho duquesa y Júpiter neréida, doble irradiacion de que se componia la singular claridad de aquella criatura. Al admirarla sentíase uno convertirse en pagano y lacayo: su orígen era la bastardía y el Océano; parecia salir de las espumas. Su primer destino habia corrido á la aventura, pero en la grande atmósfera real; habia en ella algo de la ola, del azar, del señorío y de la tempestad. Era literata y sábia; jamás pasion alguna se habia acercado á ella y todas las habia sondeado. Rechazaba y deseaba al mismo tiempo las realizaciones; de haberse clavado un puñal en el pecho, no hubiera sido, como Lucrecia, sino despues. Todas las corrupciones, en el estado visionario, existian en aquella vírgen: era una Astarté posible en una Diana real. Por insolencia de alto linaje era provocativa é inaccesible, pero podia muy bien parecerle divertido acomodarse á sí misma una caida. Habitaba una gloria en medio de una aureola con veleidades de descender y acaso con la curiosidad de caerse de ella; para la nube en que tenia su asiento era un

tanto pesada. Caer agrada: el desenfado de los príncipes da un privilegio de tanteo y una persona ducal se divierte donde una plebeya se perderia. Josiana era en todo, por el nacimiento, por la hermosura, por la ironía, por la luz, casi una reina: un momento de entusiasmo tuvo por Luis de Boufflers que partia una herradura con los dedos. Sentia que Hércules se hubiese muerto; vivia en no sé qué vaga espectativa de un ideal liviano y supremo.

En lo moral, Josiana recordaba el verso de la epístola á los Pisones: *Desinit in piscem.*

Busto de una beldad que en pez remata.

Habia en aquella mujer un noble pecho, un espléndido seno armoniosamente agitado por un corazon real, viva y clara mirada, rostro puro y altanero, y ¿quién sabe? tal vez tenia debajo del agua, en la mal vislumbrada y turbia transparencia, una prolongacion ondeante, sobrenatural, acaso una cola de horrible dragon: virtud soberbia con cola de vicios en la profundidad de los sueños.

II

Y con todo esto, culta [1].

Éra la moda.

Tambien la reina Isabel era culta.

Isabel es un tipo que, en Inglaterra, dominó durante tres siglos, el XVI, el XVII y el XVIII. Isabel es mas que una inglesa, es una anglicana: de aquí el profundo respeto de la iglesia episcopal á aquella reina, respeto compartido por la Iglesia católica, que mezclaba á él un poco de exco-

1. Los cultos formaban una secta literaria, nacida en España, amiga del retruécano y de lo alambicado, que cundió por toda Europa. *Preciosa*, dice el texto, y es lo mismo. Molière, en su comedia las *Preciosas ridículas*, nos da una excelente pintura de las damas de esta clase en su pais. (*N. del Tr.*)

munion. En la bula de Sixto V que anatematizaba á Isabel, la maldicion tiene algo de madrigal: *Un gran cervello di principessa*, decia el Papa. María Estuardo, menos ocupada de la cuestion iglesia y mas de la cuestion mujer, era poco respetuosa con su hermana Isabel, y le escribia de reina á reina y de coqueta á gazmoña: « Vuestra aversion al matrimonio proviene de que no quereis perder la libertad de dejaros enamorar. » María Estuardo manejaba el abanico é Isabel el hacha; partida desigual; por lo demas ambas rivalizaban en literatura. María Estuardo componia versos franceses, Isabel traducia á Horacio. Isabel, fea, se decretaba hermosa, era aficionada á las cuartetas y á los acrósticos, se hacia presentar las llaves de las ciudades por cupidos, fruncia los lábios á la italiana y echaba miradas ardientes á la española, tenia en su guardaropa tres mil vestidos, entre ellos varios trajes de Minerva y de Anfitrite, estimaba á los irlandeses por sus anchas espaldas, recamaba su guardainfante de talco y de lentejuelas, adoraba á las rosas, juraba, renegaba, pateaba, daba de puñetazos á sus ca-

maristas, enviaba á Dudley á todos los diablos, pegaba al canciller Burleigh, que lloraba por ello ¡viejo animal!, escupia en la cara á Mathew, daba empellones á Hatton, abofeteaba á Essex, enseñaba el muslo á Bassompierre y era vírgen.

Lo que hizo por Bassompierre, la reina de Saba lo habia hecho antes por Salomon [1]; por consiguiente era accion correcta, pues tenia un precedente en la Sagrada Escritura. Lo que es bíblico puede ser anglicano: el precedente bíblico llega hasta á dar por resultado de aquel lance un niño llamado Ebnehaquem ó Melilechet, es decir, *el Hijo del Sabio.*

¿Por qué no adoptar aquellas costumbres? El cinismo corre parejas con la hipocresía.

Hoy Inglaterra, que tiene un Loyola llamado Wesley, baja un poco los ojos ante estos hechos pasados: está algo corrida, pero muy ufana.

En aquellas costumbres la aficion á lo deforme existia, especialmente en las mujeres y muy señaladamente en las hermosas. ¿De qué sirve ser hermosa si no se tiene un adefesio? De qué

1. *Regina Saba coram rege crura denudavit.* Schicklardus in Proœmio Tarich. Jersici F. 65. (*N. del Autor.*)

sirve ser reina á la que no se ve tuteada por un mamarracho? María Estuardo habia sido « muy amable » con un jorobado muy pecoso de viruelas, Rizzio: María Teresa de España gastó « algunas familiaridades » con un negro, de donde tuvo orígen la *abadesa negra*. En las alcobas del gran siglo la joroba estaba muy en favor, testigo el mariscal de Luxemburgo.

Y antes de Luxemburgo, Condé «aquel hombrecito tan lindo.»

Las mismas hermosas podian sin inconveniente ser algo contrahechas: era cosa aceptada. Ana Bolena tenia un pecho mas abultado que el otro, seis dedos en una mano y un sobrediente; la duquesa de la Vallière era patizamba: no fueron estos impedimentos para que Enrique VIII perdiese el juicio por la primera y Luis XIV por la segunda.

Iguales descarríos existian en lo moral. Casi no habia mujer en las altas esferas que no fuese un caso teratológico: eran mujeres de dia y tarascas de noche; algunas iban furtivamente á la plaza donde se ajusticiaba á los reos á besar en sus garfios de hierro las cabezas recien cortadas.

Margarita de Valois, una abuela de las cultas, llevaba pendientes de la cintura, bajo un candado y en cajas de hojalata cosidas á su guardainfante, todos los corazones de sus amantes difuntos. Debajo de aquel guardainfante se escondió alguna vez Enrique IV.

En el siglo XVIII, la duquesa de Berry, hija del Regente, resumió todas aquellas criaturas en un tipo obsceno y real.

Ademas las elegantes damas de la alta nobleza sabian latin, cosa que desde el siglo XVI era una gracia femenina. Juana Grey llevó la elegancia hasta saber el hebreo.

La duquesa Josiana latinizaba, y era ademas católica, otra elegancia; católica en secreto, justo es decirlo, y mas bien como su tio Cárlos II que como su padre Jacobo II. Jacobo por conservar su catolicismo perdió su corona, y Josiana no queria perder su pairía; por esta razon, católica en la intimidad y entre cultos y cultas; era protestante exteriormente, para la canalla.

Esta manera de entender la religion es muy agradable; se disfruta de todos los bienes anejos á la iglesia oficial episcopal, y mas adelante

se muere, como Grocio, en olor de catolicismo, y se tiene la gloria de que el padre Petau diga una misa por nuestra alma.

Aunque gruesa y de buena salud, Josiana era, insistamos en ello, una perfecta culta.

A veces su soñolienta y voluptuosa manera de arrastrar las desinencias de las frases imitaba las lentas pisadas de una tigre andando por entre cañaverales.

La utilidad de ser culta consiste en que con eso se desaira al linaje humano, privándole del honor de pertenecer á él.

Ante todo, poner á la especie humana á cierta distancia es lo esencial.

A falta de Olimpo se toma el hôtel de Rambouillet [1].

Juno se resuelve en Araminta [2]. Una pretension de divinidad no admitida crea la *remilgada*, que á falta de rayos fulmina impertinencias: el templo se reduce á gabinete, y la que no puede ser diosa, se constituye ídolo.

1. Salon famoso donde se reunian los *cultos* de Paris en tiempo de Luis XIV. (*N. del Tr.*)
2. Personaje de las *Preciosas ridículas* de Molière. (*Idem.*)

Hay ademas en lo *culto* cierta pedantería que agrada á las mujeres.

La coqueta y el pedante son dos vecinos : su adherencia resulta visible en el fatuo.

Lo sútil se deriva de lo sensual. El gastrónomo afecta delicadeza; un gesto de hastío sienta bien al apetito.

Y luego el lado débil de la mujer se siente protegido por toda esa casuística de la galantería que hace veces de escrúpulos para las cultas. Es una circunvalacion con foso ; toda culta tiene un aire de repugnancia, cosa que protege.

Se consiente, pero con desden, por el pronto.

Josiana tenia un fuero interno muy peligroso. Sentia en sí tal propension al impudor que era dengosa. Las retiradas por orgullo en sentido inverso de nuestros vicios nos llevan á los vicios contrarios: el exceso de esfuerzo para ser casta la hacia ser gazmoña. Estar demasiado sobre la defensiva indica un secreto deseo de ataque: no es lo mismo ser huraño que ser severo.

Encerrábase en la arrogante excepcion de su clase y de su cuna, mientras premeditaba tal vez, ya lo hemos dicho, alguna brusca salida.

Empezaba á despuntar por entonces el siglo XVIII, é Inglaterra bosquejaba lo que luego fué en Francia la regencia. Walpole y Dubois se dan la mano. Marlborough se batia contra su ex-rey Jacobo II, á quien es fama que habia vendido su hermana Churchill: se veia brillar á Bolingbroke y asomar á Richelieu. La galantería encontraba cómoda una cierta mescolanza de clases; los vicios iban allanando el terreno, como debian, andando el tiempo, allanarle las ideas: el *encanallamiento*, preludio aristocrático, comenzaba lo que la revolucion debia completar. No estaba muy lejos Jélyotte[1] sentado públicamente á la luz del dia en el lecho de la marquesa de Epinay: verdad es, porque las costumbres se hacen eco, que el siglo XVI habia visto el gorro de dormir de Smeton sobre la almohada de Ana Bolena.

Si mujer significa culpa, como lo aseguró no sé cual concilio, jamás la mujer fué mas mujer que en aquellos tiempos: jamás, cubriendo su fragilidad con su encanto y su debilidad con su omnipotencia, se hizo mas imperiosamente ab-

1. Héroe de una aventura escandalosa del tiempo de la regencia. (*N. del Tr.*)

solver. Hacer del fruto vedado el fruto permitido, es la caida de Eva; pero hacer del fruto permitido el fruto vedado es su triunfo, y por ahí acabó. En el siglo XVIII la mujer echa el cerrojo al marido y se encierra en el eden con Satanás: Adan se queda afuera.

III

Todos los instintos de Josiana propendian mas bien á darse galantemente que á darse legalmente : darse por galantería implica un poco de literatura, recuerda á Menalcas y á Amarilis y es casi una accion docta.

Mademoiselle de Scudéry, aparte del atractivo de la fealdad por la fealdad misma, no tuvo otro motivo para ceder á Pélisson.

La soltera soberana y la casada vasalla, tales son las antiguas costumbres inglesas, y Josiana dilataba lo mas que podia la hora de aquel vasallaje. Que habia de llegar por fin á casarse con lord David, pues así lo exigia la voluntad del rey, era una necesidad sin duda, pero ¡qué lástima! Josiana aceptaba y repelia al mismo tiempo á lord David : habia entre ellos tácito acuerdo para no concluir y para no romper; se eludian : aquel modo de amarse con un páso adelante y dos pasos atrás está representado en los bailes de la época, el minué y la gavóta. Ser personas casadas no hace bien á la cara, desluce los lazos del vestido, envejece un poco : el matrimonio es una triste solucion que ahuyenta todo misterio. La entrega de una mujer hecha por un notario, ¡qué cosa tan vulgar! La brutalidad del matrimonio crea situaciones definitivas, suprime la voluntad, mata el capricho, tiene una sintáxis como la gramática, reemplaza la inspiracion con la ortografía, hace del amor un dictado, ahuyenta los devaneos, impone la transparencia á las funciones periódicas y fatales, saca de entre nubes el aspecto en camisa de la

mujer, da derechos diminuentes para quien los ejerce como para quien los soporta, destruye con una inclinacion de balanza toda de un lado el delicioso equilibrio del sexo robusto y del sexo poderoso, de la fuerza y de la hermosura, y hace aquí un amo y allí una criada, al paso que, fuera del matrimonio, hay un esclavo y una reina. Prosaizar[1] el lecho hasta hacerle decente, ¿se concibe cosa mas grosera? Amarse sin que haya en ello ningun mal, ¿cabe cosa mas tonta?

Lord David iba madurando. Cuarenta años son como la hora que da en el reló : él no lo echaba de ver y la verdad es que parecia siempre clavado en sus treinta años. Mas divertido le parecia desear á Josiana que poseerla : otras poseia; tenia varias mujeres. Josiana por su parte tenia sueños de amor.

Los sueños eran peores.

La duquesa Josiana ofrecia la particularidad, menos rara de lo que se cree, de tener un ojo

1. Este es uno de los muchos vocablos inventados por la exuberante imaginacion de Victor Hugo que el traductor se ve precisado á respetar. ¿Cómo traducir de otro modo, con todo su nervio y concision, las ideas y las imágenes, ya sublimes, ya extravagantes del gran pensador? (*N. del Tr.*)

azul y otro negro. Sus pupilas estaban hechas de amor y de odio, de felicidad y de infortunio : en su mirada se mezclaban el dia y la noche.

Esta era su ambicion : mostrarse capaz del imposible.

Un dia dijo á Swift[1] :

— A vosotros se os figura que vuestro desprecio existe.

Vosotros significaba el linaje humano.

Era, como ya hemos dicho, papista por de fuera : su catolicismo no pasaba una línea mas allá de lo necesario para la elegancia ; hoy hubiera sido puseismo[2]. Llevaba vestidos muy recios de terciopelo, de raso ó de *moiré*, algunos de quince y diez y seis varas de ancho, y coleretas y volantes recamados de oro y plata, y alrededor de la cintura multitud de lazos de perlas alternados con lazos de pedrería. Abusaba de los galones : á veces se ponia una chaqueta de paño guarnecida de pasamanos como un bachiller. Montaba á caballo en silla de hombre, á

1. Autor de los *Viajes de Gulliver* y de otras obras muy celebradas en su tiempo. (*N. del Tr.*)

2. Nueva secta de católicos tibios, en Inglaterra. (*N. del Tr.*)

despecho de la invencion de las sillas de mujer, introducida en Inglaterra en el siglo XIV por Ana, esposa de Ricardo II. Lavábase la cara, los brazos, las espaldas y el pecho con azúcar cande desleido en clara de huevo á la moda de Castilla. Despues que alguno hablaba discretamente delante de ella, tenia una risita reflexiva singularmente graciosa.

Por lo demas ninguna maldad habia en ella; mas bien era buena.

IV

MAGISTER ELEGANTIARUM

Josiana se aburria; es natural.

Lord David Dirry-Moir tenia una situacion magistral en la alegre y disipada vida de Londres: *Nobility y gentry*[1] se veneraban.

Consignemos aquí una de las glorias de lord

1. Nobleza y caballeros. (*N. del Tr.*)

David : osaba lucir su pelo. Empezaba por entonces la reaccion contra las pelucas : así como en 1824 Eugenio Devéria [1] se atrevió el primero á dejarse crecer la barba, Price Devereux osó el primero en 1702 exponer al público, bajo el disimulo de un sabio aliño, su cabellera natural. Exponer su cabellera era poco menos que exponer su cabeza. La indignacion fué universal, y eso que Price Devereux era vizconde Hereford y par de Inglaterra : fué insultado y no se puede negar que la cosa merecia la pena. En lo mas recio de la rechifla aparecióse de repente lord David llevando él tambien su propio cabello y sin peluca, escándalos que anuncian el fin de las sociedades. Lord David fué todavía mas silbado que el vizconde Hereford, pero se mantuvo firme. Price Devereux habia sido el primero, David Dirry-Moir fué el segundo, lo cual es á veces mas difícil que ser el primero, pues para ello se necesita menos genio, pero mas valor. El primero, embriagado por la innovacion, ha podido ignorar el peligro ; el segundo ve el abismo y se

1. Pintor de mucha fama en aquel tiempo. (*N. del Tr.*)

precipita en él : en ese abismo, el de no volver á usar peluca, se precipitó David Dirry-Moir. Andando el tiempo tuvieron imitadores ; hubo, en pos de aquellos dos revolucionarios, quien se atrevió á peinar sus propios cabellos, y se adoptó la moda de los polvos como circunstancia atenuante.

Para esclarecer y fijar de paso este importante punto de historia, digamos que la verdadera prioridad en la guerra á la peluca pertenece á una reina, Cristina de Suecia, la cual solia vestirse de hombre y se presentó en 1680 con su pelo castaño natural empolvado y erizado : tenia ademas, dice Misson « algunos pelos en la barba. »

El papa, por su parte, en su bula de marzo de 1694, habia desacreditado un poco á la peluca desterrándola de la cabeza de los obispos y de los clérigos, y mandando á los eclesiásticos qûe se dejasen crecer el pelo.

Lord David, pues, no usaba peluca y llevaba botas de becerro.

Estas cosazas le designaban á la pública admiracion : no habia club que no le tuviese por

leader[1], no habia lucha á puñadas en que no se le desease para *referee*, es decir, para árbitro.

Habia redactado las constituciones ó estatutos de varios círculos de la *high life*[2]; habia hecho fundaciones de elegancia, una de las cuales, *Lady Guinea*, existia aun en Pall Mall[3] en 1772: *Lady Guinea* era un círculo adonde acudia toda la juventud aristocrática y donde se jugaba, siendo la menor puesta que se atravesaba un cartucho de cincuenta guineas, y nunca habia menos de veinte mil guineas sobre la mesa. Al lado de cada jugador se alzaba un veladorcito para poner en él la taza de té y el platillo de madera dorada en que se dejan los rollos de guineas. Los jugadores llevaban, como los criados cuando limpian los cuchillos, manguitos de cuero que les protegian los vuelos de encaje, petos de cuero tambien que les preservaban la valona, y en la cabeza para protegerles la vista, á causa de la mucha luz de las lámparas,

1. Especie de director. (*N. del Tr.*)
2. La alta sociedad; la vida elegante. (*Idem.*)
3. Una de las mas elegantes calles de Londres. (*Idem.*)

y conservarles en órden el peinado, anchos sombrerones de paja cubiertos de flores. Cubríanse el rostro con antifaces para que no se viese su emocion, sobre todo en el juego de quince, y todos llevaban la casaca puesta del revés para atraer la suerte.

Lord David era del Beefsteak Club, del Surly Club, y del Split-farthing Club, del Club de los Huraños y del de los Roñosos, del Nudo Sellado, *Sealed Knot*, club de los realistas, y del Martinus Scribblerus fundado por Swift, en reemplazo de la Rota, fundada por Milton.

Aunque buen mozo, era del Club de los Feos, club dedicado á la deformidad, en el que todos se comprometian y obligaban á batirse, no por una mujer hermosa, sino por un hombre feo. La sala del club tenia por ornato retratos horrorosos: Tersites, Triboulet, Duns, Hudibras, Scarron; encima de la chimenea estaba Esopo entre dos tuertos, Coclés y Camoens, y como Coclés era tuerto del ojo izquierdo y Camoens del derecho, cada cual estaba representado por el lado tuerto y aquellos dos perfiles sin ojos se miraban cara á cara. El dia en que la linda madama Visart

tuvo viruelas, el Club de los Feos brindó por ella. Aquel club florecia aun á principios del siglo diez y nueve y envió un diploma de individuo honorario á Mirabeau.

Desde la restauracion de Cárlos II, los clubs revolucionarios estaban abolidos. En la angosta calle contígua á Moorfields se habia demolido la taberna donde se juntaba el Calfs Head Club, club de la Cabeza de Ternero, así llamado porque el 30 de enero de 1649, dia en que corrió por el cadalso la sangre de Carlos I, se bebió allí en un cráneo de ternero vino tinto á la salud de Cromwell.

A los clubs republicanos habian sucedido los clubs monárquicos.

En ellos se divertia la concurrencia decorosamente.

Habia el llamado *She romps Club*. Se cogia en la calle una mujer cualquiera, la primera que pasaba, una mujer de la clase media, lo menos vieja y lo menos fea posible; se la metia por fuerza en el club, y se la hacia andar sobre las manos, con los piés en alto, cubierta la cabeza por las faldas que la caian encima; si se incomo-

daba, se le daban algunos latigazos en la parte que quedaba descubierta. Suya era la culpa. Aquella nueva especie de palafreneros se llamaba « los saltarines. »

Habia tambien el Club de los Relámpagos de calor, metafóricamente *Merry-danses;* en él se hacian bailar por negros y blancas las danzas de las picantas y de las timtirimbas del Perú, especialmente la Mozamala, baile que tiene por triunfo á la bailarina sentada en un monton de salvado en el cual deja, al levantarse, una huella calipigia[1], espectáculo sacado de este verso de Lucrecio :

Tunc Venus in sylvis jungebat corpora amantum.

Habia tambien el Hellfire Club, « Club de las Llamas, » donde se jugaba á ser impío, especie de justa de los sacrilegios. El infierno era allí el premio de la mayor blasfemia.

Habia tambien el Club de las Cabezadas, así llamado porque en él se daban cabezadas á todo bicho viviente. Buscábase un bracero ro-

1. Alusion á la impúdica Venus de este nombre (en griego, *de las hermosas nalgas*) cuya estatua de mármol se conserva en el Museo borbónico de Nápoles. (*N. del Tr.*)

busto y fornido, con cara de bruto, se le ofrecia y, en caso de necesidad, se le obligaba á aceptar un jarro de *porter*[1] por dejarse dar cuatro cabezadas en el pecho, y sobre eso recaian las apuestas. En una ocasion, un bárbaro de galés llamado Gogangerdd, expiró á la tercer cabezada. La cosa pareció grave; formóse una sumaria y el jurado de acusacion dió el siguiente veredicto : « Muerto de una hinchazon del corazon, producida por el excesivo beber. » Gogangerdd con efecto se habia bebido el jarro de *porter*.

Habia tambien el Fun Club. *Fun* es, como *cant*, como *humour*, un vocablo especial intraducible. El *fun* es á la broma lo que la pimienta es á la sal. Penetrar en una casa, romper un espejo de valor, hacer un chirlo á un retrato de familia, envenenar al perro, meter al gato en la pajarera, todo eso se llama « echar una pieza de *fun*. » Dar una mala noticia falsa que obliga á una familia á vestirse de luto sin motivo, eso es *fun* : el *fun* fué el que hizo un desgarron cuadrado en una hermosa pintura de Holbein en

1. Cerveza muy fuerte. (*N. del Tr.*)

Hampton-Court[1] : el *fun* estaria en sus glorias si hubiera roto el brazo á la Venus de Milo. Bajo el reinado de Jacobo II, un jóven lord millonario que una noche prendió fuego á una choza hizo á todo Londres desternillarse de risa y fué proclamado *Rey del fun*. Los pobres diablos de la choza se salvaron huyendo en camisa. Los miembros del Fun Club, todos de la mas alta aristocracia, corrian las calles de Londres á las horas en que los vecinos honrados están recogidos, arrancaban los goznes de las persianas, cortaban los tubos de las bombas, descomponian los aljibes, descolgaban las muestras de las tiendas, talaban los huertos, apagaban los faroles, serraban los puntales de las casas, rompian las vidrieras, con especialidad en los barrios indigentes. Como los que daban esas bromas á los miserables eran los ricos, no habia queja posible; ademas de que todo ello era *broma*, dicho se está. Estas costumbres no han desaparecido enteramente : en varios puntos de Inglaterra y de las posesiones inglesas, en Guernesey

1. Magnífico sitio real, á pocas millas de Londres. (*N. del Tr.*)

por ejemplo, de cuando en cuando le hacen á uno algun pequeño estrago en su casa por la noche, le rompen una verja, le arrancan el aldabon de la puerta de la calle, etc. Si lo hiciese un pobre, iria á presidio, pero los que en eso se divierten son unós señoritos muy amables.

El mas distinguido de los clubs estaba presidido por un emperador que llevaba una media-luna en la frente y se llamaba « el gran Mohock. » El mohock se dejaba atrás al *fun*: hacer el mal por el mal, tal era el programa. Este grandioso objeto tenia el Mohock Club : hacer daño ; para llenar este oficio, todos los medios eran buenos. El que se hacia mohock prestaba juramento de ser dañino ; dañar á todo trance, en toda ocasion, á todo ser y de todas maneras, era la obligacion. Todo individuo del Mohock Club debia tener una habilidad particular : uno era « maestro de baile », es decir, hacia bailar á los plebeyos pinchándoles las pantorrillas con su espada ; otros sabian « hacer sudar », esto es, sabian improvisar alrededor de un belitre cualquiera una ronda de seis ó siete caballeros espada en mano ; rodeado por todas partes era

imposible que el belitre no volviese la espalda á alguno; el caballero á quien la víctima volvia la espalda le castigabá el desacato con una estocada que le hacia dar media vuelta; un nuevo pinchazo en los riñones advertia al quidam de que estaba volviendo la espalda otra vez á un noble, y así sucesivamente todos iban pinchando; y cuando el hombre encerrado en aquel corro de espadas y todo ensangrentado habia dado el suficiente número de vueltas y bailado lo bastante, se le hacia dar una buena paliza por mano de los lacayos para torcer el curso de sus ideas. Otros « zurraban al leon », es decir, paraban riéndose á un transeunte, le aplastaban las narices de un puñetazo y le metian ambos pulgares en ambos ojos: si con ello le sacaban los ojos, se los pagaban.

Tales eran, á principio del siglo diez y ocho, los pasatiempos de la opulencia ociosa en Lóndres. Los ociosos de Paris tenian otros : M. de Charolais disparaba su escopeta á un villano en el zaguan de su casa. En todos tiempos se ha divertido la juventud.

Lord David Dirry-Moir desplegaba en aquellas

varias instituciones de placer su espíritu magnífico y liberal. Como otro cualquiera, quemaba alegremente una choza de paja y tablas, y chamuscaba un poco á los que estaban dentro, pero les reconstruia la casa de piedra. Hubo ocasion en que hizo bailar sobre las dos manos á dos mujeres en el *She romps Club*: la una era soltera y la dotó; la otra era casada é hizo nombrar capellan á su marido.

Las riñas de gallos le debieron loables mejoras: maravilla causaba ver á lord David vestir á un gallo para el combate. Los gallos se agarran de las plumas como los hombres de los pelos, razon por la cual lord David dejaba á su gallo lo mas calvo posible: cortábale con unas tijeras todas las plumas de la cola, y desde la cabeza hasta el ala todas las del cuello. — Otro tanto menos para el pico del enemigo, decia. — Luego extendia las alas de su gallo, é iba cortando en punta cada pluma una despues de otra, con lo que se hacia unas alas guarnecidas de dardos. — Esto es para los ojos del enemigo, decia. — Luego le raspaba las patas con un cortaplumas, le afilaba las uñas y le encajaba en el espolon una espuela

de agudo y cortante acero, le escupia en la cabeza, le escupia en el cuello, le ungia con saliva como se frotaba con aceite á los atletas, y le lanzaba terrible á la lucha exclamando: — Ahí teneis como de un gallo se hace un águila y como el ave de corral se torna en ave de las montañas!

Lord David asistia á las riñas á puñadas de las cuales era como el código vivo. En los grandes desafíos él era el que hacia plantar las estacas y tender las cuerdas, y fijaba el número de toesas que habia de tener la liza. Si era padrino, seguia paso á paso á su boxeador, con una botella en una mano y una esponja en la otra; le gritaba: *Strike fair* [1]; le sugeria los ardides; le aconsejaba mientras se batia, le limpiaba la sangre, le levantaba cuando caia al suelo, le cogia sobre sus rodillas, le metia entre los dientes el cuello de la botella, y con su propia boca llena de agua le rociaba con una menuda lluvia los ojos y las orejas, con lo que se reanimaba el moribundo. Si era árbitro, presidia á la legalidad de los puñetazos, prohibia á quien quiera que

1. Sacude recio.

fuese, salvo los padrinos, asistir á los combatientes, declaraba vencido al campeon que no se colocaba bien en frente del adversario, hacia observar escrupulosamente todas las reglas, reprobaba como de mala ley el recurso de las cabezadas, y prohibia que se golpease al campeon postrado en tierra. Toda aquella sabiduría no bastaba á hacerle pedante ni disminuia de modo alguno su elegante soltura en sociedad.

De seguro que cuando él era *referee* ó árbitro de una pelea no se hubieran atrevido los fornidos, granujientos y velludos parciales de este ó de aquel, á acudir en ayuda de sus atletas ya medio derrotados y desbaratar la balanza de las apuestas, á saltar por encima de la valla, penetrar en la liza, romper las cuerdas, arrancar las estacas é intervenir violentamente en la lucha. Lord David era uno de los pocos árbitros á quienes nadie osaba apalear.

Nadie arrastraba como él: el atleta de quien consentia en ser el « trainer [1] » estaba seguro de vencer. Lord David elegia un Hércules, macizo

1. Voz técnica del pugilato: el que arrastra ó dirige á otro en la lucha. (*N. del Tr.*)

como una roca, alto como una torre, y lo tomaba por hijo. Hacer pasar del estado defensivo al estado ofensivo aquel escollo humano, tal era el problema, y en él lord David no tenia igual. Una vez adoptado el cíclope, no se apartaba de él ni un momento; por él se convertia en nodriza; le media el vino, le pesaba la carne, le contaba las horas de sueño. Él fué quien inventó aquel admirable régimen de atleta, renovado despues por Moreley: por la mañana un huevo crudo y una copa de Jerez; á medio dia pierna de carnero asado chorreando sangre y té; á las cuatro tostadas de pan y té; por la noche cerveza y tostadas de pan; despues de lo cual desnudaba al hombre, le frotaba bien el cuerpo con franela y un cepillo y le acostaba. Por la calle no le perdia de vista, apartando de él todos los peligros, caballos desbocados, ruedas de carruajes, soldados borrachos, mozuelas bonitas. Invigilaba su virtud, y aquel maternal desvelo añadia sin cesar algun nuevo quilate á la educacion del pupilo: enseñábale el puñetazo que rompe los dientes y el que hace saltar un ojo: nada mas patético.

De esta suerte se preparaba á la vida política, á la que debia ser llamado andando el tiempo: no es cosa de poco momento llegar á ser un cumplido caballero.

Lord David Dirry-Moir era aficionadísimo á los fenómenos vivos, á los volatines, á los espectáculos todos que se exhiben en calles y plazas, á los bichos raros, á las barracas de saltimbanquis, á los clowns, á las comedias al aire libre y á todos los prodigios de las ferias. El verdadero señor es el que saborea al hombre del pueblo; por eso lord David frecuentaba las tabernas y gazaperas de Londres y de los Cinco-Puertos. A fin de poder, en caso de necesidad, sin comprometer su categoría en la escuadra blanca, darse de puñadas con un gaviero ó un calafate, vestia en las ocasiones en que se iba por aquellas honduras una chaqueta de marinero. Para tales transformaciones le era cómodo no llevar peluca, porque hasta el tiempo de Luis XIV el pueblo conservó su cabello como el leon su melena: de aquel modo era libre; la gentezuela que lord David encontraba en aquellos sitios y con la cual se mezclaba, le tenia en alta estimacion y no sabia

que era lord, todos le conocian por el nombre de Tom-Jim-Jack, bajo el cual era popular y muy ilustre en aquella crápula, en la cual se encanallaba magistralmente: á veces andaba á trompis. Aquel lado de su vida elegante era conocido y muy apreciado de lady Josiana.

V

LA REINA ANA

I

Por cima de aquella pareja se alzaba Ana, reina de Inglaterra.

Era aquella reina Ana una mujer como otra cualquiera : alegre, bondadosa, augusta casi casi; ninguna de sus buenas prendas llegaba á la virtud, ninguna de sus imperfecciones llegaba al

mal. Su corpulencia era abotargada, su travesura era maciza, su bondad era tonta. Era tenaz y floja : esposa, era infiel y fiel, pues tenia favoritos á quienes daba su corazon y un esposo para quien guardaba el tálamo; cristiana, era hereje y devota. Una cosa muy hermosa tenia, que era el robusto cuello de una Niobe; el resto de su persona valia poco. Era coqueta sin gracia y con honradez; su cútis era blanco y delicado, y le enseñaba mucho : ella estableció la moda del collar de gruesas perlas muy ceñido al cuello. Tenia la frente estrecha, los labios sensuales, carnosas las mejillas, abultados los ojos y muy poca vista : su miopía se extendia á su entendimiento. Salvo tal cual chispazo de jovialidad, casi tan pesada como su cólera, vivia en una especie de murria taciturna y de silencio gruñon. Soltaba palabras que era preciso adivinar, mezcla de la buena mujer y de la pícara bruja : gustábala lo inesperado, cualidad profundamente femenil : Ana era un ejemplar apenas descortezado de la Eva universal. A ese ente habia dado la suerte un trono. Bebia mucho : su marido era un dinamarqués de pura raza.

Tory [1] gobernaba con los whighs, como mujer, como loca. Tenia un genio de todos los diablos; no habia persona menos hábil para manejar las cosas del Estado. Dejaba caerse al suelo los sucesos; toda su política estaba cascada. No tenia igual para hacer grandes catástrofes con pequeñas causas; cuando le daba una ventolera de autoridad decia que *atizaba la lumbre de la chimenea.*

Con aire de profunda meditacion pronunciaba frases como esta : « Ningun par puede estar cubierto delante del rey, excepto Courcy, baron Kinsale, par de Irlanda. » Decia tambien : « Seria una injusticia que mi marido no fuese lord almirante cuando lo fué mi padre. » — Y hacia á Jorge de Dinamarca alto almirante de Inglaterra « and of all Her Majesty's Plantations. » Estaba en perpetua transpiracion de mal humor : no expresaba su pensamiento; le sudaba. Aquel ánade tenia algo de esfinge.

No la disgustaba el *fun*, ó sea la broma pesada y hostil. Si hubiera podido hacer á Apolo joro-

1. Los *torys* son los conservadores; los *whighs*, los liberales. (*N. del Tr.*)

bado, habria estado en sus glorias, pero le hubiera dejado continuar siendo dios. Bondadosa de suyo, su ideal era no desesperar á nadie y fastidiar á todo el mundo. Usaba con frecuencia palabras duras, y á poco mas habria jurado como Isabel. De vez en cuando sacaba de una faltriquera de hombre que llevaba en la falda del vestido una cajita redonda de plata con molduras, en cuya tapa estaba su retrato de perfil entre las dos letras Q. A.[1], abria aquella caja y sacaba de ella con la punta del dedo un poco de pomada con que se enrojecia los labios : entonces, pintada ya la boca, se reia. Gustábanla en extremo las tortas de especias de Zelandia : tenia su vanidad en estar muy gruesa.

Puritana mas bien que otra cosa, de buena gana habria frecuentado las fiestas y los espectáculos, y aun tuvo alguna idea de fundar una Academia de música, copiada de la de Francia. En 1700, un francés llamado Forteroche quiso construir en Paris un « Circo Real » que debia costar cuatrocientas mil libras, á lo que se opuso

1. *Queen Ann*, la reina Ana.

d'Argenson : aquel Forteroche pasó á Inglaterra y propuso á la reina Ana, á quien por un momento sedujo la idea, construir en Lóndres un teatro de gran maquinaria, mas hermoso que el del rey de Francia y que habia de tener *cuatro pisos de escotillones*. Como á Luis XIV, la gustaba que galopase su carroza ; sus tiros de caballos solian recorrer en menos de cinco cuartos de hora el camino de Windsor á Lóndres.

II

En tiempo de Ana no habia reunion que no estuviese autorizada por dos jueces de paz : doce personas reunidas, aunque no fuese mas que para comer ostras y beber cerveza, cometian un delito de alta traicion.

Bajo aquel reinado, benigno sin embargo relativamente, la leva para la escuadra se hizo con extremada violencia; triste prueba de que el inglés es antes vasallo que ciudadano. Desde siglos atrás el rey de Inglaterra procedia en ese punto de una manera tiránica que desmentia todas las antiguas cartas de fueros, en lo cual llevaba Francia mucha superioridad y era cosa que grandemente la indignaba; mas lo que disminuye un poco aquella superioridad era que, en compensacion de la leva de los marineros en Inglaterra, habia en Francia la leva de los soldados. En todas las grandes ciudades de Francia, todo hombre válido que iba por las calles á sus negocios estaba expuesto á verse metido á empellones por los encargados de hacer la leva en una casa llamada *horno;* allí se le encerraba con otros muchos, se escogia á los que parecian aptos para el servicio y se vendia aquella gente á los oficiales. En 1695 habia en Paris treinta hornos.

Las leyes contra Irlanda emanadas de la reina Ana fueron atroces.

Ana nació en 1664, dos años antes del incendio de Lóndres, con cuya ocasion los astrólogos —

(aun los habia, testigo Luis XIV que nació asistido de un astrólogo y fajado en un horóscopo)— habian vaticinado que siendo « la hermana mayor del fuego » seria reina; y lo fué, merced á la astrología y á la revolucion de 1688. Humillábala no tener por padrino mas que á Gilbert, arzobispo de Canterbury : ya no era posible en Inglaterra ser ahijada del papa, y por mas que un simple primado sea un mediano padrino, Ana tuvo que contentarse con él. Ella se tenia la culpa : ¿por qué era protestante?

Dinamarca habia pagado su virginidad, *virginitas empta*, como dicen las antiguas pragmáticas, con una viudedad de seis mil doscientas cincuenta libras esterlinas de renta tomadas sobre la bailía de Wardinburgo y sobre la isla de Fehmarn.

Ana seguia, sin conviccion y por rutina, las tradiciones de Guillermo. Bajo aquella monarquía nacida de una revolucion, los ingleses disfrutaban toda la libertad que cabe entre la Torre de Lóndres, donde se encerraba al orador, y la picota, donde se sacaba al escritor á la vergüenza. Ana hablaba un poco el dinamarqués en sus

conversaciones privadas con su marido, y un poco el francés en sus apartes con Bolingbroke, pura algarabía; pero, en la corte sobre todo, era la gran moda inglesa hablar francés: como no fuese en francés no habia dicho agudo. Ana atendia mucho á las monedas, especialmente á las de cobre, que son las bajas y las populares, y queria hacer en ellas gran figura: seis *farthings* se acuñaron bajo su reinado; en el reverso de los tres primeros no hizo poner mas que un trono; en el del cuarto ya quiso que se pusiese un carro triunfal, y en el del sexto hizo poner una diosa con una espada en una mano y en la otra un ramo de olivo y este exergo: *Bello et Pace*. Hija de Jacobo II, ingenuo y feroz, era brutal.

Y al mismo tiempo era bondadosa en el fondo, contradiccion que no pasa de aparente: un enfado producia en ella una metamorfósis. Puesto el azúcar á la lumbre, acababa por hervir.

Ana era popular: en Inglaterra gustan las reinas. ¿Por qué? Francia excluye del trono á las hembras, lo cual por sí solo es ya una explicacion, y tal vez no haya otra. Para los historiadores ingleses, Isabel es la grandeza, Ana es la

bondad : como quieran. Sea en buen hora, pero nada delicado se advierte en aquellos reinados femeninos, de groseros contornos: aquella grandeza es tosca, y tosca aquella bondad. En cuanto á la inmaculada virtud de aquellas reinas, Inglaterra se ufana mucho con ella, y no se la disputamos: Isabel es una vírgen modificada por Essex, y Ana una esposa complicada con Bolingbroke.

III

Es costumbre estúpida de los pueblos atribuir al rey lo que ellos hacen. Van á la guerra : ¿para quién es la gloria? para el rey. Pagan mucho : ¿quién es el rumboso? el rey; y el pueblo le aplaude porque es tan rico. El rey recibe de los

pobres un escudo y les devuelve un ochavo : ¡qué generoso! El coloso pedestal contempla al pigmeo carga : ¡qué grande es! sobre mis costillas de tengo : el medio seguro para un enano de ser mayor que un gigante es encaramarse sobre sus hombros, pero que el gigante se lo consienta, eso es lo original, y que admire la grandeza del enano, eso es lo estúpido. ¡Simplicidad humana!

La estatua ecuestre, reservada para solos los reyes, representa perfectamente la monarquía; el caballo es el pueblo, solo que ese caballo se va transfigurando lentamente: al principio es un burro y á la postre es un leon; entonces echa á rodar á su ginete y resulta un 1642 en Inglaterra y un 1789 en Francia. A veces le devora, y tenemos en Inglaterra un 1649 y en Francia un 1793.

Que el leon pueda tornarse pollino, cosa es que maravilla, pero que sucede. Así sucedia en Inglaterra; el pueblo se habia echado encima de nuevo la albarda de la idolatría realista. La reina Ana, ya acabamos de decirlo, era popular. ¿Qué hacia para eso? nada. Nada; esto es todo lo que se pide al rey de Inglaterra; por ese nada

recibe unos treinta millones anuales. En 1705, Inglaterra, que no tenia mas que trece navíos de guerra en tiempo de Isabel y treinta y seis bajo el reinado de Jacobo I, contaba ciento cincuenta. Los ingleses tenian tres ejércitos, cinco mil hombres en Cataluña, diez mil en Portugal, cincuenta mil en Flandes, y ademas pagaban cuarenta millones cada año á la Europa monárquica y diplomática, especie de mujer pública á quien siempre ha mantenido el pueblo inglés. Habiendo votado el parlamento un empréstito patriótico de treinta y cuatro millones de rentas vitalicias, habia habido apretones en el tesoro para suscribirse á él. Inglaterra enviaba una escuadra á las Indias Orientales y otra á las costas de España con el almirante Leake, amen de un suplemento de cuatrocientas velas al mando del almirante Showell : acababa ademas de amalgamarse la Escocia. Estábase entre Hochstet y Ramillies, y una de aquellas victorias hacia vislumbrar la otra. En aquella redada de Hochstet Inglaterra habia hecho prisioneros veinte y siete batallones y cuatro regimientos de dragones y quitado cien leguas de territorio á la Francia,

que retrocedió desatentada del Danubio al Rin. Inglaterra tendia la mano hácia Cerdeña y las Baleares; llevábase triunfalmente á sus puertos diez navios de línea españoles y multitud de galeones cargados de oro. Ya Luis XIV tenia á medio soltar la bahía y el estrecho de Hudson; preveíase que iba á soltar tambien la Acadia, San Cristobal y Terra Nova, y que se daria por muy dichoso si Inglaterra toleraba que el rey de Francia pescase bacalao en el Cabo de Buena Esperanza. Inglaterra iba á imponerle la ignominia de demoler él mismo las fortificaciones de Dunkerque. Entretanto se habia quedado con Gibraltar y aspiraba á quedarse con Barcelona. ¡Qué de grandes cosas llevadas á cabo! ¿Cómo no admirar á la reina Ana que se tomaba et trabajo de vivir mientras sucedia todo aquello?

Bajo cierto punto de vista el reinado de Ana parece una reverberacion del reinado de Luis XIV. Ana, por un momento paralela á aquel rey en ese encuentro que se llama la historia, tiene con él una vaga semejanza de reflejo. Como él, ella representa la comedia de un gran reinado; tiene sus monumentos, sus artes, sus

victorias, sus capitanes, sus literatos, sus pensiones sobre el bolsillo privado para los famosos, su galería de obras maestras lateral á su majestad: tambien su córte marcha en procesion con cierto aparato triunfal, con música y pompa reales. Aquella córte es una reduccion en pequeño de todos los grandes hombres de Versalles, no muy grandes por cierto. El conjunto es el mismo; añádasele el *God save the queen* [1] que ya entonces pudo haberse tomado á Lulli, y la ilusion es completa. Ni un solo personaje falta: Cristóbal Wren es un Mansard muy pasadero; Somers vale tanto como Lamoignon. Ana tiene un Racine que es Dryden, un Boileau que es Pope, un Colbert que es Godolphin, un Louvois que es Pembroke, y un Turena que es Marlborough: hay sin embargo que agrandar las pelucas y achicar las frentes. El todo es solemne y pomposo, y el palacio de Windsor en aquel momento, hubiera recordado un poco el de Marly; pero todo allí es femenino, y el padre Tellier de Ana se llama Sarah Jennings. Un prin-

1. *Dios salve á la Reina*, himno y marcha real en Inglaterra, cuya música compuso Lulli. (*N. del Tr.*)

cipio de ironía que dentro de cincuenta años será la filosofía se empieza á vislumbrar en la literatura, y Swift desenmascara al Tartufo protestante como desenmascara Molière al Tartufo católico. Aunque en aquella época Inglaterra busca quimera y bate á la Francia, la imita y se ilumina con su luz, y el resplandor que se vé en la fachada de Inglaterra es puramente francés. Lástima que el reinado de Ana no durase mas que doce años, sin lo cual los ingleses no se harian mucho de rogar para decir *el siglo de Ana*, como nosotros decimos el siglo de Luis XIV. Ana aparece en 1702, cuando Luis XIV empieza á declinar, y es una de las curiosidades de la historia que el orto de aquel astro pálido coincida con el ocaso del astro de púrpura, y que en el instante en que la Francia tenia el rey Sol, Inglaterra haya tenido la reina Luna.

Circunstancia notable : Luis XIV era muy admirado en Inglaterra, por mas que se estuviese en guerra con él. *Ese es el rey que necesita la Francia*, decian los ingleses. El amor de los ingleses á su libertad se complica con una cierta aceptacion de la servidumbre ajena, y esa bene-

volencia hácia las cadenas que amarran al vecino, suele llegar hasta el entusiasmo hácia el déspota de al lado.

En suma, Ana hizo á su pueblo «*feliz*» segun dice tres veces seguidas y con la mas amable insistencia, páginas 6 y 9 de su dedicatoria y página 3 de su prefacio, el traductor francés del libro de Beeverell.

IV

La reina Ana miraba un poco de reojo á la duquesa Josiana por dos razones.

La primera, porque la duquesa Josiana le parecia bonita.

La segunda, porque el novio de la duquesa Josiana le parecia buen mozo.

Dos razones para tener envidia bastan á una mujer; á una reina le basta con una sola.

Añadamos esta otra : Ana llevaba muy á mal que la duquesa fuese su hermana.

A Ana no le gustaba que las mujeres fuesen bonitas, por considerarlo contrario á las buenas costumbres.

Ella por su parte era fea.

Pero no por su gusto.

Una parte de su religion provenia de aquella fealdad.

Josiana, hermosa y filósofa, importunaba á la reina.

Para una reina fea, una duquesa bonita no es una hermana agradable.

Otro motivo de disgusto tenia y era el nacimiento *improper* [1] de Josiana.

Ana era hija de Ana Hyde, simple particular, con quien se casó legítimamente, pero no de muy buena manera Jacobo II siendo duque de York. Ana, por cuyas venas corria aquella sangre inferior, no se sentia princesa sino á medias,

1. Irregular, inconveniente; es voz muy usada entre los ingleses para expresar su desagrado. (*N. del Tr.*)

y Josiana, nacida en una condicion completamente irregular, acentuaba en cierto modo la incorreccion, menor, pero real y positiva, del nacimiento de la reina. La hija del casamiento desigual veia con desagrado, no muy lejos de ella, á la hija de la bastardía : habia en esto cierta semejanza enojosa. Josiana tenia el derecho de decir á Ana : mi madre no vale menos que la vuestra. Nadie lo decia en la córte, pero evidentemente lo pensaban todos, cosa fastidiosa para la majestad real. ¿A qué fin aquella Josiana? Por qué habia venido al mundo? Qué falta hacia? Ciertos parentescos rebajan.

Ana sin embargo ponia buena cara á Josiana.

Acaso la habria querido si no hubiese sido su hermana.

VI

BARKILPHEDRO

Es útil conocer los actos de las personas y un poco de vigilancia es muy conveniente.

Josiana hacia espiar un poco á lord David por un hombre todo suyo en quien tenia confianza y que se llamaba Barkilphedro.

Lord David hacia discretamente observar á

Josiana por un hombre todo suyo, de quien estaba seguro y que se llamaba Barkilphedro.

Por su parte la reina Ana se hacia muy en secreto poner al corriente de la vida y milagros de la duquesa Josiana, su hermana bastarda, y de lord David, su futuro cuñado de la mano izquierda por un hombre enteramente suyo, con quien contaba en un todo, y que se llamaba Barkilphedro.

Aquel Barkilphedro tenia bajo los dedos este teclado: Josiana, lord David, la reina; un hombre entre dos mujeres. ¡Qué de modulaciones posibles! ¡Qué amalgama de almas!

No siempre Barkilphedro habia alcanzado aquella magnífica situacion de hablar quedito á tres orejas.

Era aquel hombre un antiguo criado del duque de York, que habia querido hacerse eclesiástico, pero no lo habia logrado. El duque de York, príncipe inglés y romano, compuesto de papismo real y de anglicanismo legal, tenia su servidumbre católica y su servidumbre protestante, y hubiera podido empujar á Barkilphedro en una ú otra jerarquía, pero no le consideró

bastante católico para hacerle limosnero, ni suficientemente protestante para hacerle capellan, por manera que Barkilphedro se encontró entre dos religiones con el alma en el suelo.

Postura no del todo mala para ciertas almas reptiles.

Hay caminos que no se pueden andar sino arrastras.

Una domesticidad oscura, pero suculenta, fué durante mucho tiempo toda la existencia de Barkilphedro. La domesticidad ya es algo, pero él queria ademas el poder, y ya tal vez iba á ponerle la mano encima cuando cayó Jacobo II. Inútil le era ya cuanto tenia andado por aquel camino y era preciso comenzar de nuevo : nada habia que esperar de Guillermo III, príncipe huraño y que ponia en su manera de reinar cierta tirantez que él tomaba por probidad. Destronado su protector Jacobo, Barkilphedro no se quedó en cueros de la noche á la mañana : un cierto no sé qué que sobrevive á los príncipes caidos alimenta y sostiene por algun tiempo á sus parásitos; el resto de savia agotable hace vivir dos ó tres dias en las puntas de las ramas las hojas del

árbol descuajado, hasta que luego de pronto la hoja amarillea y se seca, y el cortesano tambien.

Merced á ese embalsamamiento que llaman legitimidad, el príncipe, aunque caido y arrojado á pais extranjero, persiste y se conserva; no así el cortesano, el cual muere mucho mas que el rey. El rey allá lejos es una momia, el cortesano aquí es un fantasma : ser la sombra de una sombra es ya demacracion excesiva. Barkilphedro pues acabó por quedar famélico, con lo cual naturalmente adoptó la condicion de literato.

Pero hasta de las cocinas le echaban : á veces no sabia donde pasar la noche. « ¿Quién me sacará de la calle? » decia; y luchaba, y tenia todo lo que tiene de interesante la paciencia en la miseria, amen del arte que tiene la polilla de saber abrirse un agujero de abajo arriba : ayudándose con el nombre de Jacobo II, con los recuerdos, la lealtad, los lloriqueos, etc., etc., se abrió camino hasta la duquesa Josiana.

Josiana tomó aficion á aquel hombre en quien veia pobreza é ingenio, dos cosas que conmueven : presentóle á lord Dirry-Moir, le dió un zaquizamí en las dependencias de su palacio,

le consideró como de su servidumbre, fué bondadosa con él y hasta le habló alguna vez; ya Barkilphedro no volvió á tener hambre ni frio. Josiana le tuteaba : era moda entre las grandes señoras tutear á los literatos, los cuales lo consentian : la marquesa de Mailly recibia acostada á Roy á quien nunca habia visto y le decia : *¿Eres tú el que ha compuesto el Año galante? Buenos dias.* Andando el tiempo, los literatos devolvieron el tuteo, y llegó un dia en que Fabre de Eglantine decia á la duquesa de Rohan :

— *¿Eres tú la Chabot?*

Por lo que respecta á Barkilphedro, ser tuteado le parecia un triunfo y con él estaba en sus glorias, pues mucho tiempo habia codiciado aquella familiaridad de arriba abajo.

— ¡Lady Josiana me tutea! se decia á sí mismo, y se frotaba las manos de gusto.

Aprovechóse de aquel tuteo para ganar terreno, y llegó á ser una especie de familiar de las habitaciones interiores de Josiana, nada molesto, apenas visto; casi se hubiera mudado de camisa la duquesa delante de él, pero todo aquello era precario : Barkilphedro aspiraba á una situacion;

una duquesa no es mas que medio camino andado : una galería subterránea que no llegaba hasta la reina era trabajo perdido.

Un dia Barkilphedro dijo á Josiana :

— ¿ Querria Vuestra Gracia labrar mi felicidad?

— ¿ Qué quieres, preguntó Josiana ?

— Un destino.

— ¡ Un destino ! tú !

— Sí señora.

— ¡ Qué ocurrencia ! Tú no sirves para nada.

— Pues por eso mismo.

Josiana se echó á reir.

— De los destinos para que no sirves, ¿ cuál te acomodaria ?

— El de destapa-botellas del Océano.

Subió de punto con esta respuesta el buen humor de Josiana.

— ¿ Y qué destino es ese? Te estás burlando.

— No señora.

— Quiero divertirme en responderte seriamente, dijo la duquesa. ¿ Qué quieres ser ? Repite.

— Destapa-botellas del Océano.

— Todo es posible en la córte. ¿ Existe por ventura ese empleo ?

— Sí señora.

— Instrúyeme de cosas que ignoro : prosigue.

— Ese empleo existe.

— Jurámelo por el alma que no tienes.

— Lo juro.

— No te creo.

— Gracias, señora.

— ¿Con que quisieras?... Vuelve á repetir.

— Destapar las botellas de la mar.

— Destino es ese que no debe dar mucho trabajo : vale tanto como peinar al caballo de bronce.

— Poco mas ó menos.

— Es decir, no hacer nada : ese es en efecto el destino que te conviene y el único para que sirves.

— Ya veis que para algo sirvo.

— No me la eches de gracioso : ¿existe el destino ó no?

Barkilphedro tomó la actitud de la gravedad respetuosa.

— Señora, dijo, teneis un padre augusto, Jacobo II, rey, y un cuñado ilustre, Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland : vuestro pa-

dre fué y vuestro cuñado es lord almirante de Inglaterra.

— ¿Son esas las novedades que vienes á contarme? Lo sé lo mismo que tú.

— Pero lo que Vuestra Gracia no sabe es que hay en la mar tres especies de cosas : las que están en el fondo del agua, *Lagon;* las que flotan encima del agua *Flotson;* y las que el agua arroja á la orilla, *Jetson.*

— ¿Y qué mas?

— Esas tres cosas, Lagon, Flotson y Jetson pertenecen al lord almirante.

— ¿Y qué más?

— ¿No me comprende Vuestra Gracia?

— No.

— Todo lo que está en la mar, lo que se sumerge, lo que sobrenada, y lo que encalla, todo pertenece al almirante de Inglaterra.

— Todo, bien está. ¿Y qué mas?

— Excepto el esturion, que pertenece al rey.

— Yo hubiera creido, dijo Josiana, que todo eso pertenecia á Neptuno.

— Neptuno es un majadero, que se lo ha dejado arrebatar todo por los ingleses.

— Concluye.

— Presas de mar es el nombre que se da á esos hallazgos.

— Corriente.

— Son cosa inagotable; siempre hay algo que flota y algo que encalla, verdadera contribucion de la mar. La mar paga contribucion á Inglaterra.

— No lo niego, pero concluye.

— Vuestra Gracia comprende que de esta manera el Océano crea una oficina.

— ¿Dónde?

— En el almirantazgo.

— ¿Qué oficina?

— La de las presas de mar.

— ¿Y qué?

La oficina se subdivide en tres oficios, Lagon, Flotson y Jetson; y para cada uno de estos oficios hay un oficial.

— ¿Y luego?

— Un buque en alta mar quiere dar un aviso cualquiera á tierra, de que navega en tal latitud, de que ha encontrado un monstruo marino, de que se halla á la vista de una costa, de que está

perdido, de que va á zozobrar, etc., etc., el patron coge una botella, mete dentro un pedazo de papel en el que escribe la cosa, cierra y lacra el cuello de la botella y la arroja á la mar : si la botella se va al fondo, corresponde al oficial Lagon, si flota, corresponde al oficial Flotson, y si las olas la llevan á tierra, corresponde al oficial Jetson.

—¿Y tú querrias ser el oficial Jetson?

— Justamente.

— Y eso es lo que llamas ser destapa-botellas del Océano.

— Ya que existe ese destino....

— ¿Por qué deseas ese último cargo mas bien que los otros dos?

— Porque está vacante en este momento.

— ¿Y en qué consiste el empleo?

— Señora, en 1598 un frasco embreado que se encontró un pescador de congrio en las arenas de Epidium Promontorium fué llevado á la reina Isabel, y un pergamino que se sacó de aquel frasco hizo saber á Inglaterra que Holanda se habia apoderado sin chistar de un pais desconocido, la nueva Zemble, *Nova Zemla*, que

aquella presa se habia verificado en 1596, que en aquel pais los osos se comian á los hombres, y que la manera de pasar allí el invierno se indicaba en un papel metido en el cañon de un mosquete colgado en la chimenea de la casa de madera construida en la isla y dejada por los holandeses, que habian muerto todos, como tambien que aquella chimenea estaba formada con un tonel sin fondo empotrado en el techo.

— Comprendo poco tu algarabía.

— Pues Isabel la comprendió perfectamente. Un pais mas para Holanda era un pais menos para Inglaterra: el frasco que habia dado el aviso se consideró cosa importante, y desde aquel dia se intimó la órden á todo el que se encontrase una botella sellada en la orilla del mar, de que fuese á llevarla al almirante de Inglaterra, so pena de horca: el almirante comisiona para abrir esas botellas á un oficial, el cual entera de lo que contiene á su majestad si há lugar.

— ¿Llegan á menudo botellas de esas al almirantazgo?

— Rara vez, pero es lo mismo; el empleo

existe y se le da cuarto y habitacion en el almirantazgo.

— ¿Y por ese modo de no hacer nada cuánto se paga?

— Cien guineas al año.

— ¿Y para eso me molestas?

— Es lo bastante para vivir.

— Miserablemente.

— Cual corresponde á los de mi clase.

— Cien guineas son un poco de humo.

— Con lo que vivís los grandes un minuto, vivimos nosotros un año : esta ventaja les llevamos los pobres.

— Tuyo será el empleo.

Ocho dias despues, merced á la buena voluntad de Josiana, merced al valimiento de lord David Dirry-Moir, Barkilphedro, salvado definitivamente, fuera ya de lo provisional, puesto el pié en un terreno sólido, colocado, aposentado, retribuido con cien guineas, se instalaba en el almirantazgo.

VII

BARKILPHEDRO SE ABRE CAMINO

Lo que siempre corre mas prisa es ser ingrato.

Barkilphedro no faltó á la regla.

Como habia recibido tantos beneficios de Josiana, naturalmente su idea fija era vengarse de ella.

Añadamos que Josiana era hermosa, alta, jó-

ven, rica, poderosa, ilustre, y que Barkilphedro era feo, pequeño, viejo, pobre, protegido, oscuro : preciso era tambien que se vengase de esto.

El que no se compone mas que de tinieblas, ¿cómo ha de perdonar tantos rayos de luz?

Barkilphedro era un irlandés que habia renegado de la Irlanda; mala especie.

Barkilphedro no tenia mas que una cosa en su favor, y era un tripon enorme.

Una gran panza pasa por señal de bondad, pero aquella panza era una hipocresía mas de Barkilphedro, porque este hombre era muy malo.

¿Qué edad tenia Barkilphedro? Ninguna : la edad necesaria para su proyecto del momento. Era viejo por las arrugas y las canas, y jóven por la agilidad de espíritu : era listo y pesado, especie de hipopótamo mono; realista, seguramente; republicano, ¿quién sabe?; católico, tal vez; protestante, sin duda; partidario de Estuardo, probablemente; de Brunswick, con evidencia. Estar en pro no es una fuerza sino á condicion de estar al mismo tiempo en contra : Barkilphedro practicaba esta sabia máxima.

El empleo de « destapa-botellas del Océano » no era tan risible como habia dicho Barkilphedro. Las reclamaciones, que hoy se llamarian declamaciones de Garci-Fernandez en su *Derrotero de la mar* contra el despojo de los barcos varados, denominado *derecho de fractura*, y contra su saqueo por los habitantes de las costas, habian hecho sensacion en Inglaterra y producido para los náufragos la gran mejora de que sus bienes, efectos y propiedades, en vez de ser robados por la gente ribereña, se confiscaban en beneficio de lord almirante.

Todos los despojos que la mar arrojaba á las playas inglesas, mercancías, cascos de buques, fardos, cajas, etc., pertenecian al lord almirante; pero, y aquí se revelaba la importancia del destino solicitado por Barkilphedro, los recipientes flotantes que contenian mensajes é informaciones, despertaban particularmente la atencion del almirantazgo. Los naufragios son una de las graves atenciones de Inglaterra : como la navegacion es su vida, el naufragio es su cuidado; Inglaterra tiene la perpetua inquietud de la mar : el frasco de vidrio que arroja á las olas un

barco perdido contiene una informacion suprema, preciosa bajo todos conceptos; informacion sobre el barco, sobre la tripulacion, sobre el sitio, la época y el modo del naufragio, informacion sobre los vientos que han destrozado la nave, sobre las corrientes que han llevado el frasco flotante á la costa. El empleo que ocupaba Barkilphedro se suprimió hace mas de un siglo, pero tenia una verdadera utilidad : el último que lo desempeñó fué Guillermo Hussey, de Doddington en Lincoln. El hombre que ocupaba aquel cargo era una especie de relator de las cosas del mar : todas las vasijas cerradas y selladas, botellas, frascos, jarros, etc., arrojados al litoral inglés por la marejada se le entregaban, y él solo tenia el derecho de abrirlos, de suerte que era el primero en conocer el secreto de su contenido : los clasificaba y rotulaba en su registro; de ahí viene la expresion de *sentar un papel en el registro*, usada todavía en las islas de la Mancha. Una precaucion en verdad se habia tomado : ninguno de aquellos recipientes podia abrirse y destaparse sino en presencia de dos vocales del almirantazgo juramentados para guardar secreto, los cuales

firmaban, juntamente con el titular del oficio Jetson, el acta de apertura; pero como aquellos jurados tenian obligacion de guardar secreto, resultaba de aquí para Barkilphedro una cierta latitud discrecional : de él dependia hasta cierto punto suprimir un hecho ó darle publicidad.

Aquellas frágiles reliquias arrojadas por la mar distaban mucho de ser raras é insignificantes, como habia dicho Barkilphedro á Josiana ; unas veces llegaban pronto á tierra, otras tardaban años en llegar; esto dependia de los vientos y de las corrientes. Esa moda de las botellas confiadas á la mar ha pasado un poco, como la de los ex-votos, pero en aquellos tiempos religiosos, los que iban á morir solian enviar de aquella manera sus últimos pensamientos á Dios y á los hombres, y á veces aquellas misivas abundaban en el almirantazgo. Un pergamino conservado en el castillo de Audlyene (antigua ortografía) y anotado por el conde de Suffolk, tesorero mayor de Inglaterra en tiempo de Jacobo I, demuestra que en solo el año 1615 se llevaron y sentaron en el registro de lord almirante cincuenta y dos calabazas, re-

domas y frascos embreados que contenian otras tantas menciones de bajeles perdidos.

Los empleos de la córte son la gota de aceite que siempre va ensanchándose; de esta suerte el portero ha llegado á ser el canciller, y el palafrenero ha ascendido á condestable. El oficial especial encargado del empleo codiciado y obtenido por Barkilphedro era habitualmente un hombre de confianza : así lo habia querido Isabel. En la córte, confianza vale tanto como intriga, y quien dice intriga dice medro : aquel funcionario acabó por ser casi casi un personaje; era clérigo y ocupaba un puesto inmediatamente detrás de los dos criados del limosnero mayor, que lo eran tambien; tenia sus entradas en palacio, aunque á la verdad nada mas que lo que se llamaba « la entrada humilde », *humilis introitus*, y hasta en la alcoba real, porque era costumbre que informase al soberano, cuando el caso merecia la pena, de sus hallazgos, á veces curiosísimos, testamentos de desesperados, adioses lanzados á la patria, revelaciones de baraterías y crímenes de mar, legados hechos á la corona, etc., etc.; lo era tambien que mantuviese

su registro en comunicacion con la córte y que diese cuenta de vez en cuando á su majestad de aquella destapadura de botellas siniestras, verdadero gabinete negro del Océano.

Isabel, que gustaba de hablar en latin, preguntaba á Tamfeld de Coley en Berkshire, el oficial Jetson de su tiempo, cuando le llevaba alguno de aquellos papelotes de la mar: *Quid mihi scribit Neptunus*? ¿Qué me escribe Neptuno?

El taladro estaba hecho: la polilla habia abierto su agujero. Barkilphedro se acercaba á la reina.

No queria mas.

¿Para labrar su fortuna?

No.

Para destruir la de los demas.

Ventura mucho mayor.

Dañar es gozar.

Tener en sí un deseo de dañar, vago, pero implacable, y no perderle nunca de vista, no es dado á todo el mundo. Barkilphedro tenia aquel deseo fijo.

La adherencia de fauces que tiene el perro de presa la tenia su pensamiento.

Sentirse inexorable le daba un fondo de sombría satisfaccion : con tal de tener una presa entre los dientes, ó en el alma una seguridad de hacer daño, nada le faltaba.

Tiritaba contento con la esperanza de que otro tuviese frio.

Ser malo es una opulencia. Hombres á quienes creemos pobres, y que lo son en efecto, tienen todo su caudal en malicia y lo prefieren así : todo consiste en el contento que uno tiene. Jugar una mala pasada, que es lo mismo que una buena pasada, vale mas que el dinero; mala para el que la padece, buena para el que la juega. Katesby, el colaborador de Guy Fawkes en el complot papista de las pólvoras, decia : *Ver volar al parlamento patas arriba es placer que no daria por un millon de libras esterlinas.*

¿Qué era Barkilphedro? Lo mas pequeño que hay en el mundo y lo mas terrible : un envidioso.

La envidia es cosa que siempre encuentra fácil colocacion en la córte.

La córte abunda en majaderos, en ociosos, en ricos holgazanes sedientos de chismes, en far-

santes, en burlones burlados, en necios chistosos que necesitan la conversacion de un envidioso.

¡Qué manjar tan sabroso y refrigerante es la murmuracion de las flaquezas agenas!

La envidia es un buen paño para hacer un espía.

Hay una analogía profunda entre esa pasion natural, la envidia, y ese oficio social, el espionaje. El espía caza por cuenta de otro, como el perro; el envidioso caza por su propia cuenta, como el gato.

Un yo feroz, eso es todo el envidioso.

Otras dotes: Barkilphedro era discreto, secreto, concreto; todo lo guardaba y se hinchaba con su odio; una enorme bajeza implica una enorme vanidad. Era querido de aquellos á quienes divertia, y aborrecido de los demas, pero se sentia desdeñado por los que le aborrecian y despreciado por los que le querian bien, y sabia contenerse: todas sus humillaciones hervian silenciosas en su resignacion hostil, y se indignaba como si los pillos tuvieran tal derecho: era calladamente presa de las furias. Tragárselo todo

era su gran talento : tenia sordas iras interiores, frenesís de rabia subterránea, llamas cobijadas y negras que nadie echaba de ver : era un colérico fumívoro. La superficie solo mostraba sonrisas : era servicial, atento, comedido, amable, complaciente; no habia objeto, no habia persona á quien no saludase : por un soplo de viento se inclinaba hasta el suelo; tener un mimbre en la columna vertebral, ¡qué fuente de fortuna!

Esos seres ocultos y venenosos no son tan raros como se cree: rodeados vivimos de bajezas siniestras. ¿De qué sirven los maléficos? ¿Por qué los hay en el mundo? ¡Pregunta dolorosa y terrible! El poeta se la hace á cada momento y el filósofo nunca encuentra la respuesta : de aquí la mirada triste de los pensadores siempre clavada en esa montaña de tinieblas que es el destino, y desde cuya altura el colosal espectro del mal deja caer puñados de sierpes sobre la tierra.

Barkilphedro tenia el cuerpo obeso y la cara flaca : torso abultado y rostro huesudo. Tenia las uñas estriadas y cortas, los dedos nudosos, los pulgares chatos, el pelo cerdoso, mucha distan-

cia de una sien á otra y una frente de asesino ancha y deprimida. El ojo chiquito ocultaba la pequeñez de su mirada bajo un matorral de cejas: la nariz, larga, puntiaguda, jibosa y blanda estaba casi pegada á la boca. Decentemente vestido de emperador, Barkilphedro se habria parecido un poco á Domiciano. Su cara, de un color amarillo rancio, estaba como modelada en una pasta viscosa, sus carrillos inmóviles parecian de almácigo; tenia toda casta de feísimas arrugas recalcitrantes, macizo el ángulo de la mandíbula, pesada la barba, la oreja innoble. En reposo y de perfil, su lábio superior levantado en ángulo agudo dejaba ver dos dientes: aquellos dientes parecia como que le miraban á uno. Los dientes miran como el ojo muerde.

Paciencia, templanza, continencia, mesura, circunspeccion, amenidad, deferencia, mansedumbre, cortesía, sobriedad, castidad, completaban á Barkilphedro: con tener aquellas virtudes las calumniaba.

Al cabo de poco tiempo Barkilphedro tomó pié en la córte.

VIII

INFERI

De dos maneras se puede tomar pie en la córte; ó en las nubes, con lo que se llega á ser augusto, ó en el fango, con lo que se llega á ser poderoso.

En el primer caso, se hace parte del Olimpo; en el segundo se forma parte del retrete.

El que está en el Olimpo no tiene mas que el

rayo; el que está en el retrete tiene la policía.

El retrete contiene todos los instrumentos de reinado y á veces, porque es traidor, el castigo. Allí va á morir Neron: entonces se llama las letrinas.

Por lo comun es menos trágico. Allí Alberoni admira á Vendome. El retrete suele ser el lugar donde dan audiencia las personas reales, por cuanto tiene algo de trono: en él recibe Luis XIV á la duquesa de Borgoña; en él se sienta Felipe V codo á codo con la reina. Allí penetra el sacerdote: el retrete es á veces una sucursal del confesonario.

Por eso hay en la córte las fortunas de abajo, que no son por cierto las menores.

El que quiera, bajo el reinado de Luis XI, ser grande, tiene que ser un Pedro de Rohan, mariscal de Francia; el que quiera ser influyente, tiene que ser un Oliveros el Gamo, barbero. Para ser glorioso, en tiempo de María de Médicis, hay que llamarse Sillery, canciller; para ser considerable, basta ser la Hannon, camarista. Si quieres, bajo Luis XV, ser ilustre, sé Choi-

seul, ministro; si quieres ser temible, sé Lebel, camarero. Dado Luis XIV, Bontemps que le hace la cama, es mas poderoso que Louvois que le hace sus ejércitos y que Turena que le hace sus victorias. Sacad de Richelieu al padre José y os quedará un Richelieu casi vacío, como que le faltará el misterio: la eminencia roja es soberbia, la eminencia gris es terrible. Ser un gusano ¡qué fuerza!

Pero es de advertir que la condicion esencial de ese poder es la pequeñez: el que quiera continuar siendo fuerte, es preciso que continúe siendo pequeño: hay que reducirse á la nada; la serpiente dormida y arrollada en espiral, representa á la vez lo infinito y el cero.

Una de esas fortunas viperinas tocó á Barkilphedro.

Se habia escurrido hasta donde se proponia.

Los bichos elásticos se cuelan por todas partes: Luis XIV tenia chinches en su cama y jesuitas en su política.

No hay en esto incompatibilidad.

En este mundo todo es péndulo: gravitar es oscilar; un polo tiende hácia el otro. Francisco I

tiende á Triboulet, Luis XV á Lebel: entre aquella extremada altura y este sumo abatimiento existe una profunda afinidad.

El abatimiento es el que dirige. No hay cosa mas fácil de comprender: el que está debajo tiene los hilos.

No hay posicion mas cómoda.

El que está debajo es el ojo y tiene la oreja.

Es el ojo del gobierno.

Tiene la oreja del rey.

Tener la oreja del rey es abrir y cerrar á su arbitrio el cerrojo de la conciencia real y meter en esa conciencia lo que se quiere. El ánimo del rey es vuestro armario; si sois trapero, es vuestra espuerta. La oreja de los reyes no pertenece á los reyes, de donde resulta que, en suma, esos pobres diablos son poco responsables: el que no es dueño de su pensamiento, no es dueño de su accion. Un rey no hace mas que obedecer.

¿A qué?

A una mala alma cualquiera que por de fuera le zumba en el oido; negra mosca del abismo.

Ese zumbido impera: un reinado es una plana dictada.

La voz campanuda, es el soberano; la voz baja es la soberanía.

Los que en un reinado saben distinguir esa voz baja y oir lo que sopla á la voz campanuda son los verdaderos historiadores.

IX

ABORRECER REQUIERE TANTA ENERGIA COMO AMAR

La reina Ana tenia á su derredor varias de aquellas voces bajas, y Barkilphedro era una de ellas.

Amen de la reina influia, trabajaba y labraba sordamente en el ánimo de lady Josiana y de lord David: ya lo hemos dicho, hablaba quedito á tres orejas, una mas que Dangeau: Dan-

geau no hablaba mas que á dos, en el tiempo en que, colando la cabeza entre Luis XIV prendado de su cuñada Enriqueta, y Enriqueta prendada de su cuñado Luis XIV, secretario de Luis sin saberlo Enriqueta y de Enriqueta sin saberlo Luis, situado justo en el centro del amor de los dos muñeços, él mismo hacia las preguntas y las respuestas.

Barkilphedro era tan risueño, tan campechano, tan incapaz de tomar la defensa de nadie en el mundo, tan poco leal en el fondo, tan feo, tan malo, que era muy natural que una persona real llegase á no poder vivir sin él. Cuando Ana conoció quien era Barkilphedro, no quiso ya tener otro adulador á su lado, sin duda porque la adulaba como se adulaba á Luis el Grande, pinchando á los demas. — Como el rey es muy ignorante, dice madama de Montchevreuil, es forzoso escarnecer á los sabios.

Emponzoñar de vez en cuando el pinchazo es el colmo del arte. Neron se goza en ver trabajar á Locusta [1].

1. Famosa envenenadora romana.

Los palacios reales son muy penetrables; esas madréporas tienen perforaciones interiores que prontamente adivina, escudriña, recorre y multiplica si es preciso ese roedor que se llama el cortesano. Un pretexto para entrar basta: Barkilphedro que ya tenia aquel pretexto, es decir, su empleo, fué al poco tiempo en casa de la reina lo que habia sido en casa de la duquesa Josiana, el animal doméstico indispensable. Una palabrita que soltó un dia le puso en un momento al cabo del verdadero carácter de la reina, y supo ya desde entonces á qué atenerse tocante á la bondad de su majestad. La reina queria mucho á su lord stewart [1] Guillermo Cavendish, duque de Devonshire, que era sumamente tonto: aquel lord, que tenia todos los grados que se dan en la Universidad de Oxford y no sabia gramática, hizo un dia la necedad de morirse. Morirse es gran imprudencia en la córte, porque nadie ya se contiene para hablar mal del muerto: presente Barkilphedro la reina se lamentó de aquella desgracia y acabó por exclamar suspi-

1. Mayordomo mayor. (*N. del Tr.*)

rando : — ¡Lástima es que tantas virtudes anduviesen unidas á una inteligencia tan pobre!

— Dios le tenga en su gloria! murmuró Barkilphedro, á media voz y en francés.

La reina se sonrió : Barkilphedro tomó apunte de aquella sonrisa.

De ella dedujo : morder gusta.

Su malicia tenia el campo libre.

De aquel dia en adelante su curiosidad penetró en todas partes y su malignidad tambien, sin que nadie se le opusiera, porque todos le tenian : el que hace reir al rey hace temblar á los demas.

Era un poderoso perillan.

Cada dia daba un pasito mas debajo de tierra. Barkilphedro era un hombre necesario : varios grandes le honraban con su confianza á punto de encargarle en ocasiones tal cual comision vergonzosa.

La córte es un engranaje, en el que Barkilphedro debia subir necesariamente. ¿No ha observado el lector en ciertos mecanismos la pequeñez de la rueda motriz?

Josiana, en particular, que utilizaba, como ya hemos indicado, el talento de espía con que es-

taba dotado Barkilphedro, tenia en él tal confianza que no habia titubeado en entregarle una de las llaves secretas de su estancia, con la que á todas horas tenia acceso junto á ella. Esa excesiva entrega de la vida íntima era una moda en el siglo XVII y se llamaba : *dar la llave*. Josiana habia dado dos de aquellas llaves de confianza : lord David tenia la una y Barkilphedro la otra.

Barkilphedro no tenia igual en hacer extraños descubrimientos de aquellos que subordinan y someten los grandes á los pequeños. Su andar por la sombra era tortuoso, dulcecito y muy sabio : como todo perfecto espía, estaba compuesto de una inclemencia de verdugo junta con una paciencia de micrógrafo. Era cortesano de nacimiento : todo cortesano es un noctámbulo; el cortesano va rondando por esa noche que se llama el poder. Lleva una linterna sorda en la mano y con ella ilumina el punto á que aspira, quedándose él en tinieblas : lo que busca con esa linterna, no es un hombre, sino una alimaña, y lo que encuentra es el rey.

A los reyes no les gusta que se aspire ser grande alrededor de ellos, y la ironía contra todo lo que

no es ellos mismos los hechiza. El talento de Barkilphedro consistia en un perpetuo achicamiento de los lores y de los príncipes en provecho de la majestad real que de resultas se engrandecia otro tanto.

La llave íntima que tenia Barkilphedro era de dos guardas, una en cada extremidad, de suerte que podian abrirse con ella los cuartos interiores de las dos residencias predilectas de Josiana, Hunkerville-house en Lóndres, Corleone-lodge en Windsor : aquellos dos palacios formaban parte de la herencia de Clancharlie. Hunkerville-house confinaba con Oldgate, que era en Lóndres una puerta por donde se venia de Harwick y donde se veia una estatua de Cárlos II con un ángel pintado sobre la cabeza y á sus piés un leon y un unicornio esculpidos. Desde Hunkerville-house, cuando soplaba el viento de este, se oian las campanas de Santa María (Mary-le-bone). Corleone-lodge era un palacio florentino de ladrillo y piedra con columnata de mármol, construida sobre pilotes en Windsor, al remate del puente de madera, y en el que habia uno de los mas soberbios patios de Inglaterra.

En este último palacio, contiguo al castillo real de Windsor, Josiana estaba muy al alcance de la reina, y sin embargo se complacia en habitarle.

Casi nada por fuera y todas raices, tal era la influencia de Barkilphedro sobre la reina. Nada mas difícil de arrancar que esas malas yerbas de córte, por cuanto penetran hasta una gran profundidad y no ofrecen por fuera el menor asidero : escardar un Roquelaure, un Triboulet ó un Brummel es casi imposible.

De dia en dia y cada vez mas iba la reina Ana aficionándose á Barkilphedro.

Sarah Jennings es célebre y Barkilphedro desconocido; su privanza permaneció oscura. El nombre de Barkilphedro no ha llegado hasta la historia y es porque no todos los topos caen en manos del alimañero.

Barkilphedro, antiguo candidato á la clerecía, habia estudiado un poco de todo; un poco de todo da por resultado nada : se puede ser víctima de la *omnis res scibilis*. Tener debajo del cráneo el tonel de las Danaidas, es la desgracia de toda una raza de sabios que podemos llamar

los estériles. Lo que Barkilphedro habia metido en su cerebro le habia dejado vacío.

El espíritu, como la naturaleza, tiene horror al vacío. En el vacío, la naturaleza pone el amor; el espíritu pone en él con frecuencia el odio : el odio ocupa.

El odio por el odio existe. El arte por el arte está en la naturaleza mas de lo que se cree.

Se aborrece por entretenerse en algo.

El odio gratuito es palabra formidable; significa el odio que es para sí mismo su propia retribucion.

El oso vive de lamerse las uñas.

Indefinidamente no ; es preciso surtir de algo esas uñas, poner algo debajo de ellas.

Aborrecer indistintamente es dulce y basta por algun tiempo, pero es fuerza acabar por tener un objeto. Una animosidad difusa sobre la creacion cansa y rinde, como todo placer solitario : el odio sin objeto es como el tiro al blanco ; lo que hace interesante el juego es un corazon á que dirigir la puntería.

No se puede aborrecer únicamente por la honra; se necesita un estímulo, un hombre, una mujer, alguno á quien destruir.

El gran servicio de hacer interesante el juego, de ofrecer un objeto, de apasionar el odio fijándole, de divertir al cazador con la vista de la presa viva, de hacer esperar al que está en acecho el tibio y humeante borboton de la sangre que va á correr, de regocijar al pajarero con la credulidad inútilmente alada de la alondra, de ser una bestia cobijada por un espíritu sin saberlo para la muerte, ese gran servicio exquisito y horrible de que no tiene conciencia el que le hace, ese servicio, decimos, era el que prestaba Josiana á Barkilphedro.

El pensamiento es un proyectil. Barkilphedro desde el primer dia empezó á apuntar á Josiana con los malos pensamientos que tenia en el alma : una intencion y una escopeta son cosas que se parecen. Barkilphedro estaba en acecho, dirigiendo contra la duquesa toda su secreta maldad. ¿Te sorprende lector? ¿Qué te ha hecho el pajarillo á quien disparas tu escopeta? Dices que es para comértele ; lo mismo decia Barkilphedro.

Josiana no podia absolutamente ser herida en el corazon ; el sitio en que se halla un enigma es

difícilmente vulnerable, pero se la podia herir en la cabeza, es decir, en el orgullo.

Allí creia ella tener su fuerza y allí estaba cabalmente su debilidad.

Barkilphedro lo habia comprendido perfectamente.

Si Josiana hubiera podido ver claro en la noche de Barkilphedro, si hubiera podido distinguir lo que estaba emboscado detrás de aquella sonrisa, probablemente la altiva duquesa, colocada á tanta altura, habria temblado; mas por fortuna para la tranquilidad de sus sueños, ignoraba de todo punto lo que habia dentro de aquel hombre.

Lo inesperado arranca de no se sabe dónde: los profundos escotillones de la vida son formidables. No hay odio pequeño; el odio es siempre enorme: aun en el mas pequeño ser conserva su estatura y su carácter de monstruo. Un odio es todo el odio: un elefante á quien aborrece una hormiga está en peligro.

Aun antes de haber herido, Barkilphedro paladeaba con júbilo un principio de sabor de la mala accion que se proponia cometer: no sabia

aun lo que haria contra Josiana, pero estaba decidido á hacer algo, y esta resolucion era ya mucho.

Aniquilar á Josiana hubiera sido demasiado triunfo, y Barkilphedro no lo esperaba, pero humillarla, achicarla, afligirla, enrojecer con lágrimas de rabia aquellos soberbios ojos ya era conseguir bastante, y con esto contaba. Tenaz, asiduo, fiel al tormento ajeno, inarrancable, para algo le habia hecho así la naturaleza : seguro estaba de encontrar un vano en la armadura de oro de Josiana y de hacer correr la sangre de aquella olímpica beldad. ¿Qué provecho, insistamos en esto, le resultaba de tal accion? Un provecho enorme : hacer daño á quien nos ha hecho bien.

¿Qué es un envidioso? Un envidioso es un ingrato : detesta la luz que le alumbra y le calienta. Zoilo aborrece el gran beneficio llamado Homero.

Hacer sufrir á Josiana lo que hoy se llamaria una viviseccion, tenerla toda convulsiva tendida en su mesa de anatomía, disecarla viva á su gusto en una cirujía cualquiera, entretenerse en irla

despedazando entre espantosos alaridos era un ensueño que recreaba á Barkilphedro.

De buena gana habria admitido algun padecimiento propio por conseguir aquel resultado: á veces se pellizca uno con sus mismas tenazas; el cuchillo al cerrarse nos suele cortar los dedos: ¿qué mas da? Nada le hubiera importado compartir un poco el tormento de Josiana: el verdugo que maneja un hierro candente se chamusca tambien un poco, y no hace caso: como el otro padece mas, uno no siente nada. Ver al reo retorcerse, quita el dolor.

Haz lo que daña, y suceda lo que suceda.

La construccion del mal ajeno se complica con una aceptacion de oscura responsabilidad: en el peligro que se hace correr á otro se arriesga uno mismo, á tal punto los enlaces y trabazones de todas las cosas pueden acarrear súbitos hundimientos!; pero esta consideracion no detiene al verdadero malvado, el cual experimenta en gozo lo que el paciente sufre en agonía; el tormento de este es para él un grato cosquilleo. El hombre malo goza horriblemente: el suplicio se reverbera sobre él en bienestar. El duque de

Alba[1] se calentaba las manos en las hogueras: el dolor es el foco, y el placer su reflejo: espanta considerar que sean posibles tales transformaciones. Nuestro lado tenebroso es insondable. *Suplicio exquisito* son palabras que se leen en Bodin[2] (lib. IV, pág. 196), y que acaso tienen estos tres terribles sentidos: estudio del tormento, dolor del tormento, delicia del tormento. Ambicion, apetito, todas estas voces significan un sacrificado á un satisfecho: cosa triste que la esperanza pueda ser perversa; tener ganas á una criatura es desearla el mal: ¿por qué no el bien? ¿Será tal vez que la principal vertiente de nuestra voluntad cae por el lado del mal? Uno de los mas duros afanes del justo es extraerse continuamente del alma una malevolencia difícilmente agotable; casi todas nuestras codicias bien examinadas contienen algo que no se puede confesar. Para el malvado completo, y esta horrible

1. Cabalmente en estos dias y con ocasion del drama de M. Sardou (*Patrie*), el actual duque de Alba ha anunciado la próxima publicacion de una correspondencia de su ilustre ascendiente, destinada á desvanecer esta y tantas otras vulgaridades referentes al carácter de aquel célebre personaje. (*N. del Tr.*)

2. Publicista francés del décimo sexto siglo, conocido principalmente por su tratado *De la República*. (*N. del Tr.*)

perfeccion existe en el mundo, *Tanto peor para los otros* significa *Tanto mejor para mí*. Sombra del hombre. Cavernas.

Josiana tenia aquella plenitud de seguridad que da el orgullo ignorante, fundado en el desprecio de todo. La facultad mujeril de desdeñar es extraordinaria : un desden inconsciente, involuntario y lleno de confianza, tal era Josiana. Barkilphedro era para ella una cosa; mucho la habria sorprendido quien la hubiese dicho que Barkilphedro era un hombre, que Barkilphedro existia.

Iba, venia y se reia delante de aquel hombre que la contemplaba oblícuamente.

Él, pensativo, espiaba una ocasion.

Y á medida que aguardaba, su determinacion de lanzar en la vida de aquella mujer una desesperacion cualquiera iba en aumento.

¡Acecho inexorable!

Y á mayor abundamiento se daba á sí mismo excelentes razones. Es un error creer que los tunantes no se estiman; lejos de eso, se dan cuentas á sí propios en altivos monólogos y se tratan con cierta dureza. ¡Cómo! ¡Aquella Josiana le

habia dado limosna! ¡Habia desmigajado sobre él, como sobre un pordiosero, algunos maravedises de su colosal riqueza! ¡Le habia clavado y remachado á un empleo estúpido! Si él, Barkilphedro, casi persona eclesiástica, capacidad amena y profunda, personaje docto con méritos para llegar á ser todo un reverendo, tenia por empleo la obligacion de sentar en un registro pedazos de vidrio buenos á lo sumo para rascar las postillas de Job, si pasaba la vida en un miserable escritorio destapando gravemente ridículas botellas incrustadas con todas las suciedades de la mar, y descifrando pergaminos mohosos, papeluchos podridos, testamentos asquerosos, necedades ilegibles, la culpa era de aquella Josiana! ¡Cómo! ¡Aquella mujer osaba tutearle!

¡Y no se habia de vengar!

¡Y no habia de castigar á aquella miserabel criatura!

¡No habia de haber justicia en la tierra!

X

DESTELLOS QUE SE VERIAN SI EL HOMBRE FUERA TRASPARENTE

¡Cómo! aquella mujer, aquella extravagante, aquella lúbrica visionaria, vírgen hasta mejor ocasion, aquel pedazo de carne que aun no habia verificado su entrega, aquella descarada con corona de princesa, aquella Diana por orgullo, no vencida aun, en buen hora, tal vez, lo dicen, no lo niego, por falta de una casualidad; aquella

bastarda de un rey mentecato que no habia sabido conservarse en su puesto; aquella duquesa de contrabando que, gran señora, se la echaba de diosa, y que, pobre, hubiera sido ramera; aquella especie de lady, aquella ladrona de los bienes de un proscrito; aquella altanera bribona, porque un dia él, Barkilphedro, no tenia qué comer ni casa dónde dormir, habia llevado la impudencia hasta el extremo de sentarle en la suya á la mesa de los criados y de alojarle en un rincon cualquiera de su insoportable palacio, ¿dónde? no importa, en la guardilla, en la cueva, ¿qué mas da? algo mejor que los lacayos, algo peor que los caballos. Aquella mujer habia abusado de su miseria, de la miseria de Barkilphedro, para apresurarse á favorecerle traidoramente, cosa que hacen los ricos para humillar á los pobres y dominarlos como á perros atraillados! Y ademas ¿qué le costaba aquel favor? Un favor vale lo que cuesta. De sobra tenia ella cuartos en su casa. ¡Socorrer á Barkilphedro! ¡Famoso esfuerzo habia tenido que hacer para eso! ¿Habia comido por ello una cucharada menos de sopa de tortuga? ¿Se habia privado de algo en el

odioso derroche de tantas superfluidades? No, antes habia añadido á aquellas superfluidades un objeto de lujo, una buena accion á manera de sortija puesta en el dedo, un hombre de talento auxiliado, un casi clérigo protegido! Podia darse importancia y decir : prodigo beneficios, doy de comer á literatos; podia echársela de protectora. ¡Buena suerte tuvo ese miserable en dar conmigo! ¡Soy muy amiga de las artes! ¡y todo por haber mandado poner un catre en una especie de camaranchon! Por lo que respectaba al empleo en el almirantazgo, Barkilphedro, es verdad, se lo debia á Josiana, pero ¡vaya un empleo! no valia nada, menos que nada, porque era una posicion ridícula en que se sentia humillado, encanijado, aplastado y contrahecho. ¿Qué debia él á Josiana? La gratitud del jorobado á la madre que le hizo deforme. ¡Esos son los privilegiados, los felices, los poderosos, los preferidos de la infame madrastra fortuna! Y el hombre de talento, el Barkilphedro, tenia que apartarse á un lado en las escaleras, saludar á los lacayos, trepar por la noche una infinidad de pisos, y ser cortés, atento, obsequioso, deferen-

te, agradable, y llevar siempre en el hocico un gesto respetuoso. ¡Quién es capaz con todo esto de enfrenar la ira! Sobre todo si se piensa que ella entretanto se estaba poniendo perlas al cuello y tomando actitudes amorosas con su majadero de lord David Dirry Moir, ¡pelandusca!

No hay que dejarse nunca hacer un favor, porque abusarán de él : no hay que dejarse nunca coger en flagrante delito de inanicion, porque le socorrerán á uno. So pretexto de que se encontraba sin pan, aquella mujer se habia creido autorizada á darle de comer, y ya era su criado! ¡Basta que una vez desfallezca el estómago para quedar condenado á cadena perpétua! Ser favorecido es ser explotado : los felices, los poderosos se aprovechan del momento en que les alargais la mano para poneros en ella dos cuartos, y del minuto en que sois cobarde, para haceros esclavo, y esclavo de la peor especie, esclavo de una limosna, esclavo forzado á querer á su amo! ¡Qué infamia! ¡qué falta de delicadeza! ¡qué celada tendida á nuestro legítimo orgullo! Y no hay remedio, ya queda uno condenado para siempre á decir que es bueno aquel hombre, á

decir que es hermosa aquella mujer, á vivir en segundo término entre los subalternos, á aprobar, á aplaudir, á admirar, á incensar, á prosternarse, á imprimir en las rótulas el callo de la genuflexion, á azucarar las palabras cuando le devora á uno la cólera, cuando está mascando gritos de furor y tiene dentro de sí mas furiosas tempestades y mas amargas espumas que el Océano!

De esa manera los ricos hacen prisionero al pobre.

Esa liga de la buena accion cometida sobre uno le pringa y le enlodaza para siempre.

Una limosna es irremediable: la gratitud es una paralísis; el beneficio tiene una adherencia pegajosa y repugnante que nos quita toda libertad de movimientos: bien lo saben los odiosos seres opulentos é interesados cuya compasion se ha ensañado en uno; con eso no hay ya mas que hablar; es uno su cosa, le han comprado. ¿Por cuánto? por un hueso de qué han privado á su perro para dárselo á uno, ó mas bien para tirárselo á la cabeza, por manera que le han lapidado no menos que socorrido, pero es igual. ¿Has

roido el hueso, sí ó nó? Tambien se te ha dado un rincon en la perrera, con que no hay mas remedio que dar las gracias: gratitud perdurable, genuflexion indefinida: hay que adorar á los amos. El beneficio implica un tácito reconocimiento de inferioridad aceptada: los bienhechores exigen que uno se declare pobre diablo y los reconozca por dioses; nuestra diminucion los agranda; nuestra doblez los endereza: en el metal de su voz hay una puntita de entonacion insultante. Sus lances de familia, bodas, bautizos, preñezes, partos, todo ya corre por nuestra cuenta: si les nace un lobato, no hay mas remedio que componer un soneto; para eso es uno poeta, para ser abyecto. ¡Y no se desploman los astros! ¡A poco mas le harian á uno ponerse sus zapatos viejos!

— ¿Qué es eso que teneis en vuestra casa, amiga mia? ¡Qué feo es! ¿Qué casta de pájaro es ese hombre? — No sé; es un desdichado á quien doy de comer. — Así dialogan esos gansos, sin siquiera bajar la voz, y uno lo oye y continúa mecánicamente amable. Por lo demas, si uno cae enfermo, los amos le envian el médico,

pero no el suyo, y á veces se informan de su salud : como no son de la misma especie que uno, y lo inaccesible está por su lado, son afables; la misma escarpada altura en que se encuentran, los mueve á ser accesibles, pues saben que no hay medio de ponerse en un pié de igualdad con ellos; á fuerza de desden son atentos. A la mesa le hacen á uno un gestito con la cabeza; á veces saben como se escribe nuestro nombre : no nos hacen sentir que son nuestros protectores sino pisando como al descuido todo lo que nos llega al alma. ¡Y nos tratan con bondad!

¿Cabe infamia mayor?

Urgente era por cierto castigar á la tal Josiana; bueno era que supiese con quien se las habia! ¡Ah! señores ricos, porque no podeis consumirlo todo, porque la opulencia conduciria á la indigestion, dada la pequeñez de vuestros estómagos iguales á los nuestros al fin y al cabo, porque vale mas distribuir las sobras que dejarlas perder, erigís en magnificencia esa bazofia que arrojais á los pobres! ¡Ah! ¡nos dais pan, nos dais un asilo, nos dais ropas, nos dais un empleo, y llevais la osadía, la locura, la crueldad,

la ineptitud y la insensatez hasta figuraros que os quedamos obligados! ese pan es un pan de servidumbre, ese asilo es un cuarto de lacayo, esas ropas son una librea, ese empleo es una burla, retribuido, sí, pero capaz de embrutecer al hombre de mas talento! ¡Ah! ¡os creeis con derecho para infamarnos con vuestro pan y vuestro hospedaje, y os figurais que os debemos algo y contais con nuestra gratitud! Pues bien, ¡os devoraremos las entrañas! Pues bien, ¡os destriparemos, hermosa señora, y os comeremos viva y os cortaremos las ligaduras del corazon con los dientes!

¡Josiana, Josiana! ¿no era una criatura monstruosa? ¿qué mérito tenia? Habia hecho la hazaña de venir al mundo en testimonio de la sandez de su padre y de la ignominia de su madre; nos hacia el favor de existir, y se la pagaba con millones la bondad que tenia de ser un escándalo público; poseia estados y castillos, bosques, dehesas, sotos, lagos, y qué sé yo cuantas cosas mas, y se daba humos de princesa y la componian versos! y él, Barkilphedro, que habia estudiado y trabajado, que habia

pasado tantos malos ratos, que se habia metido en los ojos y en la cabeza tantos librotes, que se habia consumido estudiando, que tenia un talento colosal, que seria capaz de mandar perfectamente un ejército y de escribir tragedias como Otway y Dryden, si quisiera, él que habia nacido para ser emperador, se habia visto reducido á permitir á aquella sabandija que no le dejase morirse de hambre! ¿Cabe llevar mas allá la usurpacion de esos ricos, execrables favoritos de la suerte? Echársela de generosos con nosotros, y protegernos y sonreirnos, á nosotros que de buena gana beberiamos su sangre y nos relameriamos los labios en seguida! Que la ruin mujer de córte tenga el odioso poder de ser bienhechora, y que el hombre superior pueda verse condenado á recoger semejantes migajas caidas de semejantes manos ¡oh iniquidad espantosa! Y qué sociedad es esa que hasta tal punto tiene por base la desproporcion y la injusticia! ¿Y no seria este el caso de cogerlo todo por las cuatro puntas y de enviar revueltos al techo el mantel y el festin y la orgía, y la embriaguez y la borrachera, y los con-

vidados, y los que se apoyan de codos en la mesa y los que andan á cuatro patas por debajo de ella, y los insolentes que dan y los idiotas que aceptan, y de escupirlo todo á las narices de Dios y de arrojar al cielo toda la tierra? Entretanto, clavemos las garras en Josiana.

Tales pensamientos revolvia en su mente Barkilphedro; tales eran los rugidos que tenia en el alma: es costumbre de los envidiosos absolverse amalgamando á su agravio personal los males públicos. Todas las horribles formas de las pasiones rencorosas se agitaban en aquella inteligencia feroz. En un ángulo de los antiguos mapamundis del siglo xv se encuentra un ancho espacio desocupado sin forma y sin nombre, en que están escritas estas tres palabras: *Hic sunt leones*. Ese ángulo sombrío se halla tambien en el hombre: las pasiones rondan y rugen dentro de nosotros en algun rincon, y puede decirse tambien de un lado oscuro de nuestra alma: — Aquí hay leones.

Aquella armazon de siniestros raciocinios ¿era absolutamente absurda? ¿Carecia de cierto buen criterio? Fuerza es decirlo: no.

Espanta considerar que esa cosa que tenemos dentro de nosotros, el juicio, no es la justicia: el juicio es lo relativo, la justicia es lo absoluto. Reflexionemos en la diferencia que media entre un juez y un justo.

Los malos abusan de la conciencia con cierta autoridad: hay una gimnástica de lo falso; un sofista es un falsario y á veces ese falsario trata brutalmente al buen sentido. Una cierta lógica muy flexible, muy implacable, y muy ágil se pone al servicio del mal y sabe admirablemente atropellar y herir á la verdad en las tinieblas: fatales puñetazos que da Satanás á Dios.

Sofistas hay, admirados de los necios, que no tienen mas gloria que la de haber hecho algunos «cardenales» á la conciencia humana.

Lo triste es que Barkilphedro presentia un fracaso: emprendia un gran trabajo, y para causar en sustancia poco estrago, así lo temia á lo menos. Ser un hombre corrosivo, tener en sí una voluntad de acero, un odio de diamante, una ardiente curiosidad de la catástrofe, y no quemar nada, no degollar nada, no exterminar nada! Ser lo que él era, una fuerza devastadora,

una animosidad voraz, un roedor de la felicidad agena, haber sido creado . . . . . haber sido creado un Barkilphedro hecho y derecho para no realizar tal vez mas que un papirotazo; ¿ seria posible ? ¡ Barkilphedro habria de dar un golpe en vago ! Ser un resorte capaz de lanzar peñascos enteros y emplear todo su empuje en hacer á una remilgada un chichon en la frente ! ¡ una catapulta empleada en tirar bolitas de pan mascado ! ¡ emplear los afanes de un Sísifo para un resultado de hormiga ! ¡ sudar todo el odio para casi nada ! ¿ cabe humillacion mayor para quien es un mecanismo de hostilidad capaz de aplastar al mundo ? Poner en movimiento todos sus engranajes, hacer en la sombra un estruendo como el de la máquina de Marly [1], para llegar acaso á pellizcar un poco la punta de un dedito de color de rosa ! Iba á mover y á revolver montañas para conseguir ¿ quién sabe ? arrugar un poco la tersa superficie de la córte ! Dios tiene la

1. Famosa máquina hidráulica para la conduccion de aguas á Versalles, cerca de Paris. (*N. del Tr.*)

singular manía de derrochar las fuerzas : el hundimiento de una montaña suele dar por resultado la remocion de un hormiguero.

Ademas, dada la córte, terreno singular, nada hay mas peligroso que apuntar al enemigo y errarle, lo primero porque eso nos descubre al enemigo y le irrita, y lo segundo y principal porque eso desagrada al amo : los reyes no gustan de la gente torpe ; nada de contusiones, nada de chirlos feos : degüella á todo el mundo y á nadie hagas echar sangre por las narices. El que mata es hábil, el que hiere es inepto : los reyes no gustan de que les estropeen sus criados; se incomodan con el que les rompe una porcelana en su chimenea ó un cortesano en su comitiva : la córte debe estar aseada ; si algo se rompe hay que reemplazarlo al instante.

Esto á mayor abundamiento se compagina muy bien con la aficion de los príncipes á la maledicencia : hablad mal del prójimo, pero no le hagais daño, ó si se lo haceis, que sea en grande.

Acuchillad, pero no arañeis, á menos de que el alfiler esté envenenado, circunstancia ate-

nuante. Recordemos que este era cabalmente el caso de Barkilphedro.

Todo pigmeo rencoroso es la redoma en que se encierra el dragon de Salomon, redoma microscópica, dragon desmesurado : condensacion formidable que aguarda la hora gigantesca de la dilatacion; tedio consolado por la premeditacion de la explosion. El contenido es mayor que el continente : un gigante latente, ¡qué cosa tan extraña! ¡Un acaro dentro del cual hay una hidra! Ser ese horrible mecanismo, contener dentro de sí un Leviatan, es para el enano un suplicio y un deleite.

Así es que por nada en el mundo habria renunciado Barkilphedro á sus proyectos : aguardaba su hora. ¿Llegaria? ¿qué importa? él la aguardaba. Cuando hay mucha perversidad, el amor propio se interesa en el juego : abrir agujeros y zapas á una fortuna de córte mas alta que nosotros, minarla uno por su cuenta y riesgo por debajo de tierra, muy agazapado y escondido, es cosa interesante, volvámoslo á decir, es cosa por que se apasiona el hombre, y de que se prenda como de un poema épico que comienza

á escribir. Ser muy pequeño y atacar á un coloso, es accion brillante; magnífico es ser la pulga de un leon.

La altiva fiera se siente picada y emplea su enorme cólera contra el átomo : el encuentro de un tigre le incomodaria menos, y hé aquí trocados los papeles; el leon humillado tiene en su carne el aguijon del insecto, y la pulga puede decir : tengo en mi cuerpo sangre de leon.

Y sin embargo todo esto no sosegaba mas que á medias el orgullo de Barkilphedro : consuelos, paliativos. Molestar es una cosa, martirizar seria mejor : Barkilphedro, idea enojosa que le perseguia sin tregua, no alcanzaria verosímilmente mas triunfo que el de rozar apenas la epidermis de Josiana. ¡Qué mas podia esperar, él tan ínfimo contra ella tan radiante! ¡Qué poco es un rasguño para el que desearia toda la púrpura de la desollacion viva y los rugidos de la mujer mas que desnuda y privada hasta de esa camisa que es la piel! Con tales anhelos, ¡cuán triste cosa es ser impotente! ¡Oh dolor! nada hay cabal en el mundo.

En suma, se resignaba : no pudiendo pasar

por otro punto se reducia á la mitad de su sueño. Dar una broma muy pesada, muy atroz, ya es algo.

El que se venga de un beneficio, ¡qué hombre! Barkilphedro era ese coloso. De ordinario la ingratitud es olvido; en aquel privilegiado del mal era furor. El ingrato vulgar está lleno de ceniza: ¿De qué estaba lleno Barkilphedro? De ascuas, ascuas encerradas en odio, en cólera, en silencio, en rencor, esperando por nuevo combustible á Josiana. Jamás hombre habia hasta aquel punto aborrecido á una mujer sin razon. ¡Cosa terrible! aquella mujer era su insomnio, su idea fija, su tedio, su rabia.

Acaso estaba algo enamorado de ella.

XI

BARKILPHEDRO EN EMBOSCADA

Encontrar el lado sensible de Josiana y herirla en él, tal era, por todas las causas que acabamos de enumerar, la imperturbable voluntad de Barkilphedro.

Querer no basta; es preciso poder.

¿Y cómo?

Esta era la cuestion.

Los tunantes vulgares arreglan con mucho cuidado el escenario de la tunantada que se proponen cometer; no se reconocen con bastante habilidad para coger al vuelo el incidente, apoderarse de él de grado ó por fuerza y convertirlo en su auxiliar; de aquí mil combinaciones preliminares que los malvados profundos tienen por todo *á priori* su maldad; se limitan á armarse de punta en blanco, preparan varias eventualidades, y, como Barkilphedro, espian pura y simplemente una ocasion, sabiendo muy bien que un plan de antemano preparado corre mucho peligro de encajar y ajustarse mal en el suceso que probablemente se presentará. No es fácil hacerse dueño de lo posible y disponer de ello como se quiere; nadie tiene tratos previos y ajustes con el destino : *mañana no nos obedece*; la casualidad tiene cierta indisciplina.

Por eso la acechan para pedirle sin preámbulos, con autoridad y en el acto, su colaboracion: nada de plan, nada de borrador ni de boceto, nada de zapato hecho que calce mal á lo inesperado; á pico se hunden en la perversidad. El aprovechamiento inmediato y rápido del hecho

cualquiera que puede ayudar es la habilidad que distingue al malvado eficaz y eleva al pillo á la dignidad de demonio. Atropellar á la suerte constituye el genio.

El verdadero malvado nos hiere, como una honda, con la primera piedra que se le viene á la mano.

Los malhechores capaces cuentan con lo imprevisto, estupefacto auxiliar de tantos crímenes.

Asir el incidente, echarse encima de él; no hay otra Arte Poética para ese género de capacidad.

Y entretanto saber á quien se tiene enfrente y sondear el terreno.

Para Barkilphedro el terreno era la reina Ana.

Barkilphedro se iba acercando á la reina.

Tanto, que á veces se imaginaba oir los monólogos de su majestad.

A veces asistia, sin que nadie reparase en él, á las conversaciones de las dos hermanas, en las que no se le prohibia deslizar de vez en cuando una palabrita, favor de que se aprovechaba para achicarse; manera de inspirar confianza.

Así fué como un dia, en Hampton-Court, en

el jardin, yendo detrás de la duquesa, que iba detrás de la reina, oyó á Ana, conformándose sandiamente con la moda, emitir sentencias.

— Buena fortuna tienen los animales, decia la reina, en no correr el peligro de ir al infierno.

— En él están, respondió Josiana.

Esta respuesta, que sustituia bruscamente la filosofía á la religion, disgustó : si por casualidad era una sentencia profunda, Ana, por no entenderla, debia llevarla á mal.

— Hablamos del infierno, querida, dijo á Josiana, como dos tontas. Preguntemos á Barkilphedro que hay de eso, pues debe entenderlo.

— ¿Como diablo? preguntó Josiana.

— Como animal, respondió Barkilphedro.

É hizo un saludo.

— Duquesa, dijo la reina á Josiana, sabe mas que nosotras.

Para un hombre como Barkilphedro, acercarse á la reina era dominarla : ya podia decir : La tengo; y solo le faltaba saber el modo de utilizarla.

Ya tenia un pié en la córte; ya tenia una so-

berbia posicion; ningun azar podia escapársele. Mas de una vez habia arrancado una sonrisa maligna á la reina, lo cual equivalia á tener una licencia para cazar.

Pero ¿no habia alguna caza reservada? ¿Aquella licencia de caza se extendia hasta la facultad de romper un ala ó una pata nada menos que á la propia hermana de su majestad?

Primer punto que era preciso aclarar. ¿Queria la reina á su hermana?

Un mal paso puede echarlo todo á rodar. Barkilphedro observaba.

Antes de empezar la partida, el jugador examina sus naipes. ¿Qué triunfos tiene? Barkilphedro empezó por examinar la edad de las dos mujeres. Josiana veintitres años; Ana cuarenta y uno. Bien : tenia juego.

El momento en que la mujer cesa de contar por primaveras y empieza á contar por inviernos es irritante y produce un sordo rencor contra el tiempo. Las jóvenes hermosas y lozanas, perfumes para los demas, son espinas para la mujer provecta, y todas aquellas rosas la punzan : parécele que toda aquella frescura es un robo que

se le hace, y que no mengua en ella la hermosura sino porque aumenta en las otras.

Explotar aquel secreto mal humor, ahondar la arruga de una mujer de cuarenta años que es reina, era indicacion clara para Barkilphedro.

La envidia no tiene igual en excitar los celos, como el raton no le tiene en hacer salir al cocodrilo.

Barkilphedro fijaba en Ana su mirada magistral.

Veia en la reina como se ve en una agua estancada. El charco tiene su trasparencia : en una agua sucia se ven vicios; en una agua turbia se ven inepcias. Ana no era mas que una agua turbia.

En aquel cerebro opaco se movian embriones de sentimientos y larvas de ideas.

Todo ello poco distinto, tanto que apenas tenia contornos; realidades, sin embargo, pero informes. La reina pensaba esto, la reina deseaba aquello; precisar el qué era difícil : las confusas transformaciones que se verifican en el agua corrompida son difíciles de estudiar.

La reina, habitualmente oscura, tenia por mo-

mentos sus arranques necios y bruscos: era preciso apoderarse de alguno de ellos y cogerla, por decirlo así, infraganti.

¿Qué era lo que la reina Ana en su fuero interno deseaba á la duquesa Josiana? ¿La queria bien ó mal?

Problema. Barkilphedro se le planteó.

Resuelto aquel problema ya podia dar un paso mas.

Varias casualidades le favorecieron, y sobre todo su tenacidad siempre en acecho.

Ana era, por su marido, algo parienta de la nueva reina de Prusia, mujer del rey que contaba cien gentiles hombres, de la cual tenia un retrato pintado en esmalte por el procedimiento de Turquet de Mayerna. Aquella reina de Prusia tenia tambien una hermana menor ilegítima, la baronesa Drika.

Un dia, hallándose Barkilphedro presente, Ana hizo al embajador de Prusia varias preguntas acerca de aquella Drika.

— ¿Dicen que es rica?

— Riquísima, respondió el embajador.

— ¿Tiene palacios?

— Mas magníficos que los de la reina su hermana.

— ¿Con quién se va á casar?

— Con un gran señor, el conde Gormo.

— ¿Buen mozo?

— Arrogante figura.

— ¿Y ella es jóven?

— Muy jóven.

— ¿Tan hermosa como la reina?

El embajador bajó la voz y respondió :

— Mas hermosa.

— Lo cual es una insolencia, murmuró Barkilphedro.

Calló la reina un momento y dijo en seguida :

— ¡Esas bastardas!

Barkilphedro notó el plural.

En otra ocasion, al salir de la capilla y yendo Barkilphedro bastante cerca de la reina detrás de los dos criados del limosnero mayor, como cruzase lord David Dirry-Moir por entre varias filas de señoras, produjo en ellas sensacion su hermosa figura, oyéndose á su paso un concierto de exclamaciones femeninas : — ¡Qué elegante!

— ¡Qué apuesto y qué galan! — ¡Qué gallardo! — ¡Qué porte tan noble el suyo!

— ¡Qué fastidio! murmuró la reina.

Barkilphedro lo oyó.

Ya sabia á qué atenerse.

Se podia hacer daño á la duquesa sin desagradar á la reina.

El primer problema quedaba resuelto.

Ahora se presentaba el segundo.

¿Cómo hacer daño á la duquesa?

¿Qué recursos podria ofrecerle para tan ardua empresa su miserable empleo?

Ninguno evidentemente.

XII

ESCOCIA, IRLANDA É INGLATERRA

Indiquemos un detalle : Josiana « tenia el torno. »

Se comprenderá considerando que era, aunque á medias, hermana de la reina, es decir, casi persona real.

¿Qué es *tener el torno?*

El vizconde de Saint-John, — pronúnciese

Bolingbroke, — escribia á Tomas Lennard, conde de Sussex : « Dos cosas hacen que uno sea grande : « en Inglaterra tener el *torno* ; en Francia tener el *para.* »

El *para* en Francia era lo siguiente : cuando el rey iba de viaje, el aposentador de la córte, llegada la noche, y en el punto en que concluia la etapa, señalaba el alojamiento á las personas de la comitiva de su majestad. Entre aquellos señores, algunos tenian un privilegio inmenso : « Tienen el *para*, dice el Diario His- « tórico del año 1694, página 6, es decir, que el « aposentador que señala los alojamientos pone « *Para*, antes de su nombre, como *Para el* « *Sr. Principe de Soubise*, en vez de que, cuando « señala el de una persona que no es príncipe, « pone simplemente su nombre, por ejemplo : « *el duque de Gesvres*, *el duque de Maza-* « *rino*, *etc.* » Aquel *Para* encima de una puerta indicaba un príncipe ó un favorito. Favorito es peor que príncipe. El rey concedia el *para* como el cordon azul ó la dignidad de par.

« Tener el torno » en Inglaterra era cosa de menos brillo, pero de mas sustancia ; era una

señal de verdadera proximidad á la persona reinante. Todo el que, por su cuna ó por favor, estaba en aptitud de recibir comunicaciones directas de su majestad, tenia en la pared de su cuarto de dormir un torno con el cual comunicaba una campanilla; la campanilla sonaba, el torno se abria, una misiva real aparecia en una bandeja de oro ó en un cojin de terciopelo y en seguida se cerraba el torno, maniobra íntima y solemne; lo misterioso en lo familiar. El torno no servia para ningun otro uso : la campanilla anunciaba un mensaje real : no se veia quien era el portador, que por lo demas solia ser simplemente un paje de la reina ó del rey. Leicester tenia el torno en tiempo de Isabel, y Buckingham en tiempo de Jacobo I : Josiana le tenia bajo el reinado de Ana, aunque poco favorita. El que tenia el torno era como uno que estuviese en relacion directa con el correo interior del cielo y á quien Dios enviase de vez en cuando su cartero á llevar una esquela : no habia excepcion mas codiciada. Aquel privilegio comportaba un poco mas de servilismo; el que lo disfrutaba era un poco mas lacayo que los otros : en la córte, lo que enseña,

rebaja. « Tener el torno », esa expresion que se decia en francés, y probablemente aquel detalle de la etiqueta inglesa era una antigua bajeza importada de Francia.

Lady Josiana, vírgen par, como Isabel habia sido vírgen reina, llevaba, ora en la ciudad, ora en el campo, segun la estacion, una existencia casi régia, y tenia una especie de córte de la que lord David era cortesano con otros muchos. Como todavía no estaban casados, lord David y lady Josiana podian sin ponerse en ridículo presentarse juntos en público, lo cual hacian á menudo : frecuentaban los teatros y las carreras, yendo en el mismo coche y á la misma tribuna. El matrimonio, que les estaba permitido y hasta impuesto, los enfriaba, pero en suma se veian con gusto. Las familiaridades lícitas entre « engaged[1] » tienen una frontera fácil de salvar, de lo cual se abstenian, cosa fácil tambien porque es de mal gusto.

Las mas brillantes luchas á trompis (*boxes*) se verificaban entonces en Lambeth, parroquia

1. Novios.

donde el lord arzobispo de Canterbury tiene un palacio, aunque el aire allí es insalubre, y una rica biblioteca abierta á ciertas horas á las personas decentes. Un dia, en invierno, hubo allí, en una pradera cerrada con llave, una pelea en regla entre dos hombres á la cual asistió Josiana, llevada por David. Josiana habia preguntado : *¿Se admite á las mujeres?* David habia respondid : *Sunt fœminœ magnates.* Traduccion libre : *No á las plebeyas.* Traduccion literal : *Las grandes señoras existen.* Una duquesa entra en todas partes : por eso lady Josiana vió la pelea.

Lady Josiana hizo únicamente la concesion de vestirse de hombre, cosa muy usada entonces : no viajaban de otro modo las mujeres. Entre las seis personas que contenia el carruaje de Windsor, era raro que no hubiese una ó dos mujeres disfrazadas de hombres, lo cual era una señal de elegancia.

Lord David, yendo en compañía de una dama, no podia figurar en el *match*[1] y debia permanecer simple espectador.

1. En la pelea, en la palestra. (*N. del Tr.*)

Lady Josiana no revelaba su calidad sino por el hecho de mirar con un anteojo, lo cual era claro indicio de nobleza.

Presidia el « noble encuentro » lord Germaine, bisabuelo ó tio segundo de aquel lord Germaine que, á fines del siglo diez y ocho, fué coronel, huyó en una batalla, fué luego ministro de la guerra, y no escapó de las balas del enemigo mas que para sucumbir bajo los sarcasmos de Sheridan, metralla bastante peor. Varios grandes señores apostaban : Enrique Belew de Carleton, aspirante á la pairía extinguida de Bella-Aqua, contra Enrique, lord Hyde, miembro del parlamento por la aldea de Dunhivid que se llama tambien Launceston; el honorable Peregrine Bertie, miembro por la aldea de Truro, contra sir Thomas Colepeper, miembro por Maidstone; el laird de Lamyrbau, de la marca de Lothian, contra Samuel Trefusis, del burgo de Penryn; sir Bartholomew Gracedieu, del burgo Saint-Yves, contra el muy honorable Cárlós Bodville, que se llama lord Robartes, y que es Custos Rotulorum del condado de Cornualla; y otros mas.

Los dos boxeadores eran un irlandés de Tip-

perary, llamado Phelem-ghe-madonc, del nombre de su montaña natal, y un escocés llamado Helmsgail. Aquella lucha ponia en juego dos orgullos nacionales. Irlanda y Escocia iban á chocar entre sí; Erin iba á dar puñetazos á Gajothel[1]; por eso las apuestas pasaban de cuarenta mil guineas, sin contar las pujas.

Los dos campeones estaban desnudos de medio cuerpo arriba: solo llevaban un calzon muy corto atado con hevillas á la cintura y unos borceguíes con suelas claveteadas sujetos con cordones al tobillo.

Helmsgail, el escocés, era un chiquitin de diez y nueve años escasos, pero que ya tenia la frente llena de costurones, por cuya razon las apuestas á su favor ascendian al doble y un tercio mas que las del otro. El mes anterior habia hundido una costilla y espachurrado ambos ojos al boxeador Sixmileswater, lo cual explicaba el entusiasmo de que era objeto: los que habian apostado por él habian ganado doce mil libras

1. Antiguos nombres de Irlanda y Escocia.

esterlinas. A mas de la frente cosida, Helmsgail tenia las mandíbulas medio rotas; era listo y muy vivo, de la estatura de una mujer pequeñita, fornido, muy rehecho, duro como piedra; no habia en todo él un sólo músculo que no tendiese derecho á su fin único, el pugilato; su torso era conciso, recio, lustroso y oscuro como el bronce: se sonreia habitualmente y tres dientes que tenia de menos agravaban su sonrisa.

Su adversario era voluminoso y ancho, es decir, débil.

Era un hombre de unos cuarenta años, de seis piés de alto, pecho de hipopótamo y mansa catadura. Su puñetazo rajaba la cubierta de un barco, pero no sabia darle. El irlandés Phelemghe-madone, era, sobre todo, una superficie y parecia figurar en las riñas á trompis mas bien para recibir que para dar; solo que á primera vista se echaba de ver que iba á durar mucho; especie de *rostbeef* poco cocido, difícil de masticar é imposible de comer: era lo que se llama en la jerga local carne cruda, *raw flesh*. Vizcaba y parecia resignado.

Aquellos dos hombres habian pasado la noche en la misma cama y habian dormido juntos: habian bebido en la misma copa, cada uno tres dedos de vino de Oporto.

Uno y otro tenian su grupo de espectadores, gente de mala traza, dispuesta á rebelarse contra los árbitros en caso de necesidad. En el grupo favorable á Helmsgail, se distinguia John Gromane, famoso por echarse un buey al hombro, y un tal John Bray que un dia se echó á cuestas diez sacos de harina y al molinero por añadidura y anduvo mas de doscientos pasos con aquella carga. Por parte de Phelem-ghe-madone, lord Hyde habia traido de Launceston á un tal Kilter, que vivia en el Castillo Verde, y tiraba por encima del hombro una piedra de veinte libras mas alto que la mas alta torre del castillo. Aquellos tres hombres, Kilter, Bray y Gromane eran de Cornualla, singular honor para el condado.

Los demas parciales eran unos pillastres muy brutos, de sólidos lomos, piernas arqueadas, enormes pezuñas, cara estúpida, cubiertos de andrajos y sin temor á nada ni á nadie, casi todos licenciados de presidio.

Los mas eran extremados en el arte de emborrachar á los agentes de policía. Cada profesion debe tener sus especiales habilidades.

El prado elegido estaba mas lejos que el jardin de los Osos, donde antiguamente se daban riñas de osos, toros y perros de presa, mas allá de las últimas casas de la capital, al lado de la ruinosa fábrica del priorato de Santa María *Over Ry*, destruida por Enrique VIII. Hacia un temporal de escarcha y cierzo; caia una lluvia menuda, convertida al punto en cristalino hielo; entre los caballeros presentes se reconocia á los que eran padres de familia en que tenian abiertos los paraguas.

Por parte de Phelem-ghe-madone el coronel Montcreif, árbitro, y Kilter, para sostenerle en la rodilla.

Por parte de Helmsgail, era árbitro el honorable Pughe Beaumaris, y lord Desertum, que es de Kilcarry, para tenerle en la rodilla.

Durante algunos instantes permanecieron inmóviles en la liza los dos boxeadores mientras se ponian los relojes á la hora: en seguida se adelantaron el uno hácia el otro y se dieron la mano.

Phelem-ghe-madone dijo á Helmsgail:

—Quisiera irme á mi casa.

Helmsgail respondió bonachonamente:

—Preciso es que estos señores se hayan molestado para algo.

Desnudos como estaban, tenian frio. Phelem-ghe-madone tiritaba y daba diente con diente.

El doctor Eleanor Sharp, sobrino del arzobispo de York, les gritó: —Empiecen las puñadas, perillanes, y con eso entrareis en calor.

Aquellas amenas palabras les deshelaron.

Y se atacaron en regla.

Pero ni uno ni otro estaban montados en cólera y las tres primeras embestidas fueron flojas. El reverendo doctor Gumdraith, uno de los cuarenta socios de *All Soules College*[1], gritó: Que les den una copa de ginebra.

Pero los dos árbitros y los dos padrinos, jueces los cuatro, sostuvieron la regla, y eso que hacia mucho frio.

Oyóse el grito *¡firts blood!* con que el público reclamaba la primera sangre, y se les volvió á colocar bien en frente uno de otro.

1. Colegio de Todas las Almas.

Miráronse, se acercaron, alargaron los brazos, se tocaron los puños y luego retrocedieron. De pronto Helmsgail, el hombrecillo, dió un brinco.

El verdadero combate empezó.

Phelem-ghe-madone fué herido en mitad de la frente entre las dos cejas y todo el rostro se le cubrió de sangre, con lo que el concurso entero empezó á gritar: *Helmsgail ha hecho correr el Burdeos!* [1] á que siguió un aplauso general. Phelem-ghe-madone haciendo girar ambos brazos como las aspas de un molino, descargaba puñetazos de ciego.

El honorable Peregrine Bertie dijo: — Ciego parece, pero no lo está todavía.

Entonces Helmsgail oyó resonar por todas partes esta voz de estímulo: — *¡bung his peepers!* [2]

Ambos campeones, en suma, estaban verdaderamente bien escogidos, y aunque el tiempo era poco propicio, todos comprendieron que el *match* iba á ser bueno. El cuasi-gigante Phelem-ghe-madone tenia los inconvenientes de sus ven-

1. Helmsgail has tapped his claret.
2. Rómpeles los faroles.

tajas; se movia pesada y dificultosamente, sus brazos eran una maza, pero su cuerpo era una masa. El chiquitin corria, golpeaba, brincaba, rechinaba, duplicaba el vigor con la velocidad, conocia las tretas: por una parte, el puñetazo primitivo, salvaje, inculto, en el estado de ignorancia; por otra el puñetazo de la civilizacion. Helmsgail peleaba tanto con los nervios como con los músculos, y con la picardía no menos que con la fuerza. Phelem-ghe-madone era una especie de pison inerte, algo apisonado por de pronto. Parecia aquello la lucha del arte contra la naturaleza, de la ferocidad contra la barbarie.

Era claro que el bárbaro iba á ser batido, pero no muy pronto: de aquí el interés.

Un pequeño contra un gigante tiene todas las probabilidades á su favor. Un gato vence á un perro de presa: siempre los Goliat son vencidos por los David.

Un diluvio de apóstrofes caia sobre los combatientes: — *Bravo, Helmsgail! good! well done, highlander!* — *Now, Phelem!*[1]

1. ¡Bravo, Helmsgail! ¡bueno! ¡bien hecho, montañés! — Ahora ¡á tí, Phelem!

Y los amigos de Helmsgail le repetian con benevolencia la exortacion : — ¡Rómpele los faroles!

Helmsgail lo hizo mejor todavía : agachándose y levantándose bruscamente con una ondulacion de reptil, dió una terrible puñada á Phelem-ghe-madone en el vientre, que hizo vacilar al coloso.

— ¡Mal golpe! gritó el vizconde Barnard.

Phelem-ghe-madone se dejó caer sobre la rodilla de Kilter diciendo : — Ya empiezo á entrar en calor.

Lord Desertum consultó á los árbitros y dijo: — Habrá cinco minutos de suspension.

Phelem-ghe-madone desfallecia : Kilter le limpió la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con una franela y le metió en la boca el cuello de una botella. Era aquella la undécima embestida : Phelem-ghe-madone, á mas de su herida en la frente, tenia los pectorales acribillados de golpes; el vientre hinchado y desollado el sincipucio. Helmsgail no tenia nada.

Habia cierta agitacion entre el noble concurso.

Lord Barnard repetia : — Mal golpe.

— Apuesta nula, dijo el laird de Lamyrbau.

— Reclamo mi puesta, repuso sir Tomás Colepeper.

Y el honorable miembro del Parlamento por la aldea de Saint-Yves, sir Bartholomew Gracedieu, añadió :

— Que me devuelvan mis quinientas guineas; me voy.

— Cese el duelo, gritó el concurso.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó tambaleándose como un borracho, y dijo :

— Prosigamos el duelo, con una condicion. Yo tambien tendré derecho de dar un mal golpe.

Todos gritaron : — Concedido.

Helmsgail se encogió de hombros.

Pasados los cinco minutos empezó de nuevo el combate.

Este, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un juego para Helmsgail.

¡Lo que vale el saber! El hombrecillo encontró medio de poner al gigante en *chancery*, es decir, que de pronto Helmsgail cogió debajo de su brazo izquierdo encorvado como un arco de acero la cabezota de Phelem-ghe-madone, y le

tuvo allí preso bajo el sobaco, doblado el cuello y agachada la nuca, mientras que con el puño derecho, cayendo y levantándose como un martillo sobre un clavo, solo que de abajo arriba, le aplastaba muy cómodamente la cara. Cuando Phelem-ghe-madone, puesto por fin en libertad, levantó la cabeza, ya no tenia cara.

Lo que habia sido narices, ojos y boca no era mas que una apariencia de esponja negra empapada en sangre: escupió y cayeron al suelo cuatro dientes.

Luego cayó desplomado, y Kilter le recibió en su rodilla.

Helmsgail estaba apenas tocado; solo tenia unos cuantos cardenales insignificantes y un rasguño en una clavícula.

Nadie ya tenia frio; las apuestas llegaban á diez y seis y cuartillo por Helmsgail contra Phelhem-ghe-madone.

Harry de Carleton gritó:

— Ya acabó Phelem-ghe-madone: apuesto por Helmsgail mi pairía de Bella Aqua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Canterbury.

— Venga ese morro, dijo Kilter á Phelem-ghe-madone; y metiendo su franela ensangrentada en la botella le lavó la cara con ginebra, hasta que al cabo se descubrió la boca y Phelem-ghe-madone abrió un párpado. Las sienes parecian rajadas.

— Vaya otra prueba, amigo, dijo Kilter. Y añadió : — Por honor de la ciudad baja.

Los galeses y los irlandeses se entienden, y sin embargo Phelem-ghe-madone no hizo ninguna señal de que pudiera deducirse que le quedaba todavía alguna idea en el cerebro.

Levantóse Phelem-ghe-madone sosteniéndole Kilter : era la vigésima quinta embestida. Por la manera como aquel cíclope, pues ya no tenia mas que un ojo, se colocó en posicion, fácil fué conocer que ya era llegado el fin de la fiesta, y nadie dudó de que estaba perdido : puso los puños encima de la barba, torpeza de moribundo.

Helmsgail, que apenas empezaba á sudar, gritó : — Apuesto por mí. Mil contra uno.

Helmsgail, levantando el brazo, lo descargó sobre su adversario, y, cosa singular, ambos ca-

yeron, oyéndose una especie de alegre gruñido.

El que estaba contento era Phelem-ghe-madone.

Habia aprovechado el tremendo puñetazo que le habia descargado Helmsgail en el cráneo para descargarle él uno á traicion en el ombligo.

Helmsgail, tendido en tierra, tenia el hipo de la muerte.

El concurso le miró caer y dijo :

— Pagado.

Todos prorumpieron en palmadas, hasta los que perdian.

Phelem-ghe-madone habia pagado traicion con traicion y usado de su derecho.

Lleváronse á Helmsgail en unas angarillas, persuadidos todos de que era hombre muerto. Lord Robartes dijo : — Gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedaba evidentemente estropeado para toda su vida.

Al salir cogió Josiana el brazo de lord David, lo cual se tolera entre *engaged* (novios), y le dijo :

— Es espectáculo muy hermoso, pero....

— ¿Pero qué?

— Creí que me disiparia por un momento el fastidio, y no me lo ha disipado.

Paróse lord David, miró á Josiana, cerró la boca é infló los carrillos meneando la cabeza, lo cual significa : ¡Atencion! Y dijo á la duquesa :

— Para el fastidio no hay mas que un remedio :

— ¿Cuál?

— Gwynplaine.

La duquesa se preguntó á sí misma :

— ¿Qué será Gwynplaine?

LIBRO SEGUNDO

GWYNPLAINE Y DEA

I

EN QUE SE VE LA CARA DEL HOMBRE DE QUIEN HASTA AHORA SOLO SE HAN VISTO LOS HECHOS

La naturaleza habia sido pródiga de sus beneficios con Gwynplaine, por cuanto le habia dado una boca que se abria de oreja á oreja, dos orejas que se replegaban hasta caerle sobre los ojos, unas narices informes hechas para la oscilacion de las antiparras de un gestero, y una cara que era imposible mirar sin reirse.

La naturaleza, ya lo hemos dicho, habia colmado de sus dones á Gwynplaine; pero ¿era realmente la naturaleza?

¿Nadie la habia ayudado?

Dos ojos que parecian dos rendijas, un bostezo por boca, una protuberancia roma con dos agujeros que eran las narices, una plasta por cara, y como resultante de todo aquello la risa. Seguramente la naturaleza no produce por sí sola semejantes maravillas.

Pero la risa ¿es sinónimo de la alegría?

Si, en presencia de aquel volatinero — porque era un volatinero — dejaba uno disiparse la primera impresion de alegría, y se observaba á aquel hombre con atencion, se reconocian en su cara las huellas del arte : semejante cara no es fortuita, sino buscada; ser completo hasta aquel punto no está en la naturaleza. El hombre no puede nada para su hermosura, pero lo puede todo para su fealdad : de un perfil hotentote no se puede hacer un perfil romano, pero de una nariz griega puede muy bien hacerse una nariz kalmuka : basta obliterar la base de la nariz y aplastar las ventanas. Para algo creó la baja

latinidad de la edad media el verbo *denasare* [1]. ¿Gwynplaine, de niño, fué considerado bastante digno de atencion para que se pensase en modificarle el rostro? ¿por qué no? aun cuando no fuese mas que con una mira de charlatanismo y especulacion. Segun todas las apariencias, algun industrioso reformador de niños habia trabajado en aquella cara; parecia evidente que una misteriosa ciencia, probablemente oculta, que era á la cirujía lo que la alquimia es á la química, habia cincelado aquella carne seguramente en la primera niñez, y creado con premeditacion aquel rostro. Aquella ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, habia hendido la boca, alargado los labios, descarnado las encías, alargado las orejas, desencajado los cartílagos, descompuesto las cejas y los carrillos, ensanchado el músculo zigomático, disfuminado los costurones y las cicatrices, recogido la piel sobre las lesiones, dejando empero la faz con todas sus deformidades, y de aquella poderosa y profunda escultura habia salido aquel mascaron, Gwynplaine.

1. Desnarigar. (*N. del Tr.*)

No se nace así.

Como quiera, Gwynplaine era una obra maestra. Gwynplaine era un don de la Providencia á la tristeza de los hombres. ¿De qué providencia? ¿Hay una providencia Demonio como hay una providencia Dios? Planteamos el problema sin resolverle.

Gwynplaine era saltimbanquis; se enseñaba en público, y no habia efecto comparable al que él producia. Con solo dejarse ver, curaba las hipocondrias; era de evitar para las personas de luto, confusas y obligadas, si le veian, á reirse indecentemente. Un dia vino el verdugo y Gwynplaine le hizo reir. Veia cualquiera á Gwynplaine y no se podia tener de risa; le oia hablar y se tiraba por los suelos. Era el polo opuesto al mal humor: el *spleen* estaba en una punta y Gwynplaine en la otra.

Por eso habia llegado rápidamente, en las ferias y en calles y plazas, á una no poco satisfactoria reputacion de hombre horrible.

Riéndose era como hacia reir Gwynplaine, y sin embargo no se reia. Su cara se reia, su pensamiento no; la especie de inaudita cara que la

casualidad ó una industria singularísima le habia labrado, se reia sola, sin que Gwynplaine tomase parte en ello : lo exterior no dependia de lo interior; no podia quitarse aquella risa que él no habia puesto en su frente, en sus mejillas, en sus cejas, en su boca : otros le habian aplicado una perpetua risa en el rostro, risa automática, tanto mas irresistible cuanto que estaba petrificada. Nadie se sustraia á aquella impresion : dos convulsiones de la boca son comunicativas, la risa y el bostezo. Por virtud de la misteriosa operacion probablemente sufrida por Gwynplaine de niño, todas las partes de su rostro contribuian á aquella risa singular; toda su fisonomía iba á parar á ella como una rueda se concentra en el cubo; todas sus emociones, cualesquiera que fuesen, aumentaban, mejor diríamos, agravaban aquella rara semblanza de alegría. Un asombro que hubiera experimentado, un padecimiento que hubiera sentido, una cólera que le hubiera agitado, una compasion que le hubiera conmovido, no habrian hecho mas que aumentar aquella hilaridad de los músculos; si hubiera llorado se habria reido; é hiciese Gwynplaine lo

que hiciese, quisiese lo que quisiese, pensase lo que pensara, apenas levantaba la cabeza, la muchedumbre si estaba allí, tenia delante de los ojos esta aparicion : la carcajada estrepitosa.

Figúrese el lector una cabeza de Medusa regocijada.

Aquella sorpresa daba al traste con todas las ideas del momento y era forzoso reirse.

El arte antiguo aplicaba siglos atrás en el fronton de los teatros de Grecia una máscara de bronce risueña : aquella máscara se llamaba la Comedia ; aquel bronce parecia reirse y hacia reir, y estaba pensativo. Toda la parodia que remata en la demencia, toda la ironía que remata en la cordura, se condensaban y amalgamaban en aquel rostro; la suma de los cuidados, de los desengaños, de los disgustos y de las penas se hacia en aquella frente impasible y daba por lúgubre total la alegría; la burla levantaba un ángulo de la boca por el lado del linaje humano, y la blasfemia levantaba el otro por el lado de los dioses; los hombres iban á confrontar en aquel modelo del sarcasmo ideal el ejemplar de ironía que cada cual llevaba en sí mismo; y la

multitud, renovada sin cesar alrededor de aquella risa fija, se extasiaba de gozo ante la inmovilidad sepulcral de la carcajada perpetua. Aquella sombría máscara muerta de la comedia antigua encajada en un hombre vivo, casi podria decirse que era el mismo Gwynplaine, y que este llevaba sobre el cuello aquella infernal cabeza de la alegría implacable. ¡Qué carga para los hombros de un mortal, la risa eterna!

Risa eterna: entendámonos y expliquémonos. Si hemos de dar crédito á los maniqueos, lo absoluto se doblega algunas veces, y el mismo Dios tiene intermitencias. Entendámonos tambien tocante á la voluntad: que esta pueda nunca ser de todo punto impotente, no lo admitimos; toda existencia se parece á una carta que modifica la posdata. Para Gwynplaine la posdata era esta: á fuerza de voluntad, concentrando en ella toda su atencion y dado que ninguna emocion viniese á distraerle y á relajar la fijeza de su esfuerzo, podia llegar á suspender la eterna risa de su semblante y á tender sobre él una especie de velo trágico, con lo cual no hacia ya reir, sino temblar.

Digamos que Gwynplaine no hacia casi nunca aquel esfuerzo, porque era para él una fatiga dolorosa y una insoportable tension : bastaba ademas la menor distraccion y la menor emocion para que, ahuyentada por un momento, volviese á invadir su rostro aquella risa, irresistible como un reflujo, y tanto mas intensa cuanto mas viva era la emocion fuese cual fuese.

Salva esta restriccion, la risa de Gwynplaine era eterna.

El que veia á Gwynplaine se reia, y en seguida volvia la cabeza : las mujeres sobre todo le miraban con horror. Aquel hombre era espantoso : la convulsion risueña era como un tributo pagado; se sufria jovial, pero casi mecánicamente, pasado lo cual, y una vez enfriada aquella risa, Gwynplaine, para una mujer, era insoportable de ver é imposible de mirar.

Era por lo demas alto, bien formado, ágil y nada disforme salvo el rostro, lo cual parecia una indicacion mas entre las varias presunciones que dejaban entrever en Gwynplaine mas bien una creacion del arte que una obra de la naturaleza. Gwynplaine, hermoso de cuerpo, habria

sido probablemente hermoso de cara; al nacer debió ser un niño como otro cualquiera : le habian conservado el cuerpo intacto y retocado el rostro únicamente. Gwynplaine habia sido hecho de exprofeso.

A lo menos esto era lo verosímil.

Le habian dejado la dentadura. Los dientes son necesarios para la risa : la calavera los conserva.

La operacion hecha en él debió ser horrible: él no la recordaba, lo cual no era una prueba de que no la hubiese sufrido. Aquella escultura quirúrjica no podia haber salido bien sino en un niño muy tierno y con poca conciencia por consiguiente de lo que le pasaba, pudiendo fácilmente tomar una herida por una enfermedad: recordemos ademas que ya en aquel tiempo se conocian los medios de adormecer al paciente y de suprimir el dolor, solo que en aquella época se les daba el nombre de magia: hoy se llaman *anestesia*.

A mas de aquella cara, los que le habian criado en su niñez le habian dado recursos de gimnasta y de atleta ; sus articulaciones, útilmente dislo-

cadas y aptas para doblarse en sentido inverso, habian recibido una educacion de *clown* y podian, como los goznes de las puertas, moverse en todos sentidos. Nada habia quedado por hacer en su apropiacion al oficio de saltimbanquis.

Habíanle teñido el pelo de una vez para siempre de color de ocre, secreto nuevamente descubierto en nuestros dias y de que se aprovechan nuestras damas elegantes : lo que afeaba en otro tiempo se usa hoy para hermosear. Gwynplaine tenia el cabello amarillo : aquella pintura del pelo, probablemente corrosiva, le habia dejado crespo y áspero al tacto. Aquel amarillo matorral, melena mas bien que cabellera, cubria y ocultaba un cráneo profundo formado para contener pensamientos : la operacion cualquiera que fuese que habia robado la armonía al rostro y puesto toda aquella carne en desórden, no habia contaminado en lo mas mínimo la caja huesosa. El ángulo facial de Gwynplaine era poderoso y sorprendente : detrás de aquella risa habia una alma que soñaba, como las de todos los hombres.

Aquella risa por lo demas era para Gwynplaine

una verdadera profesion; no podia evitarla y sacaba partido de ella; con aquella risa se ganaba la vida.

Gwynplaine, — sin duda el lector le ha reconocido ya, — era aquel niño abandonado una noche de invierno en la costa de Portland y recogido en una pobre cabaña ambulante en Weymouth.

II

DEA

El niño era ya un hombre. Quince años habian trascurrido: era llegado el de 1705 y Gwynplaine frisaba en los veinte y cinco años.

Ursus habia conservado consigo á los dos niños, formando entre todos un grupo nómada.

Ursus y Homo se habian hecho viejos. Ursus estaba enteramente calvo; el lobo empezaba á

encanecer. La edad de los lobos no es conocida como la de los perros : segun Molin, hay lobos que viven ochenta años, entre otros, el pequeño *koupara*, *caviæ vorus*, y el lobo oloroso, *canis nubilus* de Say.

La niña encontrada en el pecho de la mujer muerta era ya una linda jóven de diez y seis años, pálida con pelo negro, delgada, flexible, casi trémula á fuerza de delicadeza y tanto que inspiraba como un miedo de romperla, admirablemente hermosa, llenos los ojos de ciega luz.

La fatal noche de invierno que derribó en la nieve á la pobre y á su niña, hizo dos hazañas de una vez : mató á la madre y cegó á la hija.

La gota serena habia paralizado para siempre las pupilas de aquella niña, ya mujer : en su rostro por el que no cruzaba la luz del dia, las extremidades de los labios tristemente caidas, expresaban aquella amarga contrariedad. Sus ojos rasgados y claros ofrecian la particularidad de que apagados para ella, brillaban para los demas, misteriosas antorchas encendidas que solo iluminaban lo exterior. Aquella mujer daba luz y no la tenia : aquellos ojos desvanecidos res-

plandecian; aquella cautiva de las tinieblas inundaba de blancura el sombrío espacio en que estaba. Desde el fondo de su oscuridad incurable, de detrás de esa negra pared que se llama la ceguera, lanzaba rayos de luz : no veia fuera de ella el sol y á ella se veia en ella su alma.

Su mirada muerta tenia no sé qué fijeza celeste.

Era la noche, y de aquella sombra irremediable amalgamada con ella misma, salia hecha astro.

Ursus, con su manía de nombres latinos la habia bautizado Dea, consultando un poco para ello á su lobo y diciéndole : — Tú representas al hombre, yo represento á la bestia; somos el mundo de abajo : esta niña representará el mundo de arriba. Tanta debilidad es la omnipotencia : de esta suerte tendremos en nuestra cabaña el universo completo, humanidad, bestialidad, divinidad. — El lobo no opuso objeccion alguna.

Y así fué como la pobre niña abandonada se llamó Dea.

Por lo que respecta á Gwynplaine, Ursus no

habia tenido que tomarse el trabajo de inventarle un nombre. En la mañana misma del dia en que observó las mutilaciones del muchacho y la ceguera de la niña, preguntó al primero : — *Boy*[1], ¿cómo te llamas? — Y el muchacho respondió : — Me llaman Gwynplaine.

— Vaya por Gwynplaine, dijo Ursus.

Dea asistia á Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera resumirse, Gwynplaine y Dea la habrian resumido : no parecia sino que ambos habian nacido cada cual en un compartimiento del sepulcro; Gwynplaine en lo horrible, Dea en lo negro : sus existencias estaban formadas con tinieblas de diferente especie tomadas en los dos lados formidables de la noche. Dea tenia aquellas tinieblas dentro de sí y Gwynplaine las llevaba en el rostro. Habia algo de fantasma en Dea y de espectro en Gwynplaine: Dea estaba en lo lúgubre y Gwynplaine en lo peor; para Gwynplaine con vista habia una dolorosa posibilidad que no existia para Dea ciega, y era la de compararse con los otros hombres :

1. Niño. (*N. del Tr.*)

ahora bien, en una situacion como la de Gwynplaine, admitiendo que tratase de explicársela, compararse valia tanto como no comprenderse. Tener, como Dea, una mirada vacía de la cual está ausente el mundo, es una suprema amargura menor sin embargo que esta : ser uno su propio enigma ; sentir tambien algo ausente que es uno mismo ; ver el universo y no verse. Dea tenia un velo, la noche, y Gwynplaine llevaba una máscara, su cara. ¡Cosa imposible de expresar! Gwynplaine estaba enmascarado con su propia carne ; ignoraba cual era su cara ; su verdadero rostro se habia desvanecido : sobre él habian puesto un falso *él;* tenia por cara una desaparicion. Su cabeza vivia y su cara habia muerto, y no se acordaba de haberla visto jamás. El linaje humano, para Dea como para Gwynplaine, era un hecho exterior, del que ambos se hallaban lejos, ella estaba sola, solo estaba él; el aislamiento de Dea era fúnebre, nada veía, el aislamiento de Gwynplaine era siniestro, lo veia todo. Para Dea, la creacion no iba mas allá del oido y del tacto; lo real estaba limitado y pasaba en un momento; su infinito único era la sombra.

Para Gwynplaine, vivir era tener perpetuamente la muchedumbre delante y fuera de sí. Dea era la proscrita de la luz; Gwynplaine era el desterrado de la vida : cierto que ambos eran dos desesperados, que ambos tocaban el límite de la calamidad posible; en él estaban él como ella. Un observador que los hubiera visto habria sentido irse convirtiendo sus meditaciones en una incomensurable compasion. Cuánto no debian padecer! Un decreto de desventura pesaba visiblemente sobre aquellas dos criaturas humanas, y jamás la fatalidad habia trocado mas completamente el destino en tormento y la vida en infierno alrededor de dos seres que nada habian hecho para merecerlo.

Y á pesar de todo vivian en un paraiso.

Se amaban.

Gwynplaine adoraba á Dea : Dea idolatraba á Gwynplaine.

— ¡Eres tan hermoso! le decia.

III

« OCULOS NON HABET, ET VIDET » [1]

Una sola mujer en la tierra veia Gwynplaine, y era aquella ciega.

Lo que Gwynplaine habia sido para ella lo sabia por Ursus, á quien Gwynplaine habia referido su penosa caminata de Portland á Weymouth y

1. No tiene ojos y ve. (*N. del Tr.*)

las angustias mezcladas á su abandono. Sabia que siendo muy niña, moribunda sobre su madre muerta, mamando de un cadáver, un ser, poco menos pequeño que ella, la habia recogido; que aquel ser eliminado y como sepultado bajo la sombría repulsa universal, habia oido su grito; que siendo todos sordos para él, él no habia sido sordo para ella; que aquel niño, solo en el mundo, débil, rechazado, sin punto de apoyo en la tierra, arrastrándose por el desierto, quebrantado de cansancio, rendido, habia aceptado de manos de la noche aquella carga, otra criatura; que él, que no tenia parte que esperar en esa oscura distribucion que se llama la suerte, habia tomado sobre sí el destino de otra criatura; que desvalido, lleno de angustia y de miseria, se habia convertido en providencia; que cuando el cielo se cerraba, él habia abierto su corazon; que estando perdido habia salvado; que privado de techo y abrigo habia sido un asilo; que habia sido madre y nodriza; que él, que estaba solo en el mundo, habia respondido al desamparo con una adopcion; que habia dado aquel ejemplo en las tinieblas; que no encontrándose bas-

tante abrumado habia querido aceptar la miseria de otro ser por añadidura; que en esta tierra, donde parecia que no habia nada para él, habia descubierto el deber; que allí donde todos hubieran titubeado, él habia seguido adelante; que allí donde todos habrian retrocedido, él habia dado su consentimiento; que habia metido la mano en la boca del sepulcro y sacádola de él; que medio desnudo la habia dado sus pobres ropas porque tenia frio; que, hambriento, habia atendido á hacerla beber y comer; que por aquella niña, aquel niño habia luchado con la muerte; que la habia vencido bajo todas las formas, bajo la forma invierno y nieve, bajo la forma soledad, bajo la forma terror, bajo la forma frio, hambre y sed, bajo la forma huracan; que por ella, por Dea, aquel titan de diez años habia dado una batalla á la inmensidad nocturna. Sabia que habia hecho todo esto siendo niño, y que á la sazon, hombre ya, era la fuerza para ella débil, era la riqueza para ella indigente, era la salud para ella enferma, era la vista para ella ciega. Al trasluz de las desconocidas dentidades por las que se sentia como apartada del mundo, distin-

guia claramente aquella abnegacion, aquel valor: el heroismo, en la region inmaterial, tiene un contorno, y ella percibia aquel contorno sublime; en la indecible abstraccion en que vive un pensamiento no iluminado por el sol, percibia el misterioso lineamento de la virtud. En el cortejo de cosas oscuras puestas en movimiento, que era la única impresion que hacia en ella la realidad, en aquel estancamiento inquieto de la criatura pasiva siempre en acecho del peligro posible, en esa sensacion de encontrarse sin defensa, que es toda la vida del ciego, sentia á su lado la presencia de Gwynplaine, nunca entibiado, nunca ausente, nunca eclipsado; de Gwynplaine siempre tierno, protector y cariñoso; Dea se extremecia de seguridad y gratitud; su ansiedad tranquilizada se resolvia en éxtasis, y con sus ojos llenos de tinieblas contemplaba en el cénit de su abismo aquella bondad, luz profunda.

En lo ideal la bondad es el sol; y Gwynplaine deslumbraba á Dea.

Para la muchedumbre, que tiene demasiadas cabezas para tener un pensamiento y demasiados ojos para tener una mirada; para la muchedum-

bre, que como es una superficie se para en las superficies, Gwynplaine era un clown, un volatinero, un saltimbanquis, un grotesco, algo menos y algo mas que un bicho raro. La muchedumbre no conocia de él mas que la cara.

Para Dea, Gwynplaine era el salvador que la habia sacado de la tumba, el consolador que le hacia posible la vida, el libertador, cuya mano sentia asida á la suya en ese laberinto que se llama la ceguera; Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guia, el arrimo, el ángel tutelar, el esposo alado y radiante, y allí donde la muchedumbre veia un mónstruo ella veia un arcángel.

Y es porque Dea ciega veia el alma.

IV

LOS AMANTES ADECUADOS

Ursus, como filósofo, comprendia y aprobaba la fascinacion de Dea.

Decia :

— El ciego ve lo invisible.

Y decia tambien :

— La conciencia es vision.

Miraba á Gwynplaine y murmuraba por lo bajo:

— Semi-monstruo, pero semi-dios.

Gwynplaine, por su parte, estaba loco por Dea. Hay el ojo invisible, que es el espíritu, y el ojo visible, que es la pupila : él la veia con el ojo visible. El deslumbramiento en Dea era ideal; en Gwynplaine era producido por la realidad. Gwynplaine no era feo, sino espantoso : tenia delante de sí su contraste; tanto cuanto él era terrible, era ella suave : él era el horror, ella la gracia. Habia en Dea algo de fantástico : parecia un sueño que casi habia tomado cuerpo. Habia en toda su persona, en su estructura eolia, en su sútil y flexible talle inquieto como el junco, en sus espáldas acaso invisiblemente aladas, en las discretas ondulaciones de su contorno que indicaban el sexo, pero mas al alma que á los sentidos, en su blancura que era casi una transparencia, en la augusta y serena oclusion de su mirada divinamente cerrada para la tierra, en la sagrada inocencia de su sonrisa, una exquisita semejanza con los ángeles, y apenas si podia decirse que era una mujer.

Gwynplaine, ya lo hemos dicho, se comparaba y comparaba á Dea.

Su existencia, tal cual era, era el resultado de una doble eleccion inaudita; era el punto de interseccion de dos rayos luminosos de arriba y de abajo, el rayo negro y el rayo azul : la misma migaja puede ser picoteada á la vez por los dos picos del mal y del bien, el uno que muerde, el otro que besa; Gwynplaine era aquella migaja, átomo triturado y acariciado. Gwynplaine era el producto de una fatalidad complicada con una providencia. La desgracia habia puesto el dedo sobre él y la felicidad tambien : dos destinos extremos componian su extraña suerte; habia en él un anatema y una bendicion : era el maldito elegido. ¿Quién era? No lo sabia : cuando se miraba veia un desconocido, pero aquel desconocido era monstruoso. Gwynplaine vivia en una especie de decapitacion, con una cara que no era él : aquella cara era espantosa, tanto que de puro espantosa divertia; tanto miedo daba que hacia reir : era infernalmente grotesca; era el naufragio de la faz humana en un mascaron bestial. Jamás se habia visto mas total eclipse del hombre en el rostro humano, jamás parodia alguna habia sido mas completa, jamás bosquejo

mas horrible se habia reido en una pesadilla, jamás todo lo que puede disgustar á una mujer se habia amalgamado de mas repugnante manera en un hombre; el infeliz corazon, enmascarado y calumniado por aquella cara, parecia condenado para siempre á la soledad bajo aquel rostro como bajo la tapa de una tumba. ¡Pues no! Allí donde habia agotado sus tiros la malignidad desconocida, la bondad invisible derramaba á su vez los favores á manos llenas : en aquel pobre caido, de pronto levantado, al lado de todo lo que repugna ponia todo lo que atrae, en el escollo ponia el iman, hacia acudir desalada hácia aquel abandonado un alma, encargaba á la paloma que fuese á consolar al mártir y hacia adorar la deformidad por la hermosura.

Para que aquello fuese posible era preciso que la hermosura no viese al desfigurado; para aquella felicidad era necesaria aquella desgracia. La Providencia habia hecho ciega á Dea.

Gwynplaine se sentia vagamente objeto de una redencion. ¿Por qué la persecucion? Lo ignoraba. ¿Por qué el rescate? Lo ignoraba tambien. Sobre su miseria habia venido á posarse una au-

reola: esto era todo lo que sabia. Cuando Gwynplaine llegó á la edad de comprender, Ursus le leyó y explicó el texto del doctor Conquest *de Denasatis*, y, en otro volúmen en folio, *Hugo Plagon*[1], el pasaje *nares habens mutilas;* pero Ursus se habia abstenido prudentemente de « hipótesis » y guardádose muy bien de sacar consecuencia alguna. Varias suposiciones eran posibles; entreveíase la probabilidad de una violencia cometida en Gwynplaine de niño, pero para Gwynplaine no habia mas que una evidencia, el resultado. Su destino era vivir bajo un estigma. ¿Por qué aquel estigma? No habia respuesta; solo existian en derredor de Gwynplaine silencio y soledad : todo era fugaz en las conjeturas que podian ajustarse á aquella trágica realidad, y salvo el hecho terrible, todo era incierto. En aquella honda tristeza intervenia Dea, especie de interposicion celeste entre Gwynplaine y la desesperacion. Conmovido y como iluminado, sentia la dulzura de aquella niña angelical vuelta hácia su horror; el asombro paradisiaco enter-

1. *Versio Gallica Will. Tyrii, lib. II, cap. XXIII.*

necia su cara draconiana; formado para inspirar terror, gozaba la prodigiosa excepcion de verse admirado y adorado en lo ideal por aquella luminosa criatura, y, mónstruo, sentia sobre sí la contemplacion de una estrella.

Gwynplaine y Dea eran una pareja, y aquellos dos patéticos corazones se adoraban. Un nido y dos pájaros; esta era su historia : habian logrado volver á la ley universal, que es agradarse, buscarse y encontrarse.

Por manera que el odio se habia engañado. Los perseguidores de Gwynplaine, cualesquiera que fuesen, el enigmático encarnizamiento, de donde quiera que viniese, habian errado el tiro; habian querido hacer un desesperado y habian hecho un encantado. Le habian desposado previamente con una herida que debia curarle ; le habian predestinado á encontrar consuelos en una afliccion : la tenaza del verdugo se habia dulcemente trocado en mano de mujer. Gwynplaine era horrible, artificialmente horrible, horrible por mano de los hombres ; habian esperado aislarle perpetuamente, de la familia primero, si llegaba á tener una familia, y de la humanidad

despues ; niño, habian hecho de él una ruina, pero la naturaleza se habia apoderado de aquella ruina, como se apodera de todas las ruinas, y habia consolado aquella soledad, como consuela todas las soledades : la naturaleza acude en auxilio de todos los abandonados ; allí donde todo falta ella se da toda entera ; florece y reverdece sobre todo lo que está derruido : tiene la yedra para las piedras y el amor para los hombres.

Profunda generosidad de la sombra.

V

LO AZUL EN LO NEGRO

Así vivian el uno para el otro aquellos desventurados, Dea apoyada, Gwynplaine aceptado.

Aquella huérfana tenia aquel huérfano : aquella lisiada tenia aquel deforme.

Aquellas dos viudeces se unian.

Una inefable accion de gracias se desprendia de aquellas dos grandes miserias. Daban gracias.

¿A quién?

A la inmensidad oscura.

Dar gracias basta: la accion de gracias tiene alas y va á donde debe ir. La oracion sabe mas que nosotros.

¡Cuántos hombres han creido dirigir sus preces á Júpiter y se las han dirigido á Jehová! ¡Cuántos creyentes en amuletos, son escuchados por el infinito! ¡Cuántos ateos no advierten que con el solo hecho de ser buenos y estar tristes imploran á Dios!

Gwynplaine y Dea estaban agradecidos.

La deformidad es la expulsion, la ceguera es el precipicio: la repulsion estaba adoptada, el precipicio era habitable.

Gwynplaine veia descender hácia él en plena luz y cual si se le pusiera un delicioso sueño en perspectiva, una blanca nube de belleza con forma de mujer, una vision radiante en la que habia un corazon, y aquella aparicion, casi niebla y sin embargo mujer, le ceñia, y aquella vision le abrazaba, y aquel corazon le daba su amor; Gwynplaine no era ya deforme, porque era amado; una rosa pedia á la oruga en casa-

miento, presintiendo en aquella oruga la divina mariposa. Gwynplaine el desechado, era elegido.

Tener lo necesario es todo. Gwynplaine tenia lo que necesitaba, y lo mismo Dea.

La abyeccion del desfigurado, aligerada y como sublimada, se dilataba en forma de embriaguez, de arrobamiento, de creencia; y una mano acudia siempre en auxilio de la triste indecision de la ciega entre las tinieblas.

Era aquello la penetracion de dos grandes miserias en lo ideal, absorbiéndose una en otra: dos exclusiones se admitian; dos vacíos se combinaban para completarse, asidos uno á otro por lo que mútuamente les faltaba. Por donde el uno era pobre, el otro era rico; la desgracia del uno formaba el tesoro del otro. Si Dea no hubiera sido ciega, ¿hubiera elegido á Gwynplaine? Si Gwynplaine no hubiera sido monstruoso, ¿hubiera preferido á Dea? Probablemente ni ella habria hecho caso del deforme ni él de la lisiada. ¡Qué dicha para Dea que Gwynplaine fuese horroroso! ¡Qué suerte para Gwynplaine que Dea fuese ciega! Fuera de su apareamiento providencial, eran imposibles: una prodigiosa necesidad

recíproca existia en el fondo de su amor. Gwynplaine salvaba á Dea, Dea salvaba á Gwynplaine: encuentro de miserias que producia la adherencia; abrazo de dos sumergidos en el fondo del abismo: nada mas estrecho, nada mas desesperado, nada mas exquisito.

Gwynplaine tenia un pensamiento:

—¿Qué seria de mí sin ella?

Dea tenia un pensamiento:

—¿Qué seria de mí sin él?

Aquellos dos destierros daban por resultado una patria; aquellas dos incurables fatalidades, el estigma de Gwynplaine, la ceguera de Dea, se juntaban en el contento. Bastábanse uno á otro y nada se imaginaban mas allá de ellos mismos: hablarse era una delicia, acercarse una felicidad; á fuerza de mútua intuicion, habian llegado á la unidad de pensamientos y de deseos. Cuando andaba Gwynplaine, Dea creia oir las pisadas de un Dios: estrechábanse uno junto á otro en una especie de claro-oscuro sideral lleno de perfumes de resplandores, de músicas, de luminosas arquitecturas, de ensueños; se pertenecian, sabian que estaban juntos para siempre en la misma

ventura y en el mismo éxtasis y nada era mas singular que aquella construccion de un eden por dos condenados.

Eran indeciblemente felices.

Con su infierno habian hecho un cielo; ¡tal es tu poder, oh amor!

Dea oia reirse á Gwynplaine, y Gwynplaine veia sonreirse á Dea.

De esta suerte resultaba encontrada la ventura ideal, realizada la perfecta alegría de la vida y resuelto el misterioso problema de la felicidad. ¿Y por quién? por dos miserables.

Para Gwynplaine Dea era el esplendor; para Dea Gwynplaine era la presencia.

La presencia, profundo misterio que diviniza lo invisible y de que resulta ese otro misterio, la confianza: no hay mas que esto en las religiones que sea irreductible, pero este irreductible basta. No se ve al inmenso ser necesario; se le siente.

Gwynplaine era la religion de Dea.

A veces, loca de amor, se hincaba de rodillas delante de él, especie de hermosa sacerdotisa adorando al horrible ídolo de una pagoda.

Figurémonos un abismo, y en medio del

abismo un oasis de claridad, y en ese oasis aquellos dos seres fuera de la vida deslumbrándose uno á otro.

No hay pureza comparable á aquellos amores. Dea ignoraba lo que es un beso, aunque acaso lo desease, porque la ceguera, sobre todo en la mujer, tiene sus ensueños, y aunque tiemble á la idea de que se le acerque lo desconocido, no siempre la asusta esa idea. Por lo que respecta á Gwynplaine, el hervor de la juventud le ponia pensativo, y cuanto mas ebrio se sentia, mas tímido era : á todo hubiera podido atreverse con aquella compañera de sus primeros años, con aquella ignorante de la culpa como de la luz, con aquella ciega que veia una cosa, y era que le adoraba, pero hubiera creido robar lo que ella le habria dado, se resignaba con satisfecha melancolía á amar angélicamente, y el sentimiento de su deformidad se resolvia en un pudor augusto.

Aquellos felices habitaban lo ideal; allí eran esposos sin juntarse como las esferas del firmamento; cambiaban en el éter azul el profundo efluvio que en lo infinito es la atraccion y en la tierra el sexo, y se daban besos de almas.

Siempre habian hecho vida comun, y no se conocian de otro modo sino juntos. La infancia de Dea habia coincidido con la adolescencia de Gwynplaine : juntos habian crecido ; mucho tiempo habian dormido en la misma cama, pues la cabaña ambulante no era una espaciosa alcoba. Los niños encima del cofre, Ursus en el suelo, tal era el arreglo interior ; luego un dia siendo Dea chiquita todavía, Gwynplaine se encontró ya grande, y la vergüenza vino por parte del hombre, así dijo á Ursus : yo tambien quiero dormir en el suelo ; y llegada la noche, se tendió junto al viejo en la piel de oso. Entonces habia llorado Dea y reclamado á su compañero de cama, pero Gwynplaine, ya algo inquieto porque empezaba á amar, habia resistido, y desde aquel dia continuó durmiendo en el suelo con Ursus : en las claras noches de verano dormia fuera con Homo. Trece años tenia Dea y aun no estaba resignada : muchas veces le decia por la noche : ven conmigo, Gwynplaine, y así dormiré mejor. Un hombre á su lado era una necesidad del sueño de la inocencia. La desnudez consiste en verse desnudo ; por eso desconocia ella la

desnudez, ingenuidad propia de la Arcadia ó de Otaiti. Dea salvaje hacia á Gwynplaine huraño: sucedia á veces que Dea, siendo ya casi mujer, se peinaba el largo cabello sentada en su cama, revueltas las ropas y medio caidas, dejando ver la estatua femenina bosquejada y un vago principio de Eva, y llamaba á Gwynplaine, el cual se sonrojaba, bajaba los ojos, no sabia qué hacerse ante aquella desnudez inocente, tartamudeaba, volvia la cabeza, tenia miedo y se iba, y aquel Dafnis de las tinieblas huia ante aquella Cloe de la sombra.

Tal era aquel idilio nacido en una tragedia.

Ursus les decia:

—¡Adoraos, animales, adoraos!

VI

URSUS MAESTRO Y URSUS TUTOR

Ursus añadia:

—Un dia de estos voy á jugarles una mala pasada; los voy á casar.

Ursus explicaba á Gwynplaine la teoría del amor, diciéndole:

—El amor.... ¿Sabes tú cómo enciende Dios esa llama? Pone á la mujer debajo, al diablo en-

tre dos, al hombre encima del diablo: sobreviene una pajuela, es decir, una mirada, y todo empieza á arder.

—La mirada está de mas, respondia Gwynplaine pensando en Dea.

Y Ursus replicaba:

—¡Tontería! ¿Por ventura las almas para mirarse necesitan ojos?

Ursus á veces era muy campechano y á veces Gwynplaine, loco de amor por Dea hasta ponerse adusto, se guardaba de Ursus como de un testigo. Un dia le dijo Ursus:

—¡Bah! No te andes con repulgos; en materia de amor el gallo no se recata.

—Pero el águila sí, respondió Gwynplaine.

En otras ocasiones Ursus se decia para su capote:

—Conviene poner tropiezos en las ruedas del carro de Citerea; se quieren demasiado, lo cual puede traer inconvenientes. Obviemos al incendio; moderemos esos corazones.

Y Ursus recurria á advertencias por este estilo, hablando á Gwynplaine cuando Dea dormia y á Dea cuando Gwynplaine volvia las espaldas.

— Dea, no te aficiones á Gwynplaine. Vivir en otro es peligroso: el egoismo es una buena raiz de la felicidad. Los hombres no se sujetan fácilmente á las mujeres, y luego Gwynplaine puede acabar por enfatuarse: ¡gusta tanto! no puedes tú figurarte lo que gusta.

— Gwynplaine, las desproporciones no valen nada: demasiada fealdad por una parte, demasiada hermosura por otra, cosas son que dan mucho en qué pensar. Modera tu ardor, hijo mio, no te entusiasmes demasiado con Dea. ¿Te crees formalmente nacido para ella? Hazme el gusto de considerar tu deformidad y su perfeccion: atiende á la distancia que media entre ella y tú. ¡Todo lo tiene esa Dea! ¡qué cútis tan blanco, qué cabello! ¡y unos labios que parecen fresas, y un pié y una mano! sus hombros presentan una deliciosa curva, el rostro es sublime; cuando anda parece que expide luz, y habla gravemente con un metal de voz hechicero. Y con todo eso hay que considerar que es una mujer y que no tiene la tontería de ser un ángel: es la belleza absoluta. Todo esto debes decirte á tí mismo para calmarte.

Con esto redoblaba el amor entre Dea y Gwynplaine, y Ursus se asombraba de su fiasco así como quien dijese :

— ¡Es raro! por mas aceite que hecho á la lumbre no consigo apagarla.

Apagarlos, siquiera entibiarlos, ¿era tal su propósito? No, seguramente; gran chasco se hubiera llevado con apagar aquel amor, amor que en el fondo, llama para ellos, calor para él, le arrebataba de gozo.

Pero es bueno contrariar y molestar un poco á lo que nos encanta : á esa contrariedad y á esa molestia es á lo que los hombres llaman cordura.

Ursus habia sido para Gwynplaine y Dea casi un padre y una madre. Siempre murmurando los habia criado, siempre gruñendo les habia mantenido, y como aquella adopcion hiciese mas pesada la choza ambulante, tuvo necesidad de engancharse á ella mas á menudo con Homo para arrastrarla.

Digamos que, pasados los primeros años, cuando Gwynplaine fué casi un hombre y Ursus completamente viejo, Gwynplaine era á su vez el que tiraba de Ursus.

Ursus, viendo crecer á Gwynplaine, sacó el horóscopo de su deformidad. — *Han hecho tu fortuna*, le dijo.

Aquella familia, compuesta de un anciano, dos niños y un lobo, habia formado en sus correrías un nudo de cada vez mas es trecho.

La vida errante no habia impedido la educacion : andar errante es creer, decia Ursus. Como evidentemente Gwynplaine era materia á propósito para « enseñarse en las ferias », Ursus habia cultivado en él al saltimbanquis, y en aquel saltimbanquis habia incrustado lo mejor que pudo la prudencia y la sabiduría. Extasiado ante la increible máscara de Gwynplaine, murmuraba por lo bajo : « ¡Buen principio! » por lo cual le habia completado con todos los ornatos de la filosofía y del saber.

Muchas veces repetia á Gwynplaine : — Sé filósofo : ser prudente es ser invulnerable. Aquí donde me ves yo nunca he llorado, fuerza de mi prudencia. ¿Crees tú que si hubiera querido llorar me habrian faltado ocasiones?

En sus monólogos escuchados por el lobo,

Ursus decia: — He enseñado á Gwynplaine todo, incluso el latin, y á Dea nada, inclusa la música. A ambos los habia enseñado á cantar. Tenia una regular habilidad en el caramillo, especie de flauta usada en aquel tiempo; tocábale tal cual, lo mismo que la *chiffonie*, especie de gaita que la crónica de Bertran Duguesclin califica de «instrumento pícaro», y que es el punto de partida de la sinfonía. Aquellas músicas atraian gente: Ursus enseñaba á la muchedumbre su gaita y decia: — En latin, *organistrum*.

Habia enseñado á Dea y á Gwynplaine el canto segun el método de Orfeo y de Egidio Binchois, y mas de una vez le habia acontecido interrumpir las lecciones con este grito de entusiasmo: — ¡Orfeo, músico de Grecia! ¡Binchois, músico de la Picardía!

Estas complicaciones de una educacion esmerada no habia ocupado á los dos niños hasta el punto de impedirles adorarse; ambos habian crecido mezclando sus corazones, como dos arbustos plantados uno junto á otro, cuando llegan á ser árboles mezclan sus ramas.

— No hay arbitrio, murmuraba Ursus, he de casarlos.

Y refunfuñaba al paño :

— Me fastidian con su amor.

Lo pasado, lo poco que de él sabian á lo menos, no existia para Gwynplaine y Dea; solo sabian de él lo que Ursus les habia dicho. Ambos llamaban á Ursus « padre ».

Gwynplaine no recordaba su niñez sino como el paso de una turba de demonios por encima de su cuna; la impresion que le quedaba de ella era como la de si como le hubieran pisoteado en la oscuridad unos piés disformes. ¿Adrede ó sin querer? No lo sabia; lo que recordaba perfectamente, y hasta en los menores detalles, era la trágica aventura de su abandono. El encuentro de Dea hacia para él de aquella lúgubre noche una fecha radiante.

La memoria de Dea, mas aun que la de Gwynplaine, vagaba por las nubes. Tan pequeña era, que todo se habia disipado en ella : se acordaba de su madre como de una cosa fria. ¿Habia visto el sol? Tal vez. Pugnaba por internar su espíritu en aquellas confusas sombras que se ex-

tendian detrás de ella. ¿El sol? ¿qué era el sol? La pobre niña recordaba un no sé qué de luminoso y caliente que Gwynplaine habia reemplazado.

Se decian mil cosas en voz baja : es indudable que arrullar es lo mas importante que hay en la tierra. Dea decia á Gwynplaine: — La luz es tu voz que me habla.

Un dia Gwynplaine, incapaz de contenerse, viendo al trasluz de una manga de muselina el brazo de Dea, tocó apenas con sus labios aquella transparencia : boca horrenda, beso ideal. Dea sintió un deliquio profundo; púsose toda encendida : aquel beso de un monstruo produjo la aurora en aquella hermosa frente llena de noche, mientras Gwynplaine suspiraba con una especie de terror, y como se entreabriese un poco la colereta de Dea, miraba sin ser poderoso á otra cosa las blancuras visibles por aquella abertura del paraiso.

Dea recogió la manga y tendió á Gwynplaine su brazo desnudo diciendo : ¡Mas, mas! Gwynplaine salió del paso apelando á la fuga.

Al dia siguiente empezaba de nuevo el juego

con variantes, resbaladura celeste por ese dulce abismo que es el amor.

Cosas son estas á cuya vista el Dios bondadoso, en su calidad de filósofo viejo, se sonrie.

VII

LA CEGUERA DA LECCIONES DE PERSPICACIA

A veces Gwynplaine se reconvenia á sí mismo y se hacia de su felicidad un caso de conciencia: figurábasele que dejarse amar por aquella mujer que no podia verle era engañarla. ¿Qué diria ella si sus ojos se abriesen de repente? ¡Cómo la rechazaria lo que la atrae! ¡cómo retrocederia su espantoso amante! ¡qué grito! ¡cómo se cubri-

ria el rostro con las manos! ¡cómo huiria! Un penoso escrúpulo le acosaba : decíase que, monstruo, no tenia derecho al amor. Hidra idolatrada por una estrella, de su deber era iluminar á aquel astro ciego.

Una vez dijo á Dea :

— ¿Ya sabes que soy muy feo?

— Sé que eres sublime, respondió ella.

Él prosiguió :

— Cuando oyes á todo el mundo reirse, se rien de mí porque soy horrible.

— Te quiero, le dijo Dea.

Despues de una breve pausa añadió :

— Yo estaba en la muerte y tú me sacaste á la vida. Tú ahí tengo el cielo á mi lado. ¡Dame la mano que quiero tocar á Dios!

Sus manos se buscaron, se apretaron y ya no dijeron una palabra mas; rendidos, silenciosos por la plenitud de su amor.

El huraño Ursus lo habia oido todo : al dia siguiente, estando juntos los tres, dijo :

— El caso es que Dea es fea tambien.

Palabras perdidas, pues Dea y Gwynplaine no las oyeron. Embebecidos el uno en el otro, rara

vez atendian á los epifonemas de Ursus. Ursus era profundo inútilmente.

Aquella vez, sin embargo, la precaucion de Ursus al decir « Dea es fea tambien » indicaba en aquel docto varon un cierto conocimiento de la mujer. Es seguro que Gwynplaine habia cometido lealmente una imprudencia. Dichas á cualquiera otra mujer y á cualquiera otra ciega que no fuese Dea, las palabras : *Soy feo,* hubieran podido ser peligrosas. Ser ciego y estar enamorado es ser dos veces ciego : en tal situacion se forjan ensueños; la ilusion es el pan del ensueño; quitar la ilusion al amor es quitarle el pábulo. Todos los entusiasmos entran útilmente en su formacion, lo mismo la admiracion física que la admiracion moral : ademas nunca se deben decir á una mujer palabras difíciles de comprender, pues la dan en qué cavilar, y á veces cavilan mal. Un enigma en una cavilacion causa estragos: la repercusion de una palabra suelta que se deja caer tuerce el curso de las ideas; acontece á veces que sin saberse cómo, porque ha recibido el choque de una palabrita suelta, un corazon se vacía insensiblemente, y el enamorado advierte de

pronto una merma en su felicidad : nada es mas peligroso que esa lenta exsudacion de vaso rajado.

Afortunadamente Dea no era de ese barro : la pasta con que se hacen todas las mujeres no habia servido para ella ; era una naturaleza muy rara la suya. El cuerpo era frágil, no el corazon : lo que formaba el fondo de su ser era una divina perseverancia de amor.

Toda la mella que produjeron en su espíritu las palabras de Gwynplaine no condujeron mas que á hacerla preguntar un dia :

— ¿Qué significa ser feo? significa hacer daño. Gwynplaine no hace mas que bien, y por eso es hermoso.

Luego, siempre bajo esa forma de interrogacion familiar á los niños y á los ciegos, repuso :

— ¿Ver? ¿qué es lo que vosotros llamais ver? Yo no veo, yo sé : parece que ver es cosa que oculta.

— ¿Qué quieres decir? preguntó Gwynplaine.

Dea respondió :

— Ver es una cosa que oculta la verdad.

— No, dijo Gwynplaine.

— ¡Sí! replicó Dea, puesto que dices que eres feo.

Quedó un momento pensativa y añadió :

— ¡Embustero!

Y Gwynplaine tenia la satisfaccion de haber confesado y de no ser creido : su conciencia estaba tranquila y su amor tambien.

Así llegaron, ella á los diez y seis años, él cerca de los veinticinco.

No estaban, como hoy se diria, « mas adelantados » que el primer dia, sino menos, dado que, como recordará el lector, habian tenido su noche de bodas, ella á la edad de nueve meses y él á la de diez años. Una especie de santa infancia continuaba en su amor; así suele suceder que retrasado el ruiseñor prolongue su canto nocturno hasta despues de la aurora.

Sus caricias no pasaban de tal cual apreton de manos y á veces de algun fugitivo beso en el brazo desnudo de Dea : aquellos dulces preludios les bastaban.

Veinticuatro años, diez y seis años; por eso una mañana Ursus, que no perdia de vista su « mala pasada », les dijo :

— Un dia de estos elegireis una religion.

— ¿Para qué? preguntó Gwynplaine.

— Para casaros.

— Ya lo estamos, respondió Dea.

Dea no comprendia que se pudiese ser marido y mujer mas de lo que ellos lo eran.

En el fondo aquel contento quimérico y virginal, aquella sencilla satisfaccion del alma con el alma, aquel celibato tomado por matrimonio, no desagradaban á Ursus. Lo que decia no era mas que ganas de hablar, pero en realidad, como algo médico que era, Dea le parecia, si no demasiado jóven, á lo menos harto débil y delicada para lo que él llamaba « el himeneo en carne y hueso. »

Harto pronto la llegaria su hora.

Y ademas, ¿no estaban ya casados? Si lo indisoluble existe en alguna parte, ¿en dónde mas completamente que en aquella cohesion, Gwynplaine y Dea? ¡Cosa admirable! la desgracia los habia adorablemente echado en brazos uno de otro, y como si no bastase aquel primer vínculo, sobre la desgracia habia venido á añadirse, enroscarse y apretarse el amor. ¿Qué fuerza puede romper jamás la cadena de hierro consolidada por el lazo de flores?

Cierto que los verdaderamente inseparables eran ellos.

Dea tenia la hermosura, Gwynplaine tenia la luz : cada cual llevaba su dote, y eran mas que un matrimonio, eran casi la unidad, separados solo por la inocencia, interposicion sagrada.

Vanamente sin embargo pugnaba Gwynplaine por absorberse lo mas que podia en la ideal contemplacion de Dea y en el fuero interno de su amor, pues al cabo era hombre : las leyes fatales no se eluden ; como toda la inmensa naturaleza, experimentaba las oscuras fermentaciones dispuestas por el Creador. A veces, cuando se presentaba en público, un irresistible impulso le movia á mirar á las mujeres que habia en la muchedumbre, pero al momento apartaba aquella contravencion y se apresuraba á volver á meterse arrepentido dentro de su alma.

Añadamos que le faltaba el estímulo : en los rostros de todas las mujeres que miraba, veia la version, la antipatía, la repugnancia : era claro que ninguna otra sino Dea era posible para él, lo cual le ayudaba á arrepentirse.

VIII

NO SOLO LA FELICIDAD, SINO LA PROSPERIDAD.

¡Qué de cosas verdaderas hay en los cuentos! La quemadura del diablo invisible que nos toca, es el remordimiento de un mal propósito.

En Gwynplaine, el mal propósito nunca llegaba á cuajar, y nunca resultaba un remordimiento, pero sí á veces cierto despecho.

Vagas brumas de la conciencia.

¿Qué era aque o? Nada.

Su felicidad era completa; tan completa que ni siquiera eran ya pobres.

Del 1689 al 1704 se habia verificado una transfiguracion.

Acontecia á veces, en aquel año 1704, que al anochecer, en tal ó cual pequeña poblacion del litoral, un enorme y pesado carreton tirado por dos robustos caballos efectuaba su entrada : parecíase al casco de un buque volcado, con la quilla por techo y la cubierta por piso y dispuesto sobre cuatro ruedas, todas iguales y altas como las de una galera. Ruedas, lanza y carreton, todo estaba embadurnado de verde, con una gradacion rítmica de matices que pasaban del verde botella en las ruedas al verde manzana en la techumbre. Aquel color verde habia acabado por hacer reparar en aquel carruaje, que ya era muy conocido en las ferias; llamábanle la Green-Box, que significa la caja verde. Aquella Green-Box solo tenia dos ventanas, una en cada extremo, y á la zaga una puerta con estribo : sobre el techo, de un cañon pintado de verde como lo demas, salia una manga de humo. Aquella casa ambu-

lante estaba siempre barnizada de nuevo y recien lavada : en la delantera, sobre un banquillo adherente al carreton y apoyado en la ventana, encima de la grupa de los caballos, al lado de un viejo que manejaba las riendas y dirigia el tiro, dos gitanas vestidas de diosas, iban tocando la trompeta. La gente de los pueblos contemplaba con asombro y comentaba aquella máquina que avanzaba dando magníficos tumbos.

Aquel era el antiguo establecimiento de Ursus, ampliado por la fortuna y promovido á la dignidad de teatro.

Una especie de entre perro y lobo, amarrado debajo del carreton, era Homo.

El cochero viejo que manejaba los caballos era el mismo filósofo en persona.

¿De dónde provenia aquel estiron de la miserable choza ambulante convertida en carroza olímpica?

De esto : Gwynplaine era célebre.

Con profundo conocimiento de lo que es la celebridad entre los hombres, habia dicho Ursus á Gwynplaine : Han hecho tu fortuna.

El lector recordará que Ursus habia tomado

por discípulo á Gwynplaine. Unos desconocidos le habian elaborado el rostro; él tomó sobre sí elevarle la inteligencia, y detrás de aquella máscara tan acabada habia puesto la mayor suma de pensamientos que le habia sido posible. Tan luego como el muchacho ya crecido le pareció digno de ello, sacóle á la escena, es decir, á la delantera de la choza, y el efecto de aquella aparicion fué extraordinario. Instantánea admiracion produjo aquel muchacho en todos los espectadores: jamás se habia visto nada comparable á aquel sorprendente mímico de la risa. Ignorábase cómo se obtenia aquel milagro de hilaridad comunicable; unos le creian natural, otros le declaraban artificial, y hacinándose las conjeturas sobre la realidad, de todas partes, en las encrucijadas, en los mercados, en todas las ferias y fiestas patronales, la muchedumbre se precipitaba hácia Gwynplaine: merced á aquella «*great attraction*», habian llovido en la pobre bolsa del grupo nómada, primero los ochavos, luego los cuartos, y por último los chelines. Agotado un centro de curiosidad, se pasaba á otro; una piedra no se enriquece rodan-

dos, pero sí una barraca de saltimbanquis; y de año en año, de pueblo en pueblo, con el aumento sucesivo de la estatura y de la fealdad de Gwynplaine, la fortuna vaticinada por Ursus habia llegado.

—¡Qué servicio te han hecho, hijo mio! decia Ursus.

Aquella «fortuna» ó sea aquel caudal habia permitido á Ursus, administrador de los triunfos de Gwynplaine, hacer construir el carreton de sus sueños, es decir uno bastante espacioso para contener un teatro y sembrar la ciencia y el arte por calles y plazas. Ursus ademas habia podido añadir al grupo compuesto de él, de Homo, de Gwynplaine y de Dea, dos caballos y dos mujeres, que hacian en la compañia oficio de diosas, ya lo hemos dicho, y de criadas. Un frontispicio mitológico era entonces útil en una barraca de volatineros. — Somos un templo errante, decia Ursus.

Aquellas dos gitanas, recogidas por el filósofo

1. Alusion á un proverbio francés que dice: *piedra que rueda recoge musgo*, para significar que el que mucho se menea siempre saca algo. (*N. del Tr.*)

en la baraunda nómada de las aldeas y los arrabales, eran feas y mozas, y se llamaban, por la voluntad de Ursus, Febe la una y Venus la otra. Léase *Fibi* y *Vinos,* dado que conviene conformarse con la pronunciacion inglesa.

Febe cocinaba y Venus barria el templo.

Ademas, en los dias de gran representacion, ambas vestian á Dea.

Fuera de lo que es, para los volatineros como para los príncipes « la vida pública », Dea vestia como Fibi y Vinos, una saya florentina de lienzo floreado y un justillo sin mangas que dejaba los brazos libres. Ursus y Gwynplaine llevaban unos á modo de chaquetones y como los marineros de guerra, unas calzas muy anchas: Gwynplaine tenia ademas para los trabajos y ejercicios de fuerza, una esclavina de cuero alrededor del cuello y en los hombros; él cuidaba de los caballos. Ursus y Homo se cuidaban mútuamente.

En fuerza de la costumbre, Dea iba y venia por el interior de la Green-Box casi como si tuviera vista.

El ojo que hubiera podido penetrar en la estructura íntima y en el arreglo de aquel edifi-

cio ambulante, habria visto en un rincon, amarrada á las paredes é inmóvil sobre sus cuatro ruedas, la antigua choza de Ursus jubilada, con licencia de enmohecerse, y dispensada en lo sucesivo de rodar como lo estaba Homo de tirar de ella.

Aquella choza, arrinconada en la parte posterior á la derecha de la puerta, servia de estancia y de vestuario á Ursus y á Gwynplaine. Contenia á la sazon dos camas: en el rincon frontero estaba la cocina.

No presenta mayor órden y economía de espacio el mueblaje de un barco que la disposicion interior de la Green-Box: todo en ella estaba bien acondicionado, previsto, acomodado y perfectamente en su lugar.

El carreton estaba dividido por tabiques en tres compartimientos que comunicaban entre sí por huecos sin puerta, mal cerrados por unas especies de cortinas. El compartimiento posterior era la habitacion de los hombres, el delantero el de las mujeres, y el de en medio, que separaba á los dos sexos, era el teatro: el material de la orquesta y la maquinaria estaban en la cocina.

Una especie de camaranchon debajo del techo contenia las decoraciones, y abriendo una trampa en aquel camaranchon se descubrian lámparas que producian iluminaciones mágicas.

Ursus era el poeta de aquellas magias, es decir, el que componia las piezas.

Tenia varias habilidades; hacia juegos de manos singularísimos. Amen de las voces que dejaba oir, producia todo linaje de cosas inesperadas, choques de luz y sombra, formaciones espontáneas de guarismos ó de palabras á voluntad del público en una pared, claro-oscuros y medias tintas entre figuras que se desvanecian, mil y mil particularidades que dejaban á la muchedumbre estupefacta y ante las cuales parecia él meditar distraido ó ensimismado.

Un dia le dijo Gwynplaine :

—Padre, pareceis un brujo.

A lo que Ursus respondió :

—Consistirá tal vez en que lo soy.

La Green-Box, fabricada sobre un sabio modelo dibujado por Ursus, ofrecia el ingenioso refinamiento de que entre las dos ruedas delanteras y traseras, el cuarteron central de la fa-

chada de la izquierda giraba sobre unas bisagras por medio de un mecanismo de cadenas y garruchas y se bajaba como se queria á manera de puente levadizo; al bajarse ponia en libertad tres especies de puntales con goznes que, cayendo verticalmente mientras bajaba el cuarteron, iban á posarse derechos en el suelo como los piés de una mesa y sostenian encima de él, como un tablero, el cuarteron convertido en meseta: al mismo tiempo aparecia el teatro aumentado con la meseta que les servia de proscenio. Aquella abertura semejaba absolutamente una boca del infierno, al decir de los predicadores puritanos al aire libre que se apartaban de ella con horror; es probable que por una impía invencion de aquella especie fuese por lo que Solon dió de palos á Tespis.

Tespis por lo demas ha durado mas tiempo de lo que se cree: la carreta-teatro existe todavía. En teatros ambulantes por aquel estilo se representaron en Inglaterra, durante los siglos diez y seis y diez y siete los bailes y baladas de Amner y de Pilkington, en Francia las pastorales de Gilbert Colin, en Flandes, en las romerías, los

dobles coros de Clement, *alias* Non Papa, en Alemania el Adan y Eva de Theiles, y en Italia las farsas venecianas de Animuccia y de Ca-Fossis, las silvas de Gesualdo, príncipe de Venusa, el *Sátiro* de Laura Guidiccioni, la *Desesperacion de Filena, la Muerte de Ugolino* de Vicente Galileo, padre del astrónomo, el cual Vicente Galileo cantaba él mismo su música acompañándose con la viola, y todos aquellos primeros ensayos de ópera italiana que, desde el 1580, han sustituido la inspiracion libre al género madrigalesco.

El carreton color de esperanza que llevaba á Ursus, á Gwynplaine y su fortuna, y á cuya cabeza trompeteaban Fibi y Vinos como dos Famas, formaba parte de todo aquel gran conjunto gitanesco y literario.

Llegados á las plazas de las aldeas y de los pueblos, en los intervalos de la música de Fibi y Vinos, Ursus comentaba las trompetas con instructivas revelaciones.

— Esta sinfonía es gregoriana, exclamaba. Ciudadanos y hombres buenos, el sacramentario gregoriano, que fué un gran progreso, luchó en Italia con el rito ambrosiano, y en España con

el muzárabe y triunfó de ambos con suma dificultad.

Despues de lo cual, la Green-Box se paraba en un sitio cualquiera á eleccion de Ursus, y llegado el anochecer, bajábase el cuarteron proscenio, se abria el teatro y empezaba la funcion.

El teatro de la Green-Box representaba un pais pintado por Ursus que no sabia pintar, de donde resultaba que en caso de necesidad el pais podia representar un subterráneo.

El telon era un cortinon de seda con recuadros muy vistosos.

El público estaba por fuera, en la calle, formando un gran semicírculo delante del espectáculo, al sol, bajo los chaparrones, disposicion que hacia menos apetecible la lluvia para los teatros de entonces que para los de ahora. Cuando se podia, se daban las representaciones en el patio de una posada, de donde resultaba que habia tantas hileras de palcos cuantos eran los pisos de las ventanas, de este modo, como el teatro estaba mas cerrado, el público pagaba mas.

Ursus pertenecia á todo, á la pieza, á la com-

pañía, á la cocina y á la orquesta. Vinos tocaba el tamboril, cuyos palillos manejaba admirablemente, y Fibi rascaba una especie de guitarra. El lobo habia ascendido á lo que en lenguaje de bastidores se llama parte de por medio y representaba su papel en ciertas ocasiones. A veces cuando aparecian en la escena uno junto á otro, Ursus y Homo, Ursus en su piel de oso bien atacada, Homo en su piel de lobo mejor ajustada aun, no se sabia cuál de los dos era el bruto, lo cual lisonjeaba grandemente á Ursus.

IX

EXTRAVAGANCIAS QUE LAS PERSONAS DESPROVISTAS DE BUEN GUSTO LLAMAN POESIA

Las piezas de Ursus eran pasos y entremeses, género que ha pasado ya un poco de moda. Una de aquellas piezas, que por cierto no ha llegado hasta nosotros, se titulaba *Ursus Rursus*, y es probable que hiciese en ella el principal papel: un simple monólogo formaria verosímilmente su argumento, sobrio y laudable.

El título de los entremeses de Ursus solia estar en latin, como acabamos de ver, y la poesía á veces estaba en español. Los versos españoles de Ursus eran aconsonantados como casi todos los versos castellanos de aquellos tiempos, cosa que en nada embarazaba al pueblo, pues el español era entonces una lengua corriente y los marinos ingleses hablaban castellano como los soldados romanos hablabán cartaginés, segun testimonio de Plauto : ademas, en el teatro, como en la misa, la lengua latina ú otra que no comprendia el auditorio, le sonaba muy bien en los oidos y se reducia á acompañarla alegremente con palabras conocidas. Nuestra antigua Francia gala tenia ese raro modo de ser devota : en la iglesia, durante un *Immolatus*, los fieles cantaban *Ande la broma*, y durante un *Santus*, *Dame un beso mi vida*. Preciso fué que viniera el concilio de Trento á poner término á tales familiaridades.

Ursus habia compuesto especialmente para Gwynplaine un entremés de que estaba muy satisfecho y que era su obra capital. En él se habia puesto todo entero : dar su suma en su produccion es el triunfo de todo el que crea. La sapa

que produce un sapo hace una obra maestra. ¿Lo dudas, lector? Pues prueba á hacer otro tanto.

Ursus habia lamido mucho aquel entremés, ó sea aquel osito, titulado *Caos vencido*.

Veamos su argumento.

Efecto de noche: en el momento en que se descorre el telon, la muchedumbre agolpada delante de la Green-Box no veia mas que tinieblas; en aquellas tinieblas se movian en el estado reptil tres formas confusas, un lobo, un oso y un hombre. El lobo era el lobo, Ursus era el oso, Gwynplaine era el hombre: el lobo y el oso representaban las fuerzas feroces de la naturaleza, las hambres inconscientes, la oscuridad salvaje, y ambos se precipitaban sobre Gwynplaine, significándose así el caos en lucha con el hombre; no se distinguia bien ninguna de las tres figuras. Gwynplaine se defendia cubierto con una mortaja, y su rostro estaba oculto por su densa cabellera desgreñada; ademas todo era tinieblas: el oso gruñia, el lobo aullaba, el hombre gritaba. El hombre llevaba la peor parte, las dos bestias le traian á mal traer, y él pedia auxilio y socorro lanzando á lo desconocido un profundo llama-

miento. No podia ya mas; estaba con el hipo de la muerte y el público presenciaba aquella agonía del hombre apenas bosquejado, apenas distinto todavía del bruto, lúgubre escena que la multitud contemplaba ansiosa y despavorida: un minuto mas y las fieras triunfaban, y el caos iba á reabsorber al hombre: lucha, gritos, rugidos, y de pronto silencio. Oíase un canto en la sombra; un soplo habia pasado; oíase una voz: músicas misteriosas vagaban por el aire, acompañando aquel canto de lo invisible, y de repente, sin que se supiera de dónde ni cómo, surgia una blancura. Aquella blancura era una luz, aquella luz era una mujer, aquella mujer era el espíritu: Dea, serena, cándida, hermosa, formidable á fuerza de majestad y dulzura, se aparecia en el centro de una auréola; claridad divina en medio de la aurora. La voz era ella, voz leve, profunda, inefable: tornada de invisible en visible, en aquel alba, cantaba, y se creia oir la cancion de un ángel ó el himno de un ave. Ante aquella aparicion el hombre, levantándose de pronto fortalecido y deslumbrado, descargaba ambos puños sobre las dos fieras vencidas.

Entonces la vision, moviéndose por un mecanismo difícil de comprender, y tanto mas admirado por lo mismo, cantaba estos versos de una pureza española suficiente para los marineros ingleses que escuchaban :

¡Ora, llora !
De palabra
Nace razon,
Da luz el son [1].

Luego bajaba los ojos como si hubiera visto una sima á sus piés y proseguia :

Noche quítate de allí
El alba canta halalí [2].

A medida que cantaba, el hombre se levantaba mas y mas, y de postrado que se le veia antes pasaba á estar de hinojos, levantadas las manos hácia la vision, apoyadas las rodillas en las dos fieras inmóviles y como heridas del rayo. Dea continuaba vuelta hácia él :

1. Excusado parece advertir que estos y los siguientes versos están en castellano ó cosa parecida en el texto original (*N. del Tr.*)

2. Es voz de la montería usada en Francia para expresar que la res va de remate. (*Idem.*)

Es menester á cielos ir,
Y tú que llorabas reir.

Y acercándose con una majestad de astro, añadia :

¡ Gebra barzon ! [1]
Deja, monstruo,
A tu negro
Caparazon.

Y le ponia la mano en la frente.

Entonces se alzaba otra voz mas profunda, y por consiguiente mas dulce todavía, voz dolorida y exaltada, de una gravedad tierna y adusta al mismo tiempo, que significaba el canto humano respondiendo al canto sideral. Gwynplaine, siempre arrodillado en la oscuridad sobre el lobo y el oso vencidos, la cabeza bajo la mano de Dea, cantaba :

O ven ¡ama!
Eres alma,
Soy corazon.

Y de súbito, en aquella sombra, un raudal de luz venia á herir de lleno el rostro de Gwynplaine.

1. Esto no se entiende ni poco ni mucho. Segun la traduccion que da el autor, significa : *¡ Rompe el yugo !* (*N. del Tr.*)

Y se veia iluminada en aquellas tinieblas la horrible fealdad del monstruo.

Decir la conmocion del gentío es imposible: un sol de risa alzándose sobre el horizonte tal era el efecto. La risa nace de lo inesperado, y nada mas inesperado que aquel desenlace; no hay sorpresa comparable á aquel bofeton de luz sobre aquella máscara grotesca y terrible: se reia alrededor de aquella risa, en todas partes, arriba, abajo, delante, en el fondo; reíanse hombres, mujeres, lo mismo las viejas cabezas calvas que los rosados semblantes de los niños, los buenos como los malos, los alegres como los tristes, todo el mundo; y hasta en la calle, los transeuntes, los que reian, oyendo oir se reian, y aquella risa terminaba en palmadas y algazara. Corrido el telon el público llamaba á Gwynplaine con frenéticos gritos; de aquí un éxito colosal. ¿Habeis visto el *Caos vencido*? y todos acudian á ver á Gwynplaine: los indiferentes iban á reirse, los melancólicos querian reirse, las malas conciencias se iban á reir; risa tan irresistible que podria parecer morbosa, pero si hay una peste de que el hombre no huya, esa peste es el

contagio de la alegría. El éxito, por lo demas, no pasaba del populacho; por dos cuartos se veia el *Caos vencido* : la gente fina no acude á donde se va por dos cuartos.

Ya hemos dicho que Ursus no estaba descontento de aquella obra largo tiempo cobijada en su mente.

— Pertenece al género de un tal Shakespeare, decia con modestia.

El contraste con Dea realzaba el indecible efecto de Gwynplaine. Aquella blanca figura al lado de aquel gnomo representaba lo que se podria llamar el asombro divino. El pueblo miraba á Dea con una especie de misteriosa ansiedad. Tenia aquella hermosa criatura el no sé qué de supremo que caracteriza á la vírgen y á la sacerdotisa, ignorante del hombre y conocedora de Dios; veíase que era ciega y se conocia que estaba dotada de una misteriosa vision interna : parecia estar de pié en los umbrales de lo sobrenatural, mitad en nuestra luz y mitad en la otra claridad; venia á trabajar en la tierra y á trabajar de la manera como trabaja el cielo, con luz de aurora. Encontraba una hidra y hacia un alma; se ase-

mejaba á la potencia creadora, satisfecha y estupefacta de su creacion; creíase ver en su rostro adorablemente luminoso la voluntad de la causa y la sorpresa del resultado. Conocíase que amaba á su monstruo. ¿Sabia que era un monstruo? Sí, pues le tocaba: no, pues le aceptaba. Toda aquella noche y toda aquella luz mezcladas se resolvian en la mente del espectador en un claro-oscuro en el que aparecian perspectivas infinitas. Cómo lo divinidad está adherida al bosquejo, de qué modo se efectúa la penetracion del alma en la materia, cómo el rayo solar es un cordon ombilical, cómo el desfigurado se transfigura, cómo el informe se torna paradisiaco, todos estos misterios vislumbrados complicaban con una emocion casi cósmica la convulsion de risa provocada por Gwynplaine. Sin llegar hasta el fondo, porque al espectador no le gusta la fatiga de profundizar, se comprendia algo mas allá de lo que se veia, y aquel espectáculo singular tenia cierta especie de mágica transparencia.

Por lo que respecta á Dea, lo que experimentaba se escapa á la humana palabra. Sentíase en medio de una muchedumbre, y no sabia lo que

era una muchedumbre; oia un rumor y esto era todo : para ella una muchedumbre era un soplo de viento, y en el fondo no es mas que eso. Las generaciones son hálitos que pasan : el hombre respira, aspira y espira. En aquella muchedumbre Dea se sentia sola y experimentaba el estremecimiento de una suspension encima de un precipicio : de pronto, en aquella turbacion del inocente desesperado pronto á acusar á lo desconocido, en aquel descontento de la caida posible, Dea, serena á pesar de todo, y superior á la vaga angustia del peligro, pero interiormente estremecida con la idea de su aislamiento, recobraba su seguridad y su firmeza, asia su hilo de salvacion en el universo de las tinieblas, ponia su mano en la poderosa cabeza de Gwynplaine. ¡Júbilo inaudito! Apoyaba sus rosados dedos en aquel bosque de cabellos crespos. Tocar la lana despierta una idea de dulzura. Dea tocaba un cordero que para ella era un leon, y todo su corazon se derretia en un inefable amor : sentíase fuera de peligro; habia encontrado al salvador. El público creia ver lo contrario : para los espectadores el salvado era Gwynplaine, y el salvador

era Dea. ¡Qué importa! Pensaba Ursus para quien el corazon de Dea era visible. Y Dea, tranquila, consolada, arrobada, adoraba al ángel mientras el pueblo contemplaba al monstruo, y compartia á su pesar, fascinado él tambien, pero en sentido inverso, aquella inmensa risa de Prometeo.

El verdadero amor no se hastía, pues siendo todo alma no puede entibiarse : un ascua se cubre de ceniza, una estrella no. Aquellas exquisitas impresiones se renovaban todas las noches para Dea, que estaba á punto de llorar de ternura mientras el público se desternillaba de risa : en torno de ella, la gente estaba regocijada, y nada mas; ella era feliz.

Por lo demas, el efecto de risotadas debido á la imprevista y estupenda expresion del semblante de Gwynplaine no era evidentemente el que buscaba Ursus, quien hubiera preferido mas sonrisa y menos risa y una admiracion mas literaria; pero un triunfo consuela siempre. Todas las noches se reconciliaba con su exagerado éxito contando cuantos chelines hacian los montones de cuartos y á cuantas libras esterlinas ascendian los montones de chelines; y luego se decia á sí

mismo que al fin y al cabo, pasada aquella risa, el *Caos vencido* quedaba en el fondo de las inteligencias y que la impresion por él producida no se borraba toda entera. Tal vez no se engañaba del todo; la verdadera valoracion de una obra la hace el público. La verdad es que aquel populacho, atento á aquel lobo, á aquel oso, á aquel hombre, luego á aquella música, á aquellos aullidos domados por la armonía, á aquella noche disipada por el alba, á aquel canto del que emanaba la luz, aceptaba con una confusa y profunda simpatía, y hasta con cierta especie de tierno respeto aquel drama-poema del *Caos vencido*, aquella victoria del espíritu sobre la materia, que daba por resultado la alegría del hombre.

Tales eran las groseras diversiones del pueblo.

Estas le bastaban : el pueblo no tenia medios para asistir á los « nobles pugilatos » de la aristocracia, y no podia, como los señores y caballeros, apostar mil guineas por Hemsgail contra Phelem-ghe-madone.

X

OJEADA DEL QUE ESTÁ FUERA DE TODO SOBRE LAS COSAS Y LOS HOMBRES

El hombre tiene una idea, vengarse del placer que se le da; de aquí el desprecio á los comediantes.

El comediante me recrea, me divierte, me distrae, me enseña, me deleita, me consuela, me inicia en lo ideal, me es agradable y útil, ¿qué

daño puedo causarle en pago? La humillacion. El desden es el bofeton dado desde lejos: démosle un bofeton. Me gusta, luego es vil; me sirve, luego le aborrezco. ¿Dónde habrá una piedra para que yo se la tire? Sacerdote, dame la tuya; filósofo, dame la tuya; Bossuet, excomúlgale; Rousseau, insúltale; orador, apedréale con tu elocuencia; oso, tírale tu guijarro. Lapidemos el árbol, magullemos el fruto y comámosle. ¡Bravo! ya está en el suelo. Decir los versos de los poetas es ser un apestado. ¡Anda, histrion! atémosle á la picota de su triunfo y convirtámosle en rechifla: en buen hora que reuna la multitud, pero que esta sea para él la soledad. Y así es como las clases ricas, llamadas las altas clases, han inventado para el cómico esa forma de aislamiento, el aplauso.

El populacho es menos feroz. No aborrecia á Gwynplaine, ni le despreciaba tampoco; solo que el último calafate de la última tripulacion de la última carraca amarrada en el último de los puertos de Inglaterra se consideraba como inconmensurablemente superior á aquel divertidor de « la canalla », y tenia para sí que un calafate está tan

por encima de un saltimbanquis, como un lord está por encima de un calafate.

Gwynplaine se veia, pues, como todos los comediantes, aplaudido y aislado. Por lo demas, en este mundo todo triunfo es un crímen, y se expia : el que tiene la medalla tiene el reverso.

Para Gwynplaine no habia reverso, en el sentido de que las dos caras de su triunfo le eran gratas : le satisfacia el aplauso y le contentaba el aislamiento. El primero le hacia rico, el segundo le hacia feliz.

Ser rico en aquella ínfima clase de la sociedad es no ser ya miserable, no andar con el vestido roto, tener un poco de lumbre en el hogar y no llevar el estómago enteramente vacío : es comer y beber hasta saciar el hambre y la sed; es tener todo lo necesario, incluso un cuarto para dárselo á un pobre. Esa riqueza indigente, bastante para la libertad, Gwynplaine la tenia.

Por el lado del alma era opulento. Tenia el amor : ¿qué podia desear?

Nada deseaba.

Suprimirle la deformidad parece oferta que

debia serle agradable, pero no. ¡Cómo la hubiera rechazado! Dejar aquella careta y recobrar su cara, volver á ser lo que tal vez habia sido, hermoso y hechicero, ¡seguro es que no habria querido! ¿Y con qué habria mantenido á Dea? ¿qué habria sido e la pobre y dulce ciega que le amaba? Sin aquella horrible expresion de risa que hacia de él un clown único, no seria mas que un saltimbanquis como otro cualquiera, un volatinero como tantos otros, condenado á recoger ochavos entre las piedras de la calle y acaso Dea no tendria pan todos los dias: con profundo orgullo de ternura se sentia el protector de aquella celestial desvalida. Noche, Soledad, Desamparo, Impotencia, Ignorancia, Hambre y Sed, las siete bocas abiertas de la miseria se alzaban en derredor de ella, y él era el San Jorge que peleaba con aquel dragon y triunfaba de la miseria. ¿Cómo? con su deformidad: con ella era útil, benéfico, victorioso, grande. Bastábale enseñarse y llovia el dinero sobre él: era el señor de las turbas; se reconocia por soberano de los populachos: todo lo podia para Dea; proveia á sus necesidades; contentaba sus de-

seos, sus caprichos, sus antojos, en la reducida esfera de los deseos posibles á un ciego. Gwynplaine y Dea eran, ya lo hemos manifestado, la providencia, el uno del otro : él se sentia arrebatado en las alas de Dea, Dea se sentia apoyada en los brazos de Gwynplaine. Proteger á quien nos ama, dar lo necesario á quien nos da las estrellas, nada hay mas dulce en el mundo, y Gwynplaine gozaba esa suprema felicidad, y á su deformidad la debia : aquella deformidad le hacia superior á todo. Por ella ganaba su vida y la vida de los demas; por ella tenia independencia, libertad, celebridad, goces íntimos y un legítimo orgullo. En aquella deformidad era inaccesible : nada podian contra él las fatalidades despues de aquel golpe en el que se habian agotado, convirtiéndole para él en un triunfo : aquel fondo de la desgracia se habia trocado en una cumbre elísea. Gwynplaine estaba encarcelado en su deformidad, pero con Dea, lo que valia tanto, ya lo hemos dicho, como tener por calabozo el paraiso. Habia entre ellos y el mundo de los vivos una pared : ¡tanto mejor! aquella pared los encerraba, pero los defendia.

¿Qué podia nadie contra Dea? qué podia nadie contra Gwynplaine, con semejante clausura de la vida alrededor de ellos? ¿Arrebatarles sus triunfos? imposible; preciso hubiera sido para ello arrebatarle su cara. ¿Arrebatarle el amor? imposible tambien; Dea no le veia: la ceguera de Dea era divinamente incurable. ¿Qué inconveniente tenia para Gwynplaine su deformidad? Ninguno. ¿Qué ventaja tenia? Todas: era amado á pesar de aquel horror, y tal vez á causa de él; dolencia y deformidad se habian unido y páreado instintivamente. Ser amado ¿no es todo en el mundo? Gwynplaine no pensaba en su mutilacion sino con gratitud, y se sentia bendito en aquel estigma: con júbilo consideraba que era imperdible y eterno. ¡Qué suerte que fuese irremediable aquel beneficio! Mientras hubiese encrucijadas, ferias, caminos, pueblo aquí abajo, cielo allá arriba, tenia seguridad de vivir, Dea no careceria de nada y á ambos les haria felices el amor! Gwynplaine no hubiera cambiado de rostro con Apolo: ser monstruo era para él la forma de la felicidad.

Por eso deciamos al principio que el destino

le habia colmado de sus dones. Aquel réprobo era un preferido.

Tan feliz era que llegaba hasta el extremo de compadecer á cuantos hombres veia en torno suyo. Tenia como un exceso de misericordia; era á mayor abundamiento su instinto tender un poco la vista fuera de sí, porque no hay hombre que esté formado todo de una pieza y una naturaleza no es una abstraccion; se alegraba en el alma de verse emparedado, pero de cuando en cuando levantaba la cabeza por encima de la pared, y volvia por ello con mayor alegría á su aislamiento junto á Dea, despues de haber comparado.

¿Qué veia en torno suyo? ¿qué eran aquellos vivos cuyas muestras todas le descubria su existencia nómada, reemplazadas por otras cada dia? Siempre nuevas turbas, y siempre la misma multitud; siempre nuevas caras y siempre los mismos infortunios : una promiscuidad de ruinas. Todas las fatalidades sociales iban todas las noches á formar corro alrededor de su felicidad.

La Green-Box era popular.

El bajo precio atrae á la clase baja : los que

iban á él eran los débiles, los pobres, los pequeños, iban á Gwynplaine como se va á beber ginebra, es decir, como se va á comprar por dos cuartos de olvido. Desde lo alto de su tablado, Gwynplaine pasaba revista al sombrío pueblo: su espíritu se llenaba de todas aquellas sucesivas apariciones de la inmensa miseria. La fisonomía humana recibe su forma de la conciencia y de la vida, y es la resultante de una infinidad de misteriosas impresiones; no existe un dolor, ni una cólera, ni una ignominia, ni una desesperacion cuya huella no descubriese Gwynplaine en algun rostro. Aquellas bocas de niños no habian comido; aquel hombre era un padre, aquella mujer era una madre, y detrás de ellos se adivinaba la existencia de miserables familias sin ningun recurso humano. Tal semblante salia del vicio y entraba en el crímen; y se comprendia el por qué; ignorancia é indigencia: otro presentaba un carácter de bondad primera borrada por la postracion social y convertida en odio. En la frente de aquella vieja se veia el hambre; en la de aquella moza se veia la prostitucion: el mismo hecho, mas lúgubre en la primera, ofrecia un

recurso en la jóven. Habia en aquella revuelta muchedumbre muchos brazos, pero les faltaban herramientas; aquellos braceros deseaban trabajar, pero no habia trabajo pare ellos : á veces junto al bracero venia á sentarse un soldado, tal vez un inválido, y Gwynplaine veia el terrible espectro de la guerra. Aquí Gwynplaine leia huelga, allí explotacion, mas allá servidumbre : en ciertas frentes descubria no sé qué retroceso hácia la animalidad, y aquella lenta reduccion del hombre al estado de bestia producido abajo por el peso de las oscuras presiones de la felicidad de arriba. En aquellas tinieblas habia para Gwynplaine un respiradero, por el cual les llegaba á él y á Dea un poco de felicidad : todo lo demas era condenacion. Gwynplaine sentia encima de su cabeza el pisoteo inconsciente de los poderosos, de los opulentos, de los magníficos, de los grandes, de los elegidos y mimados por la suerte; debajo, distinguia el monton de caras pálidas de los desheredados, veíase á sí propio y á Dea con su pequeñísima dósis de ventura, tan inmensa entre dos mundos; encima, el mundo de los que iban y venian, libres, contentos, bai-

lando, pisoteando; arriba, el mundo que huella; abajo el mundo hollado. Cosa terrible, y que indica una profunda fatalidad social, que la luz aplaste á la sombra! Gwynplaine patentizaba aquella fatalidad. ¡Cómo! un destino tan reptil! ¡Que el hombre se arrastre de esa manera! tal adherencia al polvo y al fango, tamaña miseria, tal abdicacion y tanta abyeccion que dan ganas de ponerle la planta encima! ¿de cuál mariposa es¡ ay! la oruga esa vida terrestre? ¡Cómo! en esa muchedumbre que tiene hambre y que ignora por do quiera, delante de todos, ha de verse el punto de interrogacion del crímen ó de la ignominia! la inflexibilidad de las leyes ha de producir la relajacion de las conciencias! todo niño ha de crecer para la degradacion! toda vírgen ha de crecer para la oferta! no ha de haber una rosa que no nazca para la baba! Sus ojos movidos á veces de tierna curiosidad pugnaban por descubrir hasta el fondo de aquella oscuridad en que agonizaban tantos esfuerzos inútiles y en que luchaban tantos cansancios, familias devoradas por la sociedad, costumbres atarazadas por las leyes, llagas gangrenadas por la penalidad, in-

digencias corroidas por la contribucion, inteligencias perdidas en un abismo de ignorancia, balsas perdidas cubiertas de hambrientos, guerras, hambres, estertores, gritos, desapariciones; y sentia en sí la vaga presion de aquella espantosa angustia universal, y le parecia ver toda aquella espuma de la desgracia sobre el sombrío barullo humano. Él, por su parte, estaba en el puerto, y consideraba en torno suyo aquel naufragio : á veces se cogia entre las manos la desfigurada cabeza y meditaba.

¡Qué locura ser feliz! ¡qué sueños se forjan! Mil ideas se le ocurrian; mil absurdos cruzaban por su cerebro. Porque años atrás habia socorrido á una criatura, sentia veleidades de socorrer al mundo entero : vagos fantasmas de sus ensueños le oscurecian á veces su propia realidad, y perdia el sentimiento de la proporcion hasta el punto de decirse á sí mismo : ¿Qué se podria hacer por ese pobre pueblo? A veces su arrobamiento era tal que lo decia en alta voz : entonces Ursus se encogia de hombros y le miraba de hito en hito. Y Gwynplaine continuaba soñando despierto : — ¡Oh! si yo fuera poderoso

¡cómo acudiria en auxilio de los desgraciados! Pero ¿qué soy yo? un átomo. ¿Qué puedo? nada.

Se engañaba : podia mucho en favor de los desgraciados; los hacia reir.

Y, ya lo hemos dicho, hacer reir es hacer olvidar.

¡Qué gran bienhechor en la tierra es el que distribuye el olvido!

XI

GWYNPLAINE ESTÁ EN LO JUSTO, URSUS EN LO CIERTO

Un filósofo es un espía. Ursus, acechador de ensueños, estudiaba á su discípulo. Nuestros monólogos tienen en nuestra frente una vaga reverberacion, clara para la mirada del fisonomista, por lo cual no se escapaba á la penetracion de Ursus lo que pasaba en Gwynplaine. Un dia en

que Gwynplaine estaba meditando, Ursus le tiró de la manga y le dijo :

— Se me figura, mentecato, que te la echas de observador. Cuidado con lo que haces, que no es ese tu oficio : tú no tienes mas que una cosa que hacer, y es amar á Dea. De dos maneras eres feliz : la primera porque el público ve tu morro; la segunda porque Dea no le ve. Tú no tienes derecho á esa felicidad : ninguna mujer, viendo tu boca, aceptará tu beso; y esa boca que hace tu fortuna, esa cara que constituye tu caudal no son tuyas : tú no naciste con esa cara; la tomaste del gesto que reside en el fondo de lo infinito; robaste tu cara al diablo : eres espantoso, conténtate con ese terno seco que te ha caido á la lotería. Hay en este mundo, que es una cosa muy bien hecha, los felices por derecho y los felices por casualidad; tú eres un feliz por casualidad; estás en una cueva donde se encuentra cogida una estrella : la pobre estrella es tuya; no pruebes á salir de tu cueva y conserva tu astro, ¡oh araña! en tu tela ha caido el carbunclo de Venus. Ten la bondad de darte por satisfecho : veo que andas pensativo, ¡gran necedad! Escu-

cha; voy á hablarte el lenguaje de la verdadera poesía : coma Dea buenas lonjas de vaca y chuletas de carnero, y dentro de seis meses la verás robusta como una turca; cásate entonces con ella y haz de modo que te dé un hijo, dos hijos, tres hijos, una lechigada de hijos : esto se llama filosofar, amen de que en el matrimonio se pasa grandemente, y algo es esto. Tener hijos es una bendicion : ten chiquillos, sóbalos, suénalos, acuéstalos, ensúciales la cara y lávasela, que enreden y alboroten alrededor de tí : si se rien, bueno; si lloran, mejor; gritar es vivir : míralos mamar á los seis meses, andar á gatas al año, andar derechitos á los dos años, crecer á los quince, amar á los veinte; el que tiene esas satisfacciones lo tiene todo. Yo me he perdido todo eso, razon por la cual soy un bruto. El Dios de bondad, gran compositor de hermosos poemas y el primero de los literatos, dictó á su colaborador Moisés : *¡Multiplicaos!* Tal es el texto : multiplícate, animal. Por lo que respecta al mundo, es lo que es : no necesita de tí para ir á la diabla. No te apures por eso : no te ocupes de lo que cae por fuera : deja el horizonte en paz.

A un comediante no le toca mirar, sino ser mirado. ¿Sabes tú lo que hay de fuera? Los felices por derecho, y te repito que tú eres el feliz por casualidad : eres el raterillo de la felicidad, cuyos dueños son ellos. Ellos son los legítimos, tú eres el intruso : vives amancebado con la suerte. ¿Qué mas quieres que lo que tienes? ¡Asústame Schiboleth! este pillastre es un bribon : multiplicarse por medio de Dea debe ser bastante apetitoso; tanta dicha tiene algo de estafa. Los que alcanzan la felicidad aquí abajo por privilegio de allá arriba no gustan de que se permita disfrutar tamaño bien debajo de ellos; si te preguntase : ¿con qué derecho eres feliz? no sabrias qué contestar. Tú no tienes diploma, ellos sí : Júpiter, Alá, Vishnou, Sabaot, no importa el nombre, les ha puesto el visto bueno para que sean felices. Témelos; no te metas con ellos, para que ellos no se metan contigo. ¿Sabes tú, miserable, lo que es el feliz por derecho? Es un ser terrible, es el lord. ¡Ah! el lord sí que debió intrigar en lo desconocido del diablo antes de venir al mundo para entrar en la vida por esa puerta! ¡Qué difícil debió serle nacer! ¡Ese tra-

bajo y no mas se ha tomado, pero á fé que no es flojo! ¡obtener del destino ciego y brutal que le haga á uno de repente en la cuna señor de los hombres! Corromper á ese encargado del despacho de billetes, para que le dé á uno el mejor asiento en la comedia! Lee el *memento* que verás en mi antigua choza jubilada, lee ese breviario de mi experiencia y sabrás lo que es un lord. Un lord es el que lo tiene todo y es todo; un lord es el que existe encima de su propia naturaleza; un lord es el que tiene, jóven, los derechos del anciano, viejo, los triunfos amorosos del mancebo, vicioso, el respeto de los hombres de bien, cobarde, el mando de los valientes, holgazan, el fruto del trabajo, ignorante, el diploma de Cambridge y de Oxford, las dos universidades de Inglaterra, tonto, la admiracion de los poetas, feo, la sonrisa de las mujeres, Tersites, el casco de Aquiles, liebre, la piel del leon. No abuses de mis palabras: yo no digo que un lord ha de ser necesariamente ignorante, cobarde, feo, tonto y viejo; digo solamente que puede ser todo esto sin que de ello le pare perjuicio; al contrario. Los lores son los príncipes: el rey

de Inglaterra no es mas que un lord, el primer señor del señorío : es todo, es mucho. Los reyes antiguamente se llamaban lores : el lord de Dinamarca, el lord de Irlanda, el lord de las Islas. El lord de Noruega no se ha llamado rey sino de trescientos años á esta parte. San Telesforo calificaba á Lucio, el mas antiguo rey de Inglaterra, de *mylord Lucius*. Los lores son pares, es decir, iguales, ¿á quién? al rey. No cometeré la falta de confundir á los lores con el Parlamento : la asamblea del pueblo, que los sajones, antes de la conquista, denominaron *wittenagemot*, la denominaron los normandos *parliamentum* despues de la conquista. Poco á poco se fué eliminando al pueblo. Las reales cédulas para convocar á los comunes decian antiguamente *ad consilium impendendum;* hoy dicen *ad consentiendum* : los comunes tienen el derecho de consentir; su libertad se reduce á decir sí : los pares pueden decir no, y la prueba es que lo han dicho. Los pares pueden cortar la cabeza al rey, el pueblo no : el hachazo dado á Cárlos I es una usurpacion, no contra el rey, sino contra los pares, y fué bien hecho colgar de

una horca el cadáver de Cromwell. Los lores tienen el poder, ¿por qué? porque tienen la riqueza. ¿No has hojeado el *Doomsday-book?* Allí está la prueba de que los lores son los dueños de Inglaterra; aquel es el catastro de los bienes de los vasallos formado en tiempo de Guillermo el Conquistador, y está bajo la custodia del canciller del Tesoro: por copiar de él cualquier cosa se pagan seis cuartos por línea; es un libro famoso. ¿Sabes tú que he sido doctor doméstico en casa de un lord que se llamaba Marmaduke y que tenia novecientos mil francos de Francia de renta al año? Chúpate esa, pobre petate. ¿Sabes tú que con solo los conejos de los viveros del conde Lindsey se podria mantener á toda la canalla de los Cinco-puertos? ¡Para que te andes con bromas! á todo el que roba un conejo se le ahorca: por dos largas orejas peludas que le salian del morral ví yo colgar de una horca á un padre de seis criaturas. Tal es la ley del señorío: el conejo de un lord es mas que el hombre de Dios. Los señores son los señores, ¿lo oyes, bellaco? y debe parecernos bien. Y si nos parece mal, ¿qué les importa? ¡El pueblo po-

niendo objecciones! Al mismo Plauto no se le ocurriria cosa mas chistosa; tendria gracia el filósofo que aconsejase á esa pobre y desdichada plebe que se quejase de que los lores abultan y pesan mucho : tanto valdria querer que la oruga discutiese la pata del elefante. Un dia ví á un hipopótamo poner el pié sobre un nido de ratones : á todos los aplastó, y sin embargo era inocente; ni siquiera sabia que hay ratones en el mundo aquel bonachon de mastodonte! Un nido de ratones que aplasta alguno, ahí tienes, hijo mio, el linaje humano : el aplastamiento es una ley. ¿Y crees tú que el raton mismo no aplasta á alguno? el raton es el mastodonte del arador, el cual es á su vez el mastodonte del infusorio; pero no discurramos. Hay carrozas en el mundo, hijo mio : el lord va en ellas, el pueblo está debajo de las ruedas, el prudente se desvia : desvíate y deja pasar el carro. Yo por mí quiero bien á los lores y los evito : en casa de uno de ellos he vivido, y esto me basta para el recreo de mi imaginacion : recuerdo su palacio, como una aureola entre nubes. Mis ensueños de ventura se cifran en mis memorias de lo pasado.

Nada mas admirable que aquel palacio de Marmaduke por lo tocante á la grandeza, la bella simetría, las cuantiosas rentas, los ornatos y acompañamientos del edificio; bien es verdad que las casas, palacios y castillos de los lores ofrecen una coleccion de cuanto hay de mas grande y magnífico en este floreciente reino. Me gustan nuestros señores; les agradezco que sean opulentos, poderosos y prósperos: yo que ando vestido de tinieblas veo con interés y placer esa muestra del radiante azul que se llama un lord. Se entraba en *Marmaduke-Lodge* (palacio) por un patio sumamente espacioso, que formaba un cuadrilongo dividido en ocho cuadros, cerrados con balaustradas, dejando por todos lados un ancho camino abierto, con una soberbia fuente exágona en medio de dos pilas cubierta de una cúpula primorosamente labrada y calada, suspendida sobre seis columnas: allí conocí á un sábio francés, el señor presbítero du Cros, de la casa de los Jacobinos de la calle *Saint-Jacques*. Habia en Marmaduke-Lodge una mitad de la biblioteca de Erpenius, cuya otra mitad está en el auditorio de teología

de Cambridge; allí leia yo libros, sentado en el zaguan que está todo recamado de pinturas; solo un corto número de curiosos viajeros ve esas cosas. ¿Sabes tú, ridículo mozalvete, que monseñor Guillermo North, que es lord Gray de Rolleston, y que se sienta el decimocuarto en el banco de los barones, tiene mas árboles en su montaña que pelos tienes tú en tu horrible cabeza? ¿Sabes que lord Norreys de Rycott, que es el mismo conde de Abingdon, tiene una torre cuadrada de doscientos piés de altura con esta divisa: *Virtus ariete fortior,* lo que parece significar que *la virtud es mas fuerte que un ariete*, pero lo que significa en realidad, ¡inocenton! que *el valor es mas fuerte que una máquina de guerra?* Sí, yo acato, acepto, respeto y venero á nuestros señores. Los lores son los que, con la majestad real, se afanan por conservar y aumentar los bienes de la nacion: su consumada sabiduría brilla en las circunstancias apuradas. ¡Bueno fuera que no tuvieran la preeminencia sobre todos! la tienen, sí señor. Lo que en Alemania se llama principado y en España grandeza, se llama pairía en Inglaterra y en Fran-

cia. Como no faltaba razon para juzgar á este mundo suficientemente miserable, Dios vió donde le lastimaba la albarda, quiso probar que sabia hacer gentes felices y creó los lores para dar satisfaccion á los filósofos : esa creacion corrige la otra y saca airoso á Dios, proporcionándole una salida decorosa de una falsa posicion. Los grandes son grandes: un par hablando de sí mismo dice *nos:* un par es un plural. El rey califica á los pares de *consanguinei nostri*. Los pares han hecho una multitud de leyes prudentes y sabias, entre otras la que condena á muerte al hombre que corta un álamo de tres años. Su supremacía es tal que tienen una lengua para ellos solos : en estilo heráldico, lo negro que se llama *sable* para el vulgo de los nobles, se llama *saturno* para los príncipes y *diamante* para los pares : polvo de diamantes, noche estrellada, es lo negro de los felices. ¡ Qué hermoso es para un pueblo tener veinticinco duques, cinco marqueses, setenta y seis condes, nueve vizcondes y sesenta y un barones que forman ciento setenta y seis pares, unos con el título de Gracia, otros con el de Señoría ! ¿ Qué importa al lado de ese gran

bien que haya algunos andrajos en el mundo? no todo puede ser de oro. Si hay andrajos aquí tambien hay púrpura allá: lo uno compensa lo otro, y preciso es que haya indigentes para que resalte mas la dicha de los opulentos. Los lores son nuestra gloria: la jauría de Cárlos Mohun, baron Mohun, cuesta ella sola tanto como el hospital de los leprosos de Mooregate y el de Cristo, fundado para los niños en 1553 por Eduardo VI. Tomas Osborne, duque de Leeds, gasta anualmente nada mas que en sus libreas cinco mil guineas de oro. Los grandes de España tienen un curador nombrado por el rey que les impide arruinarse; mal hecho: nuestros lores son extravagantes y magníficos, lo cual me parece bien. No discurramos como los envidiosos: cuando pasa por delante de mis ojos un objeto hermoso, me regocijo. No me alcanza la luz, pero sí el reflejo; — el reflejo sobre mi úlcera, dirás: anda noramala. Yo soy un Job contento con solo contemplar á Trimalcion. ¡Oh! y qué fúlgido planeta brilla allá en la altura! Algo es disfrutar de su hermosa luz. Suprimir los lores es opinion que el mismo Orestes, aunque tan in-

sensato, no osaria sostener; decir que los lores son perjudiciales ó inútiles vale tanto como decir que hay que conmover los Estados y que los hombres han nacido para vivir como los rebaños, pastando la yerba y mordidos por el perro. El cordero esquila el prado, el pastor esquila al cordero: ¿qué cosa mas justa? á esquilador, esquilador y medio. A mí todo se me da lo mismo: soy un filósofo y vivo como una mosca. La vida no es mas que un apeadero: cuando pienso que Enrique Bowes Howard, conde de Berkshire tiene en sus caballerizas veinticuatro carrozas de gala, una de ellas con arneses de plata y otra con arneses de oro! Yo bien sé que no todo el mundo tiene veinticuatro carrozas de gala, pero no por eso hay que venirse con declamaciones, ¡qué diablo! Si tú has tenido frio una noche, otros lo han tenido tambien, y váyase lo uno por lo otro. Y has de saber que á no haber sido por ese frio, Dea no seria ciega, y que si Dea no fuese ciega, no te amaria. Y luego; si todos los que tienen motivo para ello se quejaran, bonito estrépito se armaria! Silencio; esta es la regla. Persuadido estoy de que Dios obliga

á los condenados á callarse en el infierno, porque si no, él seria el que padeciese con aquella eterna gritería. La felicidad del Olimpo se logra á costa del silencio del Cocito: por consiguiente, pueblo, cállate. Yo no me contento con eso; yo apruebo y admiro. Hace un momento estaba enumerando los lores, pero hay que añadir á la cuenta dos arzobispos y veinticuatro obispos! me enternezco cuando lo pienso, bien lo sabe Dios. Me acuerdo de haber visto en casa del diezmero del reverendo dean de Raphoë, el cual dean forma parte del señorío de la iglesia, un soberbio monton del mejor trigo, sacado á los labradores de aquellos contornos y que el dean no se habia tomado el trabajo de sembrar; con eso tenia tiempo para hacer oracion. ¿Sabes tú que lord Marmaduke mi amo era lord tesorero mayor de Irlanda y gran senescal de la soberanía de Knaresburg en el condado de York? ¿Sabes tú que el lord primer gentilhombre, que es un cargo hereditario en la familia de los duques de Ancaster, viste al rey el dia de la coronacion y recibe por su trabajo cuarenta varas de terciopelo carmesí, amen de la cama en que ha dor-

mido el rey; y que el ugier de la vara negra es su diputado! A ver cómo te opones á que el vizconde mas antiguo de Inglaterra sea el sir Roberto Brent, creado vizconde por Enrique V. Todos los títulos de los lores indican una soberanía sobre un estado, excepto el conde Rivers, que lleva por título el apellido de su familia. ¡Qué admirable es ese derecho que tienen de pechar á los demas, y de recaudar, por ejemplo, como en este momento, cuatro chelines por libra esterlina de renta, lo cual acaba de prorogarse por un año, y todos esos excelentes impuestos sobre los aguardientes, el vino y la cerveza y sobre otros mil artículos de comer, beber y arder! Veneremos lo que existe. El clero mismo depende de los lores: el obispo de Man es vasallo del conde de Derby. Los lores tienen alimañas suyas que colocan en sus armas, y como Dios no creó bastantes, inventan algunas mas. Ellos han creado el jabalí heráldico, tan superior al jabalí como el jabalí lo es al cerdo, y como lo es el señor al sacerdote; han creado el grifo, que es águila entre los leones, y leon entre las águilas, y que mete miedo á los leones con

sus alas y á las águilas con su melena; ellos han creado el unicornio, la salamandra, la tarusca, el águila de dos cabezas, el dragon, el hipogrifo; todo esto, terror para nosotros, es para ellos ornato y grandeza. Ellos tienen una casa de fieras que se llama el blason y en la que rugen los monstruos desconocidos; no hay selva comparable á su orgullo en lo asombroso de los prodigios: su vanidad está llena de fantasmas que se pasean por ella como en medio de una noche sublime, armados, el yelmo en la cabeza, la coraza al pecho, ceñidas las espuelas, con el baston de mando en la diestra y diciendo con voz grave: ¡Somos los abuelos! Los escarabajos se comen las raices, y las panoplias se comen al pueblo. ¿Porque no? ¿hemos de cambiar nosotros las leyes? el señorío forma parte del órden. ¿Sabes tú que hay un duque en Escocia que galopa treinta leguas sin salir de sus estados? ¿Sabes tú que el lord arzobispo de Canterbury tiene un millon de francos de renta? Sabes tú que su majestad tiene al año setecientas mil libras esterlinas de dotacion, sin contar los palacios, bosques, estados, feudos, bailíos, censos, prebendas,

diezmos, foros y tributos, confiscaciones y multas, que pasan de un millon de libras esterlinas? El que no esté contento bien dificultoso ha de ser!

—Sí, murmuró Gwynplaine pensativo; con el infierno de los pobres se ha hecho el cielo de los ricos.

XII

URSUS EL POETA ARRASTRA Á URSUS EL FILÓSOFO

En seguida entró Dea : la miró y ya no vió mas que á ella. El amor es así; se puede uno sentir por un momento invadido y como cautivado por una idea cualquiera, pero llega la mujer amada y hace desvanecerse bruscamente y en un punto todo lo que no es su presencia, sin sospechar que tal vez borra en nosotros un mundo.

Demos aquí un pormenor. En el *Caos vencido*, una palabra, *monstruo*, dirigida á Gwynplaine, disgustaba á Dea. A veces, con el poco castellano que todo el mundo sabia en aquellos tiempos, hacia la travesura de reemplazarle con *quiero*[1]. Ursus toleraba, no sin alguna impaciencia, aquellas alteraciones tel texto : de buena gana hubiera dicho á Dea como dijo en nuestros dias Moessard á Vissot : *Faltas al respeto debido al repertorio.*

« El Hombre que se rie », tal era la forma que habia tomado la celebridad de Gwynplaine : su nombre, casi del todo ignorado, habia desaparecido bajo aquel mote, lo mismo que su cara bajo su risa. Su popularidad era como su rostro, una careta.

Su nombre sin embargo se leia escrito en un gran rótulo delante de la Green-Box, el cual ofrecia al público esta redaccion debida á Ursus :

« Aquí se ve á Gwynplaine, abandonado á la « edad de diez años, en la noche del 29 de enero

1. El autor pone en castellano esta palabra y dice lo que significa, pero no explica el sentido de aquella sustitucion, ni es fácil penetrarle. (*N. del Tr.*)

« de 1690, por los malvados comprachicos, en « la orilla del mar junto á Portland, de niño he« cho ya hombre y llamado hoy :

« EL HOMBRE QUE SE RIE. »

La existencia de aquellos saltimbanquis era una existencia de leprosos en un hospital de lazaristas y de bienaventurados en una atlántide. Todos los dias pasaban bruscamente de la exhibicion popular mas bulliciosa á la mas completa abstraccion : todas las noches verificaban su salida de aquel mundo ; eran como unos muertos que se iban para renacer al dia siguiente. El comediante es un faro de eclipse ; aparicion, luego desaparicion, y no existe para el público mas que como fantasma y resplandor en esa vida giratoria.

A la encrucijada sucedia la claustracion. Tan luego como terminaba la representacion, mientras el auditorio se disipaba y se desvanecia el bullicio de la muchedumbre contenta, la Green-Box levantaba su cuarteron como una fortaleza levanta su puente levadizo y se cortaba la comunicacion con el linaje humano. A un lado el

universo, y al otro aquella barraca, y en aquella barraca estaban la libertad, la buena conciencia, el valor, la abnegacion, la inocencia, la dicha, el amor, todas las constelaciones.

La ceguera perspicaz y la deformidad amada se sentaban una junto á otra, apretándose las manos, tocándose frente con frente, y, ebrias de felicidad, se hablaban quedo.

El compartimiento de en medio estaba destinado á dos objetos; para el público era teatro, para los actores comedor.

Ursus, siempre satisfecho de colocar una comparacion, se aprovechaba de aquella diversidad de destinos para asimilar el compartimiento central de la Green-Box al *arradash* de una cabaña abisinia.

Ursus contaba el producto de la funcion y en seguida se cenaba. Para el amor todo es ideal, y beber y comer juntos, para los que se aman, es cosa que admite toda clase de dulces promiscuidades furtivas que convierten á un bocado en un beso : se bebe la cerveza ó el vino en la misma copa como se beberia el rocío en la misma azucena; dos almas, en la agapa, tienen

la misma gracia que dos pajarillos. Gwynplaine servia á Dea, le cortaba los manjares, le daba de beber, se acercaba á ella lo mas que podia.

—¡Hum! decia Ursus y volvia la cara gruñendo para acabar por sonreirse.

El lobo, debajo de la mesa, cenaba sin hacer caso de nada que no fuese su hueso.

Vinos y Fibi compartian el festin, pero molestaban poco. Aquellas dos vagabundas medio salvajes y á todo indiferentes hablaban en gitano entre sí.

En seguida Dea volvia al gineceo [1] con Fibi y Vinos. Ursus iba á atar á Homo con su cadena debajo de la Green-Box, y Gwynplane atendia al cuidado de los caballos y de amante pasaba á palafrenero, cual si hubiera sido un héroe de Homero ó un paladin de Carlomagno. A media noche todos dormian, excepto el lobo que, de vez en cuando, penetrado de su responsabilidad, abria un ojo.

Al despertar á la mañana siguiente todos se reunian de nuevo y almorzaban juntos, por lo

1. Llamábase así entre los griegos el aposento de las mujeres. (*N. del Tr.*)

comun con jamon y té; el té, en Inglaterra, data de 1678. Luego Dea, á la usanza española, y por consejo de Ursus que la consideraba delicada, dormia algunas horas, mientras Gwynplaine y Ursus hacian todos los preparativos dentro y fuera que exige la vida errante.

Muy raro era que Gwynplaine rondase por fuera de la Green-Box, excepto por los caminos desiertos y los sitios solitarios. En los pueblos no salia mas que de noche, oculto con un sombreron de grandes alas caidas á fin de no vulgarizar su rostro por las calles.

No se le veia con la cara descubierta mas que en el teatro.

La Green-Box por lo demás habia frecuentado poco las ciudades: á los veinte y cuatro años Gwynplaine no habia visto poblacion alguna mayor que los Cinco-puertos. Su fama empero iba en aumento; ya empezaba á rebosar del populacho y á subir mas alto. Entre los aficionados á fiestas populares y los curiosos de rarezas y prodigios sabíase que existia por el mundo, en la situacion de vida errante, hoy aquí, mañana acullá, una cara extraordinaria:

hablábase de ellos; muchos la buscaban; las gentes se decian: ¿Dónde estará? El hombre que se rie empezaba decididamente á hacerse famoso, de donde resultaba cierto lustre para el *Caos vencido*.

A punto que un dia el ambicioso Ursus dijo:

— Es preciso ir á Lóndres.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

PARTE SEGUNDA

DE ORDEN DEL REY.

LIBRO PRIMERO

ETERNA PRESENCIA DE LO PASADO; LOS HOMBRES REFLEJAN AL HOMBRE.

		Págs.
I.	Lord Clancharlie	3
II.	Lord David Dirry-Moir	29
III.	La duquesa Josiana	43
IV.	Magister elegantiarum	63
V.	La reina Ana	81
VI.	Barkilphedro	99
VII.	Barkilphedro se abre camino	111
VIII.	Inferi	123
IX.	Aborrecer requiere tanta energía como amar	129
X.	Destellos que se verian si el hombre fuera traspa-rente	145

Págs.
XI. Barkilphedro en emboscada..... 161
XII. Escocia, Irlanda é Inglaterra..... 171

LIBRO SEGUNDO.

WYNPLAINE Y DEA.

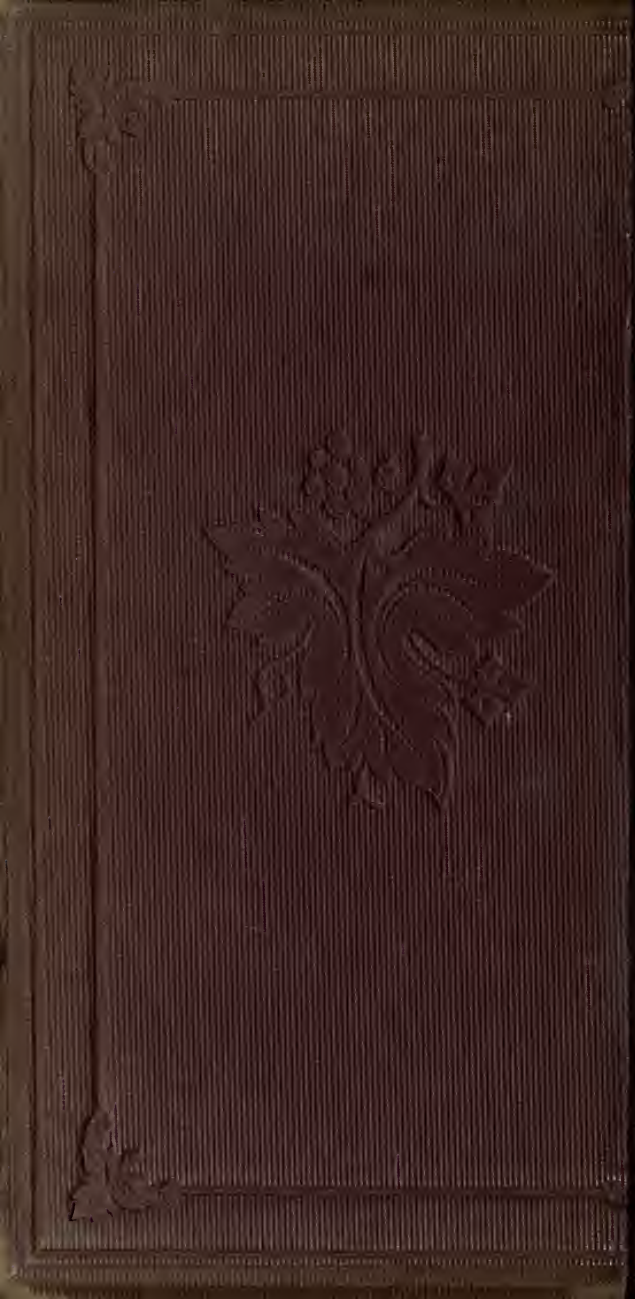
I. En que se ve la cara del hombre de quien hasta ahora solo se han visto los hechos..... 193
II. Dea..... 205
III. « Oculos non habet, et videt. »..... 211
IV. Los amantes adecuados..... 217
V. Lo azul en lo negro..... 225
VI. Ursus maestro y Ursus tutor..... 233
VII. La ceguera da lecciones de perspicacia..... 243
VIII. No solo la felicidad, sino la prosperidad..... 251
IX. Extravagancias que las personas desprovistas de buen gusto llaman poesía..... 263
X. Ojeada del que está fuera de todo sobre las cosas y los hombres..... 275
XI. Gwynplaine está en lo justo, Ursus en lo cierto.... 287
XII. Ursus el poeta arrastra á Ursus el filósofo..... 305

FIN DEL ÍNDICE

IMPRENTA GENERAL DE CH. LAHURE
Calle de Fleurus, 9, Paris

PQ
2285
H8S6
1869
t.2

Hugo, Victor Marie
De orden del rey

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY